A stylized, high-contrast illustration of a man's face, likely Jesus, rendered in white and dark blue against a light blue background. The eyes are large and expressive, looking slightly to the right. The overall style is graphic and minimalist.

CONTAR A JESÚS

**Lectura orante
de 24 textos
del Evangelio**

Dolores Aleixandre, rscj

Colección **CLAVES CRISTIANAS/Serie Minor**

1. *Somos Iglesia*. Antonio Calero
2. *Bioética. Una apuesta por la vida*. Eugenio Albuquerque
3. *Vivir como Dios. Indicadores de la identidad cristiana*. Antonio González
4. *Contar a Jesús. Lectura orante de 24 textos del Evangelio*. Dolores Aleixandre
5. *Introducción a la lectura del Antiguo Testamento*. Gianfranco Barbieri

CLAVES CRISTIANAS

Serie Minor

Dolores Aleixandre, rscj

CONTAR A JESÚS
LECTURA ORANTE DE 24 TEXTOS
DEL EVANGELIO

EDITORIAL CCS

Índice

<i>Introducción</i>	7
1. Encuentro en el Jordán	9
2. Un hombre libre	19
3. Llamados y atraídos	29
4. Buenas noticias en Nazaret	39
5. ¿Quién es este hombre?	51
6. Servidor de todos	61
7. La sabiduría del Reino	71
8. Médico compasivo	81
9. Enemigo de la codicia	93
10. Una mujer en la frontera	105
11. Alguien abrió mis oídos	115
12. Un hombre según Dios	125
13. La mejor parte	137
14. El corazón del Padre	147
15. Una luz en el monte	161
16. Preferir a los pequeños	175

Sexta edición. octubre 2004.

Página Web de Editorial CCS: www.editorialccs.com

© Dolores Aleixandre, rscj

© 2002 EDITORIAL CCS, Alcalá, 166 / 28028 MADRID

Queda prohibida, salvo excepcion prevista en la ley, cualquier forma de reproduccion, distribucion, comunicacion publica y transformacion de esta obra sin contar con autorizacion de los titulares de la propiedad intelectual. La infraccion de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Diseño de portada Olga Rodríguez Gambarte

ISBN 84-8316-600-3

Deposito legal M-46031-2004

Fotocomposicion M&A, Becerril de la Sierra (Madrid)

Imprime Franjograf, S.L. (Madrid)

17. Cómo heredar vida eterna	187
18. Un hombre polémico	199
19. Ungido para la vida	211
20. Un orante en la noche	223
21. El juego de perder-ganar	235
22. Una tumba nueva	249
23. Nos precede en Galilea	265
24. Lo que María guardaba en su corazón	275

Introducción

Mientras escribía estas páginas (casi nunca seguidas, siempre en tiempos entrecortados por mil interrupciones...), he pasado momentos de desaliento pensando que no iba a terminar nunca el trabajo emprendido. Para darme ánimos, trataba de imaginar a quiénes podría ser útil este libro y para qué:

- ¿Y si ayuda a quienes desean conocer mejor a Jesús, encontrarle a partir de su Evangelio y oír hablar de él de la manera que sea? (Y a partir de ahí elegía escenas de los Evangelios sinópticos, leía, reflexionaba y rezaba sobre ellas, trataba de aproximarme internamente a sus personajes, inventaba las narraciones...)
- También podría servir de guía para abordar el Antiguo Testamento y familiarizarse un poco más con él. Es mucho menos conocido y frecuentado que el Nuevo y es una pena perderse toda su riqueza. (Y buscaba textos del AT que hicieran de «caja de resonancia» para entender mejor el texto evangélico y descubrir también su propia belleza.)
- Hay mucha gente que está cansada de leer una y otra vez los mismos textos. ¿Por qué no ofrecer pistas de lectura que permitan leerlos de maneras nuevas? (Y con la ayuda de distintos comentarios, intentaba situarme desde otros ángulos de mirada y diferentes perspectivas, como quien quiere conseguir un buen retrato...)
- Pero no puede servir sólo para aumentar «informaciones y saberes»... (Y trataba de buscar unir Evangelio y vida para no olvidar nunca que «esa historia es nuestra historia».)
- ¿Y si lo llamara *Lectura orante del Evangelio*? Ese título sería ya una invitación para quienes desean que su lectura de la Biblia desemboque en una oración sencilla, aprendida de Jesús. (Y aunque sé que es una osadía, me

atreví a adentrarme en lo que pudieron ser sus diálogos con el Padre en sus noches de oración...)

— ¡Espero que nadie se ponga a leerlo seguido! Tengo que aconsejar que lo vayan haciendo poco a poco, usándolo quizá para retiros o para momentos tranquilos en los que hay más tiempo para leer despacio y saborear los textos...

Con estos deseos se ha ido tejiendo el libro y, después de esta declaración de intenciones, pienso que se puede entender mejor cómo está estructurado cada capítulo:



1. LEER EL TEXTO.



2. RELEER DESDE LA MEMORIA DEL CORAZÓN:

2.1. A la luz del contexto bíblico...

2.2. ... descubrir el texto...

2.3. ... como Palabra para hoy.



3. DEJAR RESONAR LA PALABRA.



4. ENTRAR EN LA ORACIÓN DE JESÚS.



5. ELEGIR LA VIDA:

Este último apartado aparece siempre vacío y con este signo de puntuación (:) para recordar que la «lectura orante» tiene siempre consecuencias en la propia vida y su «vocación» es ir transformando y haciendo más filial y más fraterna, es decir, más parecida a la de Jesús.

Y eso es cosa del Espíritu y de cada uno de nosotros.

Fátima, 6 de junio de 2002

Víspera de la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús



1. LEER EL TEXTO

Jesús fue de Galilea al Jordán y se presentó a Juan para que lo bautizara. Juan intentaba disuadirlo diciéndole: —¿Tú acudes a mí? Si soy yo quien necesito que tú me bautices...

Jesús le contestó: —Déjalo ya, pues de ese modo conviene que realicemos la justicia plena. Entonces Juan lo dejó. Jesús, una vez bautizado, salió en seguida del agua. En esto se abrió el cielo y vio al Espíritu de Dios bajar como una paloma y posarse sobre él. Se oyó una voz del cielo: —Este es mi Hijo, el amado, mi predilecto (Mt 3,13-17).



2. RELEER DESDE LA MEMORIA DEL CORAZÓN

2.1. A la luz del contexto bíblico...

La escena tiene lugar en el Jordán, uno de los lugares más bajos de la tierra. Josué y los israelitas lo habían atravesado llevando el arca de la alianza (Jos 3) y sus aguas tienen en la Biblia un sentido ambiguo: de ellas na-

ce la vida, pero también suponen una amenaza al deshacer la acción creadora de Dios que separó de ellas «lo seco» (Gen 1,9). El fin del diluvio trajo una nueva creación, el resurgir de la vida. También Moisés en el Mar Rojo escapó como Noé de las aguas de la muerte. Los evangelistas presentan a Jesús caminando sobre las aguas (Mc 6), una manera de proclamar su dominio sobre la muerte.

Este es mi Hijo amado, mi predilecto...: La expresión aparece por primera vez en la Biblia en boca de Dios refiriéndose al hijo de Abraham: «Toma a tu hijo único, al que amas, a Isaac...» (Gen 22,2.11.16). El AT guarda también memoria de expresiones de ternura de padres hablando de sus hijos: «El aroma de mi hijo es como aroma de un campo que ha bendecido el Señor...», decía Isaac al bendecir a Jacob (Gen 27,27), y cuando muere Absalón, David repetía inconsolable: «¡Hijo mío, Absalón! ¡Absalón, hijo mío, hijo mío...!» (2Sm 19,5).

«Como un padre siente ternura por sus hijos, así el Señor siente ternura por sus fieles...» (Sal 103,13).

Las palabras que se escuchan en el bautismo de Jesús evocan también las de Yahvé al hablar de su Siervo: «Mirad a mi siervo a quien sostengo, mi elegido en quien se complace mi alma» (Is 42,1) y el verbo hebreo tiene el significado de preferir, deleitarse, poner afecto, tener las delicias en alguien.

2.2. ... descubrir el texto...

Jesús acude a Juan, como uno de tantos, para hacerse bautizar y descende a lo más bajo, tomando sobre sí la condición del hombre pecador: «Al que no conoció el pecado, por nosotros lo cargó con el pecado, para que, por su medio, obtuviéramos la justificación de Dios» (2Cor 5,21).

Su bautismo anuncia y prepara su bautismo en la muerte: «Fuego he venido a encender en la tierra, y iqué más quiero si ya ha prendido! Pero tengo que ser bautizado y no veo la hora de que eso se cumpla...» (Lc 12,50). Por eso la tradición ortodoxa habla del agua del Jordán como de una «tumba líquida» en la que Jesús, al sumergirse, anticipa su sepultura.

El cielo abierto habla de desaparición de todo lo que impedía la comunicación con Dios que ahora ha pronunciado en Jesús su Palabra definitiva. Y la expresión «*mi hijo amado*» revela la especial relación que existe entre él y el Padre. Dicho en lenguaje familiar: en el Bautismo, Jesús toma conciencia de su identidad, se le revela su «código genético», es alguien bendecido, agraciado e incondicionalmente querido. A partir de ese momento, su relación con Dios estará hecha de deslumbramiento, asombro, pura receptividad y dependencia filial.

2.3. ... como Palabra para hoy

Dejarnos bautizar con Jesús supone aceptar el nombre nuevo que Dios ha soñado para nosotros desde toda la eternidad. Estamos llamados a acoger con asombro agradecido que nos diga: Tú eres mi hijo, te he llamado por tu nombre, tu eres mío. Eres alguien bendecido, eres mi hijo amado, tu nombre está tatuado en la palma de mis manos, eres único y el Pastor te reconoce por tu nombre.

De esa convicción brota la posibilidad de realizar esa «*justicia plena*» que aparece en labios de Jesús. Un discurso de Pedro en el libro de Hechos ayuda a comprender de qué clase de justicia se trata: «*Realmente voy comprendiendo que Dios no hace distinciones, sino que acepta al que le es fiel y obra con justicia, sea de la nación que sea. Él envió su mensaje a los israelitas anunciando la paz que*

traería Jesús el Mesías, que es Señor de todos. Vosotros sabéis muy bien el acontecimiento que ocupó a todo el país de los judíos, empezando por Galilea, después que Juan predicó el bautismo. Me refiero a Jesús de Nazaret, ungido por Dios con la fuerza del Espíritu Santo, que pasó haciendo el bien y curando a los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él» (He 10,34-38).

Obrar con justicia consiste en «ajustarse» a las maneras de Dios, «coincidir» con su manera de mirar a cada criatura «sin hacer acepción de personas». Y su justicia se manifiesta plenamente en su Hijo, a quien envió para buscar y salvar lo que estaba perdido (Lc 19,10) y que «*pasó haciendo el bien*».



3. DEJAR RESONAR LA PALABRA

Habla Juan el Bautista

No recuerdo cuándo comencé a vivir en el desierto, más bien lo que no consigo saber es cómo pude vivir fuera de él. Supe que era mi lugar desde que escuché de niño las palabras de Isaías:

*«Una voz grita: En el desierto
preparad un camino al Señor,
allanad en la estepa
una calzada para nuestro Dios» (Is 40,3).*

Acepté la misión que se me confiaba y me fui a conocer de cerca aquel sequedal en el que tenía que intentar trazar caminos. Al principio sólo la soledad y el silencio fueron mis compañeros y, junto con ellos, la convicción oscura de estar esperando a alguien que estaba a punto de llegar: «*Mirad, yo envió un mensajero a prepararme el camino. De pronto, entrará en el santuario el Señor que buscáis, el mensajero de la alianza que deseáis, mi-*

radlo entrar *¿Quién resistirá cuando él llegue? ¿Quién quedará en pie cuando aparezca?*» (Mal 3,1 2)

Lo había dicho Malaquías, y yo sentía que tenía que poner en pie a un pueblo aletargado

«Israel, prepárate para enfrentarte con tu Dios» (Am 4,12), había gritado Amos, otro profeta, y yo sentía arder en mi voz su misma urgencia por preparar el encuentro *«¡Se acerca el día grande el Señor! Es más ágil que un fugitivo, más veloz que un soldado. Ese día será un día de colera, día de angustia y aflicción, de oscuridad y tinieblas!»* (Sof 1,14 15)

—¡Llega el Ungido de Dios! ¡Haced penitencia!, comence un día a gritar al paso de un grupo de caravaneros que me contemplaban asombrados *«Será una presencia ardiente, como el fuego de un fundidor, como la lejía abrasadora que usan las lavanderas, va a sentarse a refinar la plata os refinara y purificará como plata y oro »* (Mal 3 3) *«Viene el Mas Fuerte, va a dominar de mar a mar, del Gran Río al confín de la tierra, en su presencia se encorvarán los beduinos y sus enemigos morderán el polvo. El quebranta ra por fin al opresor y salvará la vida de los pobres»* (Sal 72,8 4)

Se corrió la noticia de mis palabras y comenzó a acudir gente, movida por una búsqueda incierta en la que yo reconocía la misma tensión que me mantenía en vigilia. Algo estaba a punto de acontecer y me sentí empujado a trasladarme más cerca del Jordán, como si presintiera que iban a ser sus aguas el origen del nuevo nacimiento que aguardábamos con impaciencia.

Muchos me pedían que los bautizara y, al sumergirse en el agua terrosa del río y resurgir de ella, sentían que su antigua vida quedaba sepultada para siempre. Les exigía ayunos y penitencia y les anunciaba que otro los bautizaría con Espíritu. Yo solo podía hacerlo con agua: anunciaba unas bodas que no eran las mías, y yo no era digno ni de desatar la correa de las sandalias del Novio.

Antes de comenzar la temporada de lluvias, en un mediodía de nubes apelmazadas y calor agobiante, se presentó un grupo de galileos y me pidieron que los bautizase. Fueron descendiendo al río, hasta que quedo en la ribera solamente uno al

que oí que llamaban Jesús. Al principio no vi en el nada que llamara particularmente mi atención y le señale el lugar por el que podía descender más fácilmente al agua. Estábamos solos el y yo, los demás se habían marchado a recoger sus ropas junto a los alamos de la orilla. Lo mire sumergirse muy adentro del agua y, al salir, vi que se quedaba quieto, orando con un recogimiento profundo. Tenía la expresión indefinible de estar escuchando algo que le colmaba de júbilo y todo en él irradiaba una serenidad que nunca había visto en nadie.

Se había levantado un viento fuerte que arrastraba los nubarrones que cubrían el cielo y comenzaban a caer gruesas gotas de lluvia. Un relampago iluminó el cielo anunciando una tormenta que levantaba ya remolinos de polvo. Desde la ribera seguí contemplando al hombre que seguía orando inmóvil, como si nada de lo que ocurriese a su alrededor le afectara. Por fin, después de un largo rato y cuando ya diluviaba, lo vi salir lentamente del río, ponerse su túnica y alejarse en dirección al desierto.

Vi los cielos abiertos. Pase la noche entera sin conseguir conciliar el sueño. La tormenta había limpiado el aire y una tranquila serenidad flotaba en una noche sin luna, en el que parecía que las estrellas estaban al alcance de la mano. Era como si los cielos estuvieran abiertos, lo mismo en aquella noche de Betel en la que Jacob vio una escalera que los comunicaba con la tierra. Sin saber por qué, me vino a la memoria un texto profético que nunca había comprendido bien.

*«Mirad, el Señor Dios llega con poder
Como un pastor que apacienta el rebaño,
su brazo lo reúne,
toma en brazos a los corderos
y hace recostar a las madres»* (Is 40,10 11)

Nunca había entendido por qué el Señor necesitaba desplegar su poder para realizar las tareas cotidianas de un pastor, ni por qué su venida, anunciada con rasgos tan severos por los profetas, consistiría finalmente en sanar, cuidar y llevar a hombros a su pueblo, sin reclamarle a cambio purificación y penitencia.

Y sin embargo, aquella noche las palabras de Isaías invadían mi memoria de manera apremiante, junto con una extraña sensación de estar cobijado y a salvo.

*«Si es mi hijo querido Efraím,
mi niño, mi encanto!
Cada vez que le reprendo
me acuerdo de ello,
se me conmueven las entrañas
y cedo a la compasión,
oráculo del Señor» (Jer 31,20).*

Aquella noche me ocurrieron cosas extrañas: textos que creía olvidados o a los que nunca había prestado atención, se agolparon en mi corazón. Era como si hasta este momento sólo hubiera hablado de Dios como de oídas, mientras que ahora Él comenzaba a mostrarme su rostro. Recordé el del galileo al que había visto orando en el río, la expresión de honda paz que irradiaba, y me pregunté si a él se le habría revelado el Dios que no es, como yo pensaba, sólo poder y exigencia, sino también ternura entrañable, amor sin condiciones como el de los padres.

Estaba amaneciendo y en los árboles de la orilla se oía el revuelo de los pájaros y el zurear de las palomas. Recordé las palabras del Cantar describiendo al novio:

*«Mi amado...
Su cabeza es de oro, del más puro;
sus rizos son racimos de palmera,
negros como los cuervos.
sus ojos, dos palomas a la vera del agua
que se bañan en leche y se posan
al borde de la alberca...»*

(Cant 5, 10-11).

Me di cuenta sorprendido de que, al hablar del Mesías, siempre lo había hecho con imágenes poderosas como la del águila, o

de fuerza avasalladora como la del león, mientras que ahora lo que me hacía pensar en él era el vuelo sosegado de las palomas.

Cuando me sobrevino el sueño, la luz se abría ya paso entre los perfiles azulados de los montes de Judea.



4. ENTRAR EN LA ORACIÓN DE JESÚS

Acércate a Jesús en un rato de oración, descende con él al Jordán, siéntete dentro de la escena, «pégate a él» y escucha como pronunciadas también sobre ti las palabras del Padre: *Tú eres mi hijo querido, mi predilecto*. Deja que la seguridad de ser así amado y elegido te llegue más hondo que cualquier sentimiento de culpabilidad, desconfianza o recelo. Y a partir de tu condición de hijo amado, siéntete abrigado y a salvo, envuelto en la protección cálida de un amor que te acoge y te posibilita la existencia y el crecimiento.

Haz tuyas las palabras del Salmo 103:

*«Como un padre siente ternura por sus hijos,
así el Señor siente ternura por sus fieles
porque él conoce de qué estamos hechos,
se acuerda de que somos de barro...».*



5. ELEGIR LA VIDA:

2

**Un hombre
libre**



1. LEER EL TEXTO

El Espíritu condujo a Jesús al desierto para que el diablo lo pusiera a prueba. Jesús ayunó cuarenta días con sus noches y al final sintió hambre. El tentador se le acercó y le dijo: —Si eres Hijo de Dios, di que las piedras estas se conviertan en panes. Le contestó: —Está escrito: «No de sólo pan vive el hombre, sino también: de toda palabra salida de la boca de Dios». Entonces se lo llevó el diablo a la ciudad santa, lo puso en el alero del templo y le dijo: —Si eres Hijo de Dios, tírate abajo; porque está escrito: «A sus ángeles ha dado órdenes para que cuiden de ti» y también «te llevarán en volandas, para que tu pie no tropiece con piedras». Jesús replicó: —También está escrito: «No tentarás al Señor tu Dios».

Después se lo llevó el diablo a una montaña altísima y le mostró todos los reinos del mundo con su esplendor, diciéndole: —Te daré todo eso si te postras y me adoras. Entonces le replicó Jesús: —Vete, Satanás,



2. RELEER DESDE LA MEMORIA DEL CORAZÓN

2.1. A la luz del contexto bíblico...

La tradición bíblica pone en boca de Dios este recuerdo idílico de la etapa del desierto «*Recuerdo tu amor de juventud, tu cariño de joven esposa, cuando me seguías por el desierto* » (Jer 2,2) Por eso evoca esa etapa de la historia de Israel como un lugar de desposorios entre Dios y un pueblo que se sintió conducido, alimentado y cuidado por su Señor a lo largo de aquellos 40 años. Sin embargo, su respuesta fue en muchas ocasiones infidelidad, adulterio, desconfianzas, dudas, murmuraciones e idolatría «*No endurezcáis vuestro corazón como en Meribá, como el día de Masá en el desierto, cuando me tentaron vuestros padres y me pusieron a prueba, aunque habían visto mis obras*» (Sal 95, 8). Y es que Israel añoraba las seguridades de Egipto y las prefería a una vida confiada únicamente al cuidado de Dios. A pesar de ello, será en el desierto donde Él manifestó su misericordia y la esplendidez de sus dones: el agua de la roca, el maná, la nube, la Alianza en el Sinaí.

Por eso el significado del desierto no es prioritariamente penitencial, sino el de un lugar privilegiado de encuentro personal y de escucha de la Palabra. «*La llevaré al desierto y le hablaré al corazón*» (Os 2,16).

2.2. ... descubrir el texto...

La escena nos presenta a un Jesús «*igual en todo a nosotros, menos en el pecado*» (Heb 4,5), experimentando en su carne la tentación y la prueba. Todo se juega en el texto en torno a un tema central: ¿de qué palabra fiarse? Él ha sido conducido al desierto inmediatamente después de su bautismo, con la palabra del Padre resonando en su corazón: «*Tú eres mi hijo amado...*», pero ahora va a escuchar otras palabras que intentan convencerle de que no ponga su centro en ese amor, sino en el poder, la vida fácil, la fama, las posesiones... Pero Jesús ha tomado una conciencia tan plena de su ser de Hijo, la Palabra del Padre le ha dado tanta seguridad y ha iluminado de tal manera su mirada, que ya le es imposible confundir a Dios con los falsos ídolos que le presenta el tentador: un dios en busca de un mago y no de un hijo; un dios contaminado por las peores pretensiones de la condición humana: poseer, brillar, hacer ostentación de poder, ejercer dominio.

Frente al ídolo del poder y del tener, él se mantiene en pie; frente al deseo de utilizar su condición de Hijo en su propio beneficio, elige el camino de la obediencia; frente al discurso del éxito y la fama, él elige el del servicio. No ha venido para que lo lleven en volandas los ángeles, sino para cargar sobre sus hombros a la oveja perdida (Mt 15,5); no va a convertir las piedras en panes, sino a entregarse él mismo como Pan de vida (Jn 6,51); sus manos no se van a cerrar con avidez sobre las riquezas porque las necesita libres para levantar caídos, sanar heridos o lavar pies cansados del camino; no va a cambiar la perla preciosa del Reino que le ha confiado el Padre por los otros reinos que el tentador le muestra desde el monte.

El relato de las tentaciones resume simbólicamente otros momentos de la vida de Jesús en los que estuvo sometido a la disyuntiva entre «la manera de pensar de Dios» o «la humana». Frente a la resistencia de Pedro ante su anuncio de un destino de sufrimiento, Jesús reacciona con violencia: «*¡Quítate de mi vista, Satanás!*» (Mt 16,23). Quiere dejar claro que ha elegido libremente el camino que el Padre le va mostrando y ha decidido, con una confianza inquebrantable, aceptar su designio oscuro y doloroso.

La alternativa volverá a presentarse de manera violenta en Getsemaní: salvar la propia vida o perderla, hacer su propia voluntad o la del Padre. En la noche en que Jacob luchó contra Dios, el padre del pueblo recibió un nuevo nombre (Gen 2, 23ss). En esta noche decisiva de lucha de otro hombre con la divinidad, Dios recibe por fin del auténtico Israel, su verdadero nombre: Abbá, Padre.

En los 40 días del desierto, lo mismo que en la noche de Navidad o en la de Getsemaní, la tierra genera de lo hondo de su seno un Hombre nuevo.

2.3. ... como Palabra para hoy

El pasaje de las tentaciones nos conduce hacia el Dios a quien Jesús conoció en el desierto: un Dios que no exige de nosotros proezas ni gestos espectaculares, sino solamente nuestra confianza y nuestro agradecimiento. Un Dios que nos dirige su Palabra no para imponernos obligaciones o para denunciar nuestros pecados, sino para alimentarnos y hacernos crecer. Un Dios al que no encontraremos en los lugares de prepotencia o de posesión, sino en los de pobreza y exclusión.



3. DEJAR RESONAR LA PALABRA

Habla un zelota¹, discípulo de Jesús

«No volveré a recordarlo, no hablaré mas en su nombre » (Jer 20,8) Fueron esas palabras de Jeremías las que vivieron a mi memoria dando nombre a mis sentimientos y deseos. Eran semejantes a las que acababa de pronunciar en mi entrevista con el mejor de mis amigos:

—Me he equivocado, Demetrio, eras tú quien tenía razón cuando me dijiste que cometía un error al entrar en contacto con la secta de Jesús. Y también tienen razón los que me han reprochado haberme apartado del que fue mi camino de siempre, el mismo que siguieron mis antepasados. No debería haberme alejado de la lucha violenta contra el poder opresor romano, por la que tantos de mi sangre han dado la vida

Desciendo, en efecto, de una familia de zelotas marcada como tantas otras en Galilea por un talante revolucionario. Por eso la noticia de mi aproximación al grupo de seguidores del Nazareno, había caído como un rayo entre mis parientes y conocidos. La violencia con que los romanos sofocaban cualquier intento de protesta por parte del pueblo judío, me había hecho perder la esperanza en la posibilidad de liberarnos de su yugo y me encontraba sumergido en una honda crisis personal. Estaba tan necesitado de encontrar nuevos ideales que el anuncio de Jesús, el Mesías resucitado, fue como un destello de luz en medio de mis tinieblas. Comencé a frecuentar el grupo que presidía Mateo y fui entusiasmandome poco a poco con lo que oía sobre Jesús. Me aceptaron en el grupo de los catecúmenos que íbamos a ser bautizados en la solemne noche pascual. Pero en el intervalo se

sucedieron algunos acontecimientos que tambalearon mi decisión: mi esposa y mis hijos mayores, que desde el principio se habían mostrado reticentes a mi distanciamiento de los ideales zelotas, se oponían ahora frontalmente a la costumbre de compartir los bienes que era habitual en la comunidad. Por otra parte, y según se iba corriendo la voz de mi cambio de conducta y de mi nueva identidad de seguidor de la doctrina del Nazareno, mis antiguos compañeros en la lucha política comenzaron a establecer un cerco de oposición en torno a mí y a tejer una sutil red en la que envolverme. Me hablaban de personajes que yo admiraba y que eran contrarios a los cristianos, me comunicaban los rumores que circulaban en torno a éstos, ridiculizaban ante mí sus prácticas y hasta los insultaban y calumniaban.

Todo parecía ponerse en contra mía porque en la comunidad acabábamos de leer el relato de Mateo sobre los 40 días de Jesús en el desierto y me costaba trabajo aceptar aquella visión de un Jesús tentado por Satanás. Yo tenía una idea demasiado elevada del Mesías como para aceptar que hubiera estado sometido a prueba. «No fueron tentaciones reales», pense, «sería para darnos ejemplo ». Tampoco podía comprender el porqué de aquel rechazo radical de Jesús a todo lo que significara poder, fama o posesión. Al fin y al cabo, ¿no realizó después signos que causaron admiración en el pueblo? ¿No dio de comer a aquella multitud en el desierto y curó a tantos enfermos? Y además, ¿cómo conseguiríamos sus seguidores respeto y reconocimiento a nuestro alrededor si no dabamos muestras de cierto prestigio y dignidad?

Cuando llegué a mi casa me encontré con la visita inesperada de Paltiel, sin duda enviado por el grupo de mis antiguos compañeros. Me abordó indirectamente, como quien transmite los hechos de manera neutral, a la vez que halagaba mi vanidad.

—He oído últimamente hablar mucho de ti, pero no he dado crédito a los que dicen que tu comportamiento es extraño, que tratas con gente de ínfima condición, que has olvidado el honor de tu nombre y de tus antepasados y que te han captado unos renegados que han abandonado la circuncisión, las normas de pureza y las tradiciones pero, sobre todo, son ya indife-

¹ Los *zelotas* eran un grupo de judíos nacionalistas, contrarios a la dominación romana y partidarios de la rebelión y la resistencia armada.

rentes a la suerte de nuestro pueblo, se distancian públicamente de los que empuñan las armas, predicando la mansedumbre y anuncian a un Mesías crucificado. Yo te conozco bien y estoy seguro de que sigues siendo fiel a los ideales que siempre han unido a nuestro grupo; por eso vengo a proponerte que te pongas al frente de los que continúan empeñados en conseguir la liberación de nuestro pueblo. Ya hemos tomado posiciones, tenemos buenos contactos, contamos con dinero y con armas y sólo nos falta alguien con tu nombre y tu prestigio.

Cuando se marchó, me di cuenta con asombro de que, gracias a sus palabras, estaba comenzando a comprender el significado de las tentaciones de Jesús. Según él mismo recomendaba, entré en mi aposento, cerré la puerta y hablé con el Padre desde lo secreto de mi corazón. Le pedí fuerza para vencer en el combate al que estaba sometido: «No me dejes caer en la tentación, no permitas que me arrastren la ansiedad por el prestigio y el renombre, haz que la llamada de Jesús al servicio y a la mansedumbre sean más fuertes que mi inclinación a dominar y ejercer el poder». Me vino a la memoria un proverbio: *«El corazón del rey es como una acequia: Dios lo conduce como quiere»* (Pr 21,1). Y me di cuenta de que el Espíritu estaba a la obra en mi corazón para conducir la acequia turbulenta de mis deseos por los caminos del Mesías crucificado a quien quiero seguir...



4. ENTRAR EN LA ORACIÓN DE JESÚS

Imagina que estás junto a Él en el desierto y escuchas este salmo como pronunciado por Él dirigiéndose a su Padre, después de haber vencido las tentaciones:

«Te doy gracias, Padre, porque has escuchado mi súplica. Yo te había dicho: Protégeme, Dios mío, que me refugio en ti, Tú eres mi dueño, mi único bien. Y cuando el tentador me ha puesto delante los dioses de la tierra, esos tras de los que muchos van corriendo y a quienes dedican sus desvelos, has estado junto a mí y he podido repetirte: Tú eres mi copa y el lote de mi heredad, mi destino está en tus manos. Me ha tocado tu amor como mi parcela hermosa, como herencia magnífica y te bendeciré siempre por ello, Padre. Tú me guías y me aconsejas en todo momento, hasta de noche escucho el susurro de tu palabra que me instruye internamente, y como estás siempre presente a mi lado, no vacilaré.

Por eso se me alegra el corazón, gozan mis entrañas y mi carne descansa serena: porque sé que no me entregarás a la muerte ni dejarás al que te es fiel conocer la fosa. Tú me irás enseñando el sendero de mi vida, me colmarás de gozo en tu presencia, de alegría perpetua a tu derecha» (cf. Sal 16).



5. ELEGIR LA VIDA:

3

**Llamados
y atraídos**



1. LEER EL TEXTO

Pasando junto al lago de Galilea vio a Simón y a su hermano Andrés que estaban echando una red en el lago, pues eran pescadores. Jesús les dijo: —Veníos conmigo y haré de vosotros pescadores de hombres. Inmediatamente dejaron las redes y lo siguieron.

Un poco más adelante vio a Santiago, hijo de Zebedeo, y a su hermano Juan, que estaban en su barca repasando las redes, y en seguida los llamó; dejaron a su padre, Zebedeo, en la barca con los jornaleros y se marcharon con él (Mc 1,16-20).



2. RELEER DESDE LA MEMORIA DEL CORAZÓN

2.1. A la luz del contexto bíblico...

Los relatos de vocación del AT nos familiarizan con la idea de que ser llamado por el Señor no es el fruto de una conquista o el término de una búsqueda. Todas las narraciones en torno a la llamada conservan la huella in-

tencionada de un encuentro sorpresivo, inesperado e inmerecido. Así debió experimentarlo Amós cuando decía: «Yo no era profeta ni hijo de profeta, era ganadero y cultivaba higueras, pero el Señor me agarró...» (Am 7, 14); o Jeremías: «Me sedujiste, Señor, y me dejé seducir...» (Jer 20,7).

Los que reciben la llamada suelen poner pretextos: «No tengo facilidad de palabra...», objetaba Moisés (Ex 3,10). «No sé hablar, sólo soy un muchacho...», protestaba Jeremías (Jer 1,6); «Soy un pecador», dice Pedro en la narración de Lucas (Lc 5,8). Pero a ninguno le sirve de nada su resistencia y todos terminan encargándose de la misión, aunque sea a regañadientes. El libro de Jonás, una narración corta y deliciosa, lo expresa elocuentemente.

2.2. ... descubrir el texto...

Antes de la escena de la vocación de los discípulos leemos esto:

«Cuando arrestaron a Juan, Jesús se dirigió a Galilea a proclamar la buena noticia de Dios. Decía: —Se ha cumplido el plazo y está cerca el reinado de Dios: convertíos y creed la buena noticia» (Mc 1,14-15).

Siguiendo la «lógica» de las escenas podríamos decir que la voz divina escuchada en el bautismo, «Este es mi hijo amado», ha invadido la interioridad de Jesús y ahora es el mismo Espíritu que lo había arrebatado y llevado a la soledad del desierto quien lo empuja hacia la relación y la cercanía humana. Jesús se deja llevar por esa corriente de aproximación y empieza a hablar a la gente, se acerca, contacta, crea comunidad y busca colaboradores que le ayuden a compartir lo mejor que tiene: la buena noticia del amor incondicional del Padre.

Al releer la escena observamos que en el comienzo Jesús está solo mientras que, al final, está en compañía de cuatro seguidores. Es éste un rasgo que lo distingue de los grandes profetas del AT: Isaías, Jeremías, Ezequiel..., fueron personalidades excepcionales, pero solitarias.

Jesús propone a los que llama entrar en una relación privilegiada con él. El «*veníos conmigo*» (literalmente: «*detrás de mí*»), los invita a quedar «asociados» a su manera de ser, de hablar y de actuar y participar con él en una tarea común.

«*Haré de vosotros pescadores de hombres...*». Como en el caso de Abrán convertido en Abraham (Gen 17,5), de Simón convertido en Pedro, o de Saulo convertido en Pablo, la llamada incluye la promesa de un cambio de identidad. La elección individualiza y personaliza de un modo irrepetible e inconfundible, da un sentido completamente nuevo al propio nombre. Jesús toma en sus manos el futuro de los que le acompañen: junto a él irán adquiriendo una nueva personalidad definida por la referencia a otros.

2.3. ... como Palabra para hoy

Responder a la llamada de Jesús inaugura siempre un nuevo juego relacional entre él y el discípulo: él delante, nosotros detrás. El encuentro con él nos alcanza en el corazón mismo de nuestra autonomía y de nuestra consistencia personal, en nuestra vida profesional, familiar y relacional.

La invitación a «*pescar hombres*» es una expresión extraña que evoca la imagen de salir de un medio acuático y comenzar a respirar. ¿No podemos ver en ella la posibilidad de ayudar a otros en un nuevo nacimiento, de una sa-

lida de las aguas amnióticas para comenzar a respirar la vida del Espíritu?

Completar estas frases puede ser un buen camino para apropiarnos del texto y actualizar nuestra propia llamada:

- En mi relación con Jesús a mí me ha ocurrido como a...
- La llamada que él me ha dirigido se parece a la de...
- Mis resistencias y miedos son todavía...
- Lo que Jesús ha hecho conmigo se parece a lo que hizo con...
- Para mí la llamada a «pescar hombres» significa en este momento de mi vida...



3. DEJAR RESONAR LA PALABRA

Habla María de Magdala

—Aquel primer día que pasamos con él fue decisivo. Ninguno de nosotros sabía bien en qué extraña aventura nos estábamos embarcando cuando dejamos atrás casa y redes y nos fuimos tras él...

Era Santiago el del Zebedeo quien hablaba, sentado en medio del grupo de los que seguíamos a Jesús, en una larga y calurosa tarde a orillas del lago. Conversábamos a la espera del Maestro que, según su costumbre, se había retirado al monte a orar.

—Aquella jornada en Cafarnaún (Mc 1,21-38), siguió diciendo Santiago, nos dejó vislumbrar algo de lo que ahora estamos viviendo junto a él. Era sábado y por la mañana fuimos

a la sinagoga y escuchamos la lectura del profeta Isaías: «*El niño jugara en la hura del áspid, la criatura meterá la mano en el escondrijo de la serpiente*» (Is 11,8) Al acabar el día recordé estas palabras y pensé que era lo que había visto hacer a Jesús: al liberar al endemoniado de la sinagoga, al curar a la suegra de Pedro poseída por la fiebre y durante la larga tarde rodeado de una muchedumbre de enfermos que buscaban tocarle, se estaba adentrando en el oscuro ámbito de los poderes del mal con la tranquila confianza de los niños. Cuando de madrugada se levantó mucho antes que nosotros y se marchó a orar, supimos de dónde procedía aquella fuerza suya, aquella atracción sin límites por la gente más doliente y abandonada.

—Cuando le vi de pie delante de la mesa donde cobraba los impuestos, yo no sabía apenas nada de él, dijo Leví (Mc 2,13-14) Desde mi condición de publicano, soy consciente de cuánto desprecio y hasta odio suele reflejarse en los ojos de quienes se me acercan; por eso me quedé asombrado cuando sentí que aquel desconocido me miraba con franqueza y cordialidad, sin asomo de reproche ni de juicio, como un amigo que se dirige a su amigo «Leví, te necesito, vente conmigo», me dijo. Y mi primer estupor no me impidió levantarme de mi mesa y aceptar deslumbrado la ocasión de comenzar una nueva vida.

—Yo en cambio me resistí al principio a seguirle, confesó Tadeo. En un primer momento de generosidad le dije: «Te seguiré a donde vayas», pero cuando le oí decir que tenía que estar dispuesto a vivir itinerante y a no contar ni con un lugar donde reclinar la cabeza (Lc 9,57-58), me eché atrás. Cuando volví, pensando que me rechazaría por mi actitud cobarde, él puso su mano sobre mi hombro y me dijo sonriendo: «Ahora eres como un pájaro sin nido pero no tengas miedo, estás conmigo»...

Le tocaba el turno a Natanael:

—A mí vino a buscarme Felipe para decirme inada menos que había encontrado al Mesías y que venía de Nazaret! (Jn

1,44-51) Como supondréis, me eché a reír de aquella noticia disparatada pero, para no enfadar a Felipe que tiene muy mal genio, acepté ir a conocer al «Mesías». Cuando me vio llegar, «¿a que no sabéis lo que le oí decir? ¡Que yo era un verdadero israelita sin doblez! La verdad es que me sentí halagado de que dijera eso, pero lo que afirmó después me dejó estupefacto. «*Antes de que te llamara Felipe, cuando estabas debajo de la higuera, te vi*». No puedo revelaros lo que aquello quería decir, es un secreto entre Jesús y yo, pero en aquel momento decidí que quería vivir siempre junto a aquel hombre que conocía hasta lo más oculto de mi vida.

—Yo estaba cerca de Juan el Bautista cuando le oí decir algo sorprendente acerca de un hombre que pasaba «*Ahí va el cordero de Dios*» (Jn 1,35-39) «El cordero de Dios? Era un extraño título que me hizo pensar en el Siervo de Yahvé del que habla Isaías (Is 53) Miré a Andrés y vi que estaba tan intrigado como yo, le hice un signo en silencio y nos fuimos detrás de él. Debí darse cuenta de que le seguíamos pero no se dio la vuelta, y nosotros no nos atrevíamos a adelantarle. De pronto recordé a Moisés queriendo ver el rostro del Señor pero sin poder ver más que su espalda (Ex 34, 23) Luego, inesperadamente, el desconocido se volvió y nos preguntó: «*¿A quién buscáis?*» No supimos qué decir y contestamos con otra pregunta que era una evasiva, porque no nos atrevíamos a confesarle que era a él a quien buscábamos. —Maestro, ¿dónde vives? «Venid y ved», respondió, como si fuera lo más natural encontrar gente que quisiera seguirle. Nos fuimos con él y nos quedamos todo el día. Así empezó todo.

Por fin me animé también yo a intervenir:

—Vosotros sabéis de mí que soy de Magdala y yo sé que conocéis los rumores que circulan allí sobre mi pasado. También imagino que, cuando no estoy presente, habréis preguntado al Maestro por qué ha aceptado en su seguimiento a alguien como yo. A mi él no me ha llamado como a vosotros, pero yo vivía desgarrada y rota en mi interior, entregada a poderes extraños, y el encuentro con Jesús fue para mí el momento en el que mi vida comenzó a pertenecerme y en el que con-

seguí firmeza y seguridad. Sentí que por fin podía existir sin más, sin que el peso del juicio de otros me aplastara y sin que mis propios temores me retuvieran encadenada. Vosotros le habéis seguido porque él os ha llamado, yo le sigo porque no existe ningún otro lugar en el mundo en el que yo pueda vivir, y lo sé con el mismo instinto que enseña a las golondrinas a seguir al verano².

Interrumpí mi confesión porque alguien avisó de que volvía Jesús. Creo que ellos no comprendieron lo que yo había querido decirles, pero al menos mis palabras se quedaron suspendidas en el atardecer, mientras las golondrinas rozaban con su vuelo las aguas tranquilas del lago.



4. ENTRAR EN LA ORACIÓN DE JESÚS

Después de leer el pequeño libro de Jonás, imagina cómo escucharía Jesús esta narración de llamada y desobediencia, de resistencia a la misión y de estrecha relación entre Dios y su profeta:

«Hoy se ha leído en la sinagoga la historia de Jonás, el profeta desobediente, y luego, durante el camino de vuelta, yo comentaba con mis discípulos que he reconocido en ella muchos rasgos tuyos, Abba: lo sorprendente de tus elecciones, la incansable paciencia con que soportas los rodeos y extravíos de tus hijos, la terca fidelidad con que vuelves a confiar en ellos, aunque te hayan defraudado

o hayan intentado escapar de ti, tu decisión apasionada de que tu oferta de salvación llegue hasta los habitantes de todas las Nínives... Algunos de ellos se sentían parecidos a Jonás y contaban cómo se encuentran embarcados contra su voluntad y a regañadientes en esta aventura del Reino a la que les he convocado. Otros confesaban que a veces se han sentido irritados contigo y lo mismo que el profeta han protestado ante ti y han sentido la tentación de reprocharte que seas “*un Dios lleno de ternura y de compasión, paciente, misericordioso y fiel...*” (Jon 4,2).

Me asombra que esa manera de ser tuya que a mí me llena de alegría, pueda ser para ellos un peso que les agobie y les sobrecoja... Me pregunto si llegará un día en que los acontecimientos adversos me arrastren en su torbellino de tormenta y no podré ofrecer más señal de tu amor que el signo de Jonás, sepultado en el vientre de la ballena. Pero pienso que también entonces, cuando se me acaben las fuerzas, podré dirigir a ti mi confianza y proclamar como él desde la oscuridad del abismo: *¡La salvación viene del Señor!* Y hacer que mi ofrenda sea un grito de acción de gracias...» (Jon 2, 10).

² Cf. E. DREWERMANN, *El mensaje de las mujeres. La ciencia del amor*, Barcelona, 1992, 183-223.



5. ELEGIR LA VIDA:

4

**Buenas noticias
en Nazaret**



1. LEER EL TEXTO

Fue a Nazaret, donde se había criado, entró en la sinagoga, como era su costumbre los sábados, y se puso en pie para tener la lectura. Le entregaron el volumen del profeta Isaías y, desenrollándolo, encontró el pasaje donde está escrito:

*«El Espíritu del Señor sobre mí,
porque él me ha unguido
para que dé la buena noticia a los pobres.
Me ha enviado a anunciar la libertad a los
cautivos
y la vista a los ciegos,
para poner en libertad a los oprimidos,
para proclamar el año de gracia del Señor».*

Enrolló el volumen, lo devolvió al empleado y se sentó. Toda la sinagoga tenía los ojos fijos en él. Y él empezó a hablarles:

—Hoy, en vuestra presencia, se ha cumplido este pasaje. Todos lo aprobaban, admirados de aquellas palabras de gracia que salían de su boca. Decían:

—Pero, ¿no es este el hijo de José? Él les dijo:

—Supongo que me diréis lo del proverbio aquel: Médico, cúrate a ti mismo; haz también aquí, en tu tierra, lo que hemos oído que has hecho en Cafarnaún. Pero añadió:

—Os aseguro que a ningún profeta lo aceptan en su tierra. Además, no os quepa duda de que en tiempos de Elías, cuando no llovió en tres años y medio y hubo una gran hambre en todo el país, había muchas viudas en Israel; y, sin embargo, a ninguna de ellas enviaron a Elías: lo enviaron a una viuda de Sarepta en el territorio de Sidón. Y en tiempo del profeta Eliseo había muchos leprosos en Israel y, sin embargo, a ninguno de ellos curó: sólo a Naamán el sirio.

Al oír esto todos en la sinagoga se pusieron furiosos y, levantándose, lo empujaron fuera del pueblo hasta un barranco del cerro donde se alzaba su pueblo, con intención de despeñarlo. Pero Jesús se abrió paso entre ellos y se alejó (Lc 4, 14-30).



2. RELEER DESDE LA MEMORIA DEL CORAZÓN

2.1. A la luz del contexto bíblico...

Este es el oráculo de Isaías al que pertenece el fragmento escogido por Jesús:

«El Espíritu del Señor está sobre mí,
 porque el Señor me ha ungido.
 Me ha enviado para dar una buena noticia a los que sufren,
 para vendar los corazones desgarrados,
 para proclamar la amnistía a los cautivos
 y a los prisioneros la libertad,
 para proclamar el año de gracia del Señor,
 el día del desquite de nuestro Dios;
 para consolar a los afligidos,
 los afligidos de Sión,
 para cambiar su ceniza en corona,
 su traje de luto en perfume de fiesta,
 su abatimiento en cánticos» (Is 61,1-3).

Pero era difícil para los habitantes de Nazaret reconocer a Jesús como ungido por Dios para esa misión dada su humilde procedencia. En Israel se consideraba el trabajo manual como inferior al estudio de la Escritura: «¿Cómo se hará sabio el que agarra el arado y su orgullo es manejar la aguijada? El que guía los bueyes, dirige los toros y no habla más que de novillos; se desvela por arreglar el establo y se preocupa de trazar los surcos. Lo mismo el artesano y el tejedor, el alfarero y el herrero (...). Todos ellos se fían de su destreza y son expertos en su oficio; pero no los eligen senadores ni descuellan en la asamblea, no toman asiento en el tribunal ni discuten la justa sentencia, no exponen su doctrina o su decisión ni entienden de proverbios, ocupados en su trabajo artesano» (Eclo 38,25-34).

El rechazo de Jesús por parte de sus paisanos revela esta mentalidad, incapaz para imaginarse que el Mesías fuera hijo de un carpintero. También en el Evangelio de Juan leemos este juicio despectivo en boca de Natanael: «¿De Nazaret puede salir algo bueno?» (Jn 1,46).

2.2. ... descubrir el texto...

Podemos observar en el texto³:

- Los verbos de movimiento: *llegar, entrar, ponerse en pie, sentarse, empujar, despeñar, abrirse paso, alejarse...*
- El fondo sombrío de situaciones de carencia: *po-bres, oprimidos, ciegos, cautivos, luto, aflicción, abatimiento.*
- Las palabras para designar salvación: *buena noticia, libertad, palabras de gracia, médico, curación...*
- Las indicaciones de lugar: *Nazaret, sinagoga, Cafarnaún, tierra, Sarepta en la región de Sidón, pueblo, barranco, cerro...*
- Las indicaciones de tiempo: *sábado, año de gracia, hoy, tiempos de Elías, tiempos del profeta Eliseo...*
- Las palabras de reconocimiento y de rechazo: *le entregaron, le miraban, se pusieron furiosos, intención de despeñarlo...*
- La expresión de Isaías que Jesús no lee: *el día de la venganza de nuestro Dios.*

Resulta extraña la expresión «*lo que hemos oído que sucedió en Cafarnaún...*» (V. 23) ya que en la escena inmediatamente anterior, Lucas narra las tentaciones en el desierto y presenta a Jesús en Cafarnaún después de estar en Nazaret. Sólo leyendo el final del capítulo 4 sabremos en qué consiste para Jesús la *buena noticia*: enseñar, pronunciar una palabra con autoridad que hace callarse a los demonios y desaparecer a fiebres y dolencias. El que

³ Cf. J. N. ALETTI, *El arte de contar a Jesús*, Salamanca, 1992, 37-56.

su palabra vena a los espíritus diabólicos y no a los ocupantes romanos, es un indicio del sentido de su misión y de la profunda pobreza en que se encuentran aquellos a los que es enviado.

No es éste el único pasaje en el que aparece en el evangelio de Lucas la oposición a la persona y al mensaje de Jesús. En otros episodios los fariseos y escribas se preguntan por sus palabras y su comportamiento, sin ocultar su extrañeza y su reprobación y hasta su furor: «¿Quién es éste que dice blasfemias?» (5,21); «¿Quién es este hombre que incluso llega a perdonar pecados?» (7,49); «Ellos, llenos de rabia, discutían qué podían hacer contra Jesús» (6, 11). Pero aunque Jesús critique también a los fariseos y a los doctores de la ley (7,30), no romperá las relaciones con ellos: al menos uno le invitará a su casa (7,36).

2.3. ... como Palabra para hoy

Como si respondiera a nuestra curiosidad acerca del personaje del AT con quien Jesús se sentiría más identificado, Lucas contesta: su elección ha recaído no sobre un patriarca, rey, sabio, sacerdote, escriba o salmista, sino sobre un personaje profético que se siente ungido por el Espíritu y conducido por él.

La escena de la sinagoga de Nazaret es como una maqueta en la que están ya presentes «en miniatura» temas que se irán repitiendo también en la vida de los seguidores de Jesús: llamados a anunciar el Evangelio con la propia vida, se hará inevitable el encuentro con la resistencia y el rechazo. Pero la libertad soberana de Jesús atravesando en medio de sus enemigos, como un recuerdo de su Resurrección, confirma que la evangelización sigue su camino.

Podemos sentirnos también reflejados en la gente de Nazaret que conocía demasiado bien al hijo del carpintero y no logró descubrir al hombre nuevo. ¿No puede ocurrirnos algo parecido a nosotros hoy? Andar buscando en libros, conferencias y novedades algo que tenemos tan cerca como la gente anónima: los pobres, cautivos, ciegos, viudas, leprosos, extranjeros y oprimidos de hoy que pueblan los barrios de nuestras ciudades, y a los que expulsamos porque resultan sospechosos para nuestra mentalidad instalada en el conformismo...



3. DEJAR RESONAR LA PALABRA

Habla Rubén, un joven judío estudioso de la Ley

*«El Espíritu del Señor está sobre mí,
porque me ha ungido
para que dé la buena noticia a los pobres...» (Lc 4,18-19)*

Reconocí de inmediato las palabras de Isaías, pronunciadas con un inconfundible acento galileo por aquel *rabbí* para mí desconocido, pero cuya presencia había despertado enorme expectación en el pueblo.

Yo estaba también de paso en Nazaret, adonde no había vuelto desde que, años atrás, me había marchado a Jerusalén. Fui allí enviado por mi padre, fervoroso fariseo, para que estudiara en una escuela rabínica y llegara a ser lo mismo que él: un especialista en la Ley. Su sueño era verme convertido en un maestro del saber, lo cual me daría, según él, una influencia y un prestigio que nunca alcanzaría por otros caminos.

Estaba pasando los mejores años de mi juventud dedicado a escudriñar las Escrituras y sometido a una disciplina que se me había ido volviendo cada vez más insoportable. No me pe-

saban tanto las horas de estudio como la sensación creciente de que las enseñanzas que recibía y trataba de asimilar, caían sobre mí como una carga agobiante que me asfixiaba. Las discusiones entre nuestros maestros y sus interpretaciones de la Torah (613 preceptos, de ellos 248 mandamientos positivos y 365 prohibiciones...) eran tan enrevesadas, que yo tenía cada vez más la sensación de vivir oprimido bajo un yugo parecido a la esclavitud que vivieron nuestros padres en Egipto y me sentía atrapado dentro de una red tejida con los hilos sutilísimos de disquisiciones y prescripciones.

Tanta angustia acumulada degeneró en una enfermedad y tuve que regresar a Séforis, mi pueblo natal; cuando estuve un poco mejor, mis padres me sugirieron que fuera a pasar unos días a Nazaret para que me distrajera en casa de unos parientes.

La situación en que me encontraba hizo que las palabras de Isaías que estaba leyendo aquel forastero llegaran hasta mí como una ráfaga de luz: si la tarea del Mesías esperado, pensé, iba a ser la de sanar, liberar y dar buenas noticias a los pobres, ¿por qué vivíamos abrumados y ciegos, encerrados en los calabozos y prisiones que nosotros mismos nos construíamos? Traté de imaginar lo que para mí sería una buena noticia: que alguien me hablara de un Dios que no exige sometimiento de siervos ni se complace en acumular sobre nosotros leyes, normas y obligaciones, un Dios que viene a nuestro encuentro a aligerarnos de cargas y a liberarnos de yugos; un Dios sanador de heridas y reparador de brechas; un Dios cuyos rasgos fueran aquellos con los que se reveló a nuestros Padres: el amor compasivo y fiel, el perdón y la gratuidad.

Cuando concluyó la lectura del fragmento que había elegido, el *rabbí* enrolló de nuevo el libro, se lo entregó al jefe de la sinagoga y se sentó.

Me di cuenta con sobresalto de que había omitido (¿voluntariamente?) las palabras sobre «*la venganza de nuestro Dios*». Los demás debían haberlo notado también y esperaban expectantes, con los ojos fijos en él, la explicación que debía seguir. Y entonces él dijo lo que nadie entre los presentes hubiéramos esperado escuchar: «*Hoy, en presencia vuestra, se ha cumplido toda esta Escritura*».

Lo miré con asombro. ¿Qué significaba aquel *hoy*? ¿Se estaba atreviendo a proclamar que habían llegado los tiempos mesiánicos? ¿Se estaba presentando como portador de alegría y liberación ante aquellos de nosotros que nos reconocíamos pobres, ciegos y prisioneros?

Si era así, ¿de dónde le venía aquella autoridad, aquella firmeza serena que daba a sus palabras la consistencia de la roca? Pero sobre todo, ¿no estaba anunciándome en aquel preciso momento que el Dios que deseaba encontrar se estaba aproximando a mí, que estaba descendiendo con su luz hasta el abismo de tinieblas en que me encontraba?

Me sentía sobresaltado y confuso pero no tuve ocasión de seguir pensando: había murmullos entre los asistentes y una mujer comentó a mi lado a media voz:

—¡Pero si es Jesús, el hijo de José y de María, mis vecinos! y, ante mi expresión de ignorancia, me explicó: Hace un tiempo se marchó fuera y anda por ahí, sin domicilio fijo, rodeado de un grupo de desarrapados y anunciando la venida de no sé qué reino que está a punto de llegar... Y finalmente murmuró con sorna: También dicen que cura enfermos y echa demonios, veremos si consigue hacerlo aquí también...

El tal Jesús había seguido hablando, pero apenas pude escuchar sus palabras finales porque se perdieron a causa del griterío: unos se habían puesto de pie vociferando y haciendo gestos de amenaza y los más furiosos se acercaron a él y, agarrándolo por los brazos, lo empujaron fuera de la sinagoga. Bajé la escalera conteniendo el aliento, porque conocía la violencia del carácter galileo y me temía lo peor. Vi que lo tenían rodeado y sujeto y que, entre insultos, pretendían arrastrarle monte arriba, posiblemente para despeñarle desde lo alto. Pero, de pronto él sacudió los hombros con decisión e, inexplicablemente, los que le tenían agarrado lo soltaron y se fueron retirando mientras él, tranquilamente, caminaba entre ellos y se dirigía hacia una casa de la parte baja de la ladera que debía ser la suya.

No volví a verlo, pero en los días siguientes y mientras duró el revuelo, me enteré de muchos rumores que circulaban acerca

de el Las noticias de lo que hacía se divulgaban de boca en boca y mucha gente sobrecogida decía «Un gran profeta ha surgido entre nosotros, Dios ha visitado a su pueblo» (Lc 7,16), y hablaban con admiración de los signos que realizaba, semejantes o mayores a los de algunos antiguos profetas

Ahora ha pasado mucho tiempo y pertenezco al grupo de los que, después de su resurrección, seguimos empeñados en continuar haciendo, en memoria suya, lo mismo que el hizo anunciar libertad a los cautivos y luz a los que viven en sombras aprendiendo a ser como él, portadores de la buena noticia

De aquella noticia que llegó hasta mí, inundándome de júbilo, una mañana de sábado en la sinagoga de un pueblo perdido llamado Nazaret



4. ENTRAR EN LA ORACIÓN DE JESÚS

Podemos imaginarle haciendo suyo el Salmo 72 y acogiendo ante el Padre su misión de defender a los humildes del pueblo y salvar la vida de los pobres. Lo que el deseo y la esperanza de Israel proyectaron en el Mesías, se ha hecho por fin realidad en Él

«Dios mío, confía tu juicio al rey tu justicia al hijo de reyes

*Para que rija a tu pueblo con justicia,
a tus humildes con rectitud »*

«Cuando pronuncio las palabras de este salmo, siento que eres tú, Abba, quien pones en mi cora-

zon todo lo que en él se suplica que montes y colinas traigan a tu pueblo paz a través de la justicia y que esa justicia dure tanto como el sol y la luna. Me inunda el deseo de defender a la gente oprimida y poner a salvo a las familias pobres quebrantando todo lo que les explota

Por eso te pido que me hagas capaz de librar al pobre que pide auxilio, al afligido que no tiene protector. Se que la compasión que experimento ante los pobres y desvalidos viene de ti, Padre, y que eres tú quien me envía a salvarles y a darles la buena noticia de que su vida que ellos creen olvidada, es preciosa ante tus ojos

Voy comprendiendo que mi camino no es el de dominar de mar a mar, como suena el salmo, y se que ante mí nadie doblará la rodilla, ni vendrán tampoco los reyes de Saba y Arabia a ofrecerme tributos. Porque lo que tú deseas de mí es que me acerque a tu pueblo sin poder ni violencia, como cae la lluvia sobre el césped o como la llovizna que empapa la tierra. Quizá tendré que enterrar mi vida como el grano de trigo, para que abunden las mieses del campo y se agiten en lo alto de los montes, para dar un fruto espléndido como el del Líbano y que las gavillas sean como hierbas del campo

Y toda mi alegría está en que así se reconocera tu Nombre y dirán: Bendito el Señor Dios de Israel, el único que hace maravillas. Bendito por siempre su Nombre glorioso y que su gloria llene la tierra »



5. ELEGIR LA VIDA:

5

**¿Quién es
este hombre?**



1. LEER EL TEXTO

Aquel día al caer la tarde, Jesús les dijo: —Crucemos a la orilla de enfrente. Despidiendo a la gente, lo recogieron en la barca, como estaba; otras barcas lo acompañaban. Se levantó un fuerte torbellino de viento y las olas se abalanzaban contra la barca hasta casi llenarla de agua. Él estaba a popa, dormido sobre un cabezal. Lo despertaron y le dicen: Maestro, ¿no te importa que perezamos? Se levantó, increpó al viento y ordenó al mar: —¡Silencio, cállate! El viento amainó y sobrevino una gran calma. Él les dijo: —¿Por qué sois tan cobardes? ¿Cómo es que no tenéis fe? Llenos de temor se decían unos a otros: —¿Quién es este, que hasta el viento y el mar le obedecen? (Mc 4,35-41).



2. RELEER DESDE LA MEMORIA DEL CORAZÓN

2.1. A la luz del contexto bíblico...

La presencia del miedo en el texto sólo se comprende recorriendo al AT en el que se repite constantemente esta

escena: Dios se acerca, aquellos a quienes visita se llenan de temor y Él les dice: «*No temáis*». El miedo será la reacción de Abraham (Gen 15,2), de Sara en el encinar de Mambré (Gen 18,15), de Agar junto al pozo del desierto (Gen 21,17), de Jacob al despertarse de su sueño en Betel (Gen 28,17), de Moisés frente a la zarza ardiente (Ex 3,6), del pueblo a la orilla del Mar Rojo cuando los perseguían los egipcios (Ex 14,10), de Isaías en la teofanía del templo (Is 6,5). Pero todos ellos escuchan un tranquilizador: «*No temas...*» por parte de Dios.

Lo que se teme de Él no es tanto su superioridad ni la distancia que existe entre lo divino y lo humano, sino su *santidad*: Dios es santo y el hombre es pecador. Pero es el profeta Oseas quien nos descubre en qué consiste esa santidad:

*«¿Cómo podré dejarte, Efraín; entregarte a ti, Israel?
¿Cómo dejarte como a Admá; tratarte como a Seboín?
Me da un vuelco el corazón, se me revuelven todas las entrañas.
No cederé al ardor de mi cólera,
no volveré a destruir a Efraín;
que soy Dios y no hombre, Santo en medio de ti
no enemigo devastador» (Os 11,1-9).*

Esta es la verdadera definición del Dios que anuncian los Profetas: su santidad consiste en su amor y por eso no es algo que nos aleja de Él, sino más bien algo que nos persigue, como el amor. Su grandeza no consiste ante todo en su poder, sino en su misericordia, su perdón y su fidelidad. La paciencia humana conoce límites, la de Dios los desconoce: esa es la diferencia entre Él y nosotros y es eso lo que nos provoca sobrecogimiento y temor.

Por eso Jonás reconocía que el verdadero motivo de su huida no era su misión en Nínive, sino el amor de Dios: «*¡Ay, Señor, ya me lo decía yo cuando estaba en mi*

tierra. Por algo me adelanté a huir a Tarsis; porque sé que eres un Dios compasivo y clemente, paciente y misericordioso que te arrepientes de las amenazas...» (Jon 4,1).

Se trata de un temor que abre a la confianza y que, en vez de alejarnos de Dios, nos acerca a Él.⁴

Las actuaciones de Jesús en el evangelio de Marcos provocan reacciones de temor, asombro, desconcierto, miedo, sobresalto... Después de la expulsión de un demonio en Cafarnaú «*todos se llenaron de estupor*» (1,27); al asistir a la curación del paralítico «*todos se asombraron*» (2,12); la mujer que tenía un flujo de sangre queda «*asustada y temblando*» (5,33); su enseñanza en Nazaret hace que la multitud le escuche asombrada (cf. 6,2) y después de la curación del sordomudo «*estaban estupefactos*» (7,37); los discípulos, al verle caminar sobre las aguas «*dieron un grito, pues todos lo vieron y se espantaron*» (6, 50); al ver su transfiguración «*estaban llenos de miedo*» (9,6); también lo están al oír que es más difícil que un camello entre por el ojo de una aguja que un rico se salve (10,26) y al verle emprender con decisión el camino de Jerusalén (10,32); también sus adversarios tenían miedo (11,12) y las mujeres que fueron a la tumba en la mañana de Pascua «*salieron huyendo del sepulcro, temblando y fuera de sí, y de puro miedo, no dijeron nada a nadie*» (16,8).

2.2. ... descubrir el texto...

«*Crucemos a la orilla de enfrente*»: es la orilla de los paganos, los extranjeros, los diferentes, aquellos con quienes, según la tradición de Israel, no se debía tomar contacto.

⁴ Cf. F. ROSSI DE GASPERIS, «Conferencia dictada en la Isla Mauricio en 1995».

Como si fuera un presagio de todo lo que de amenazador tiene lo diferente, estalla una tormenta y ese fenómeno en el lago de Galilea puede ser terrible: en pocos minutos se levanta el viento y las olas se vuelven peligrosas para los tripulantes de una barca de pesca.

El evangelio de Marcos pretende darnos a conocer la divinidad de Jesús y por eso dice de él lo que el AT dice de Dios. Jesús es el más humano de los hombres: se le acercan, le tocan, le buscan...; pero, al mismo tiempo, el que se aproxima a él entra en contacto con su santidad y experimenta temor, asombro y estupefacción. Eso explica los sentimientos de los discípulos al verle calmar la tempestad.

2.3. ... como Palabra para hoy

Existen dos momentos en la vida de fe: un tiempo débil que no acierta a esperar que ese Jesús dormido pueda levantarse, increpar al viento y serenar el mar. Es esto lo que no comprendieron los apóstoles en fase de «fe débil». En cambio, la fe «probada», arraigada en la experiencia de que Dios convierte al perdido, sopla las cenizas del amor apagado, hace resurgir a la comunidad agostada, se mantiene firme en los vuelcos de la existencia como una secreta victoria sobre el mundo de la desesperanza y el temor⁵.

Es verdad que con frecuencia gritamos de miedo ante las incertidumbres de lo que nos toca vivir, pero creemos a pesar de todo que, a bordo de la barca de nuestras aventuras, ha subido alguien que sostiene el timón y que nos llevará «a la otra orilla».

⁵ Cf. J. M. ROVIRA BELLOSO, *Leer el Evangelio*, Madrid, 1980, 204.

Cuando nos sentimos divididos entre el miedo y la confianza, siempre depende de nosotros la decisión de mirar la realidad solamente como una amenaza, oyendo sólo el bramido de la tormenta, o conceder crédito a la fe que nos asegura que Alguien está a nuestro lado para sostenernos en medio de los embates de la vida. Según sea nuestra respuesta, nos hundiremos o nos sentiremos acompañados por Aquel que puede hacernos llegar a salvo a la otra orilla. Esto es la fe.



3. DEJAR RESONAR LA PALABRA

Habla Pedro

El Maestro suele reprocharnos con frecuencia nuestras reacciones de miedo y no se equivoca. Ese fue mi primer sentimiento cuando se acercó a Andrés y a mí mientras lavábamos las redes a la orilla del lago y nos pidió que nos fuéramos con él: *«Aléjate de mí, que soy un pecador»*, le dije entonces, y más de una vez me ha recordado aquella reacción y me ha comparado riendo con el profeta Isaías, temblando de pies a cabeza cuando Dios le manifestó su gloria en el templo. O con el atemorizado Jeremías balbuciendo ante el Señor: *«Mira que no sé hablar, que sólo soy un muchacho...»*.

La misión que nos ha confiado nos asusta un poco a todos, y a veces se diría que también él la siente gravitando sobre sus hombros y como si le abrumara e hiciera vacilar el suelo debajo de los pies. Quizá por eso se aleja de nosotros en esos momentos, se retira sólo a orar y cuando vuelve trae de nuevo el rostro sereno, como si hubiera escuchado directamente la voz silenciosa de Dios diciéndole: *«No tengas miedo, yo estoy contigo»*. Y entonces da la sensación de que todo su ser se apoya seguro sobre roca, que en torno a él se alza una muralla inexpugnable, o que está en lo alto de un picacho rocoso, con abasto de pan y provisión de agua...

Uno de esos días nos propuso rezar juntos dos de los himnos de subida a Jerusalén:

*«Los que confían en el Señor
son como el monte Sión,
no vacila, está asentado para siempre.
A Jerusalén la rodean las montañas,
a su pueblo lo rodea el Señor»* (Sal 125,1-2).

*«El Señor es tu guardián,
el Señor es tu sombra,
está a tu derecha.
De día el sol no te hará daño
ni la luna de noche»* (Sal 121,5-6).

Y se puso después a hablarnos de Dios como guardián que nunca duerme, como almena y escudo que nos defiende, como un Padre que lleva nuestros nombres escritos en la palma de sus manos... *Él vive esa seguridad tan intensamente que no puede comprender que nuestra fe sea tan vacilante y que seamos tan desconfiados ante aquello que no somos capaces de constatar inmediatamente.*

Un día que estábamos sentados en la orilla del Jordán nos propuso esta parábola: *«El Reino de los Cielos se parece a dos hombres que están cada uno a un lado de un río profundo y a uno de ellos le parece muy hondo e imposible de atravesar sin perder pie. El otro, que ya lo ha cruzado y sabe que hay vado, le dice: “No tengas miedo, hay roca debajo aunque no puedas verla, puedes atravesarlo apoyándote en ella...”*. Pero el temeroso prefiere quedarse del otro lado, paralizado por el miedo a lo que aún no ha comprobado por sí mismo. Y la seguridad que le ofrece la orilla familiar le impide correr el riesgo de avanzar hacia lo desconocido, cuando sólo allí haría la experiencia de que existe una Roca que sostiene a todo el que se atreve a apoyarse en ella...».

Debe parecerle que nosotros reaccionamos casi siempre como el hombre temeroso y quizá por eso, cuando encuentra en alguien un gesto de confianza, se muestra tan deslumbrado,

como si hubiera encontrado un tesoro escondido. Y quizá también por eso le gusta tanto estar con los niños, mirar su tranquila concentración cuando juegan, su instintiva seguridad en que los mayores están ahí para cuidarlos y defenderlos y llevarlos en brazos cuando se cansan.

En la segunda luna de Pascua estábamos atravesando el lago en la barca de Pedro, cuando se levantó un viento que amenazaba tormenta. Él debía estar tan rendido que se había echado en popa, apoyando la cabeza sobre un rollo de cuerdas y se había quedado dormido. De pronto el cielo se oscureció, el viento arreciaba y comenzaron a formarse remolinos en el agua. Se desencadenó una terrible galerna y todos estábamos demudados y despavoridos, nos dábamos órdenes unos a otros para achicar el agua y remábamos sin rumbo mientras la barca subía y bajaba como una cáscara de nuez en poder de las olas. Ninguno podíamos comprender cómo él seguía durmiendo tan tranquilo, así que me puse a zarandearle y le grité: «¿Es que no te importa que nos ahogemos?». Se puso en pie y dijo con voz fuerte: «¡Silencio! ¿Dónde está vuestra fe?». Y no sé bien si nos lo estaba ordenando a nosotros, o al miedo que nos estaba dominando y que nos hundía en su abismo con mucha más fuerza que la amenaza de las olas.

Me acordé del griterío que acompañaba en tiempos del desierto el traslado del arca, cuando decían:

*«¡Levántate, Señor!
Que se dispersen tus enemigos,
huyan de tu presencia los que te odian»* (Núm 10,35).

Los enemigos que salían huyendo de nosotros se llamaban ahora temor, angustia y ansiedad, la palabra de Jesús ponía suelo bajo nuestros pies, nuestro pánico desaparecía y una sorprendente tranquilidad nos serenaba. El mar había comenzado a calmarse y ahora remábamos en silencio hacia la otra orilla, bajo las estrellas de un cielo despejado.

Y fue en ese momento cuando nos invadió un temor aún más profundo que el que habíamos sentido durante la tempe-

dad. Nos dimos cuenta de que lo que estaba pidiendo de nosotros consistía en una confianza total, una seguridad absoluta en que la firmeza que él ofrece no es una recompensa a nuestro esfuerzo, sino un don que se nos regala gratuitamente cuando nos atrevemos a fiarnos de él en medio de las tormentas de la vida.



4. ENTRAR EN LA ORACIÓN DE JESÚS

Las palabras de los Salmos 91 y 125 pueden descubrirnos algo del secreto de la confianza de Jesús en su Padre:

A la entrada de la noche quiero bendecirte, Padre, por la seguridad de saberme amparado por tu amor y arrimado a tu sombra, por esta confianza que me habita y que me hace llamarte mi refugio y mi alcázar, mi escudo y mi armadura.

A tu lado me sé a salvo de las redes de quienes pretenden cazar mi vida como la de un pájaro y, con todos los pequeños y desamparados, me siento abrigado por tus plumas y protegido bajo tus alas. No temo a las sombras de la noche, ni a la persecución de mis enemigos, ni a las amenazas que se me llegan desde el ámbito de las tinieblas. Ocurra lo que ocurra, sé que la desgracia no se me acercará y por eso descanso tranquilo en tus manos, como si los ángeles me llevaran en sus palmas, sin dejarme tropezar con las piedras del camino.

No tengo miedo de defender a los humildes aunque eso signifique enfrentarme con las calumnias de los poderosos y el secreto de esta ausencia de temor está en que vivo apoyado sobre tu palabra que me asegura:

No temas, yo te pondré a salvo,
te pondré en alto porque conoces mi nombre.
Cuando me llames, te escucharé;
estaré contigo en el peligro, te defenderé
y te honraré;
te saciaré de largos días y te haré gozar
de mi salvación.

Es esta confianza que me habita la que me hace
sentirme firme como el monte Sión en Jerusalén.
Porque a Jerusalén la rodean montañas, pero a mí
y a tu pueblo nos rodeas tú, Padre, y esa seguridad
disipa nuestros miedos y nos hace bendecirte des-
de que sale el sol hasta su ocaso todos los días de
nuestra vida.



5. ELEGIR LA VIDA:

6

Servidor de todos



1. LEER EL TEXTO

Al salir de la sinagoga se fueron derechos a casa de Simón y Andrés llevando a Santiago y a Juan. La suegra de Simón estaba en cama con fiebre, y se lo dijeron en seguida. Jesús se acercó, la cogió de la mano y la levantó. Se le pasó la fiebre y les servía (Mc 1,29-31).



2. RELEER DESDE LA MEMORIA DEL CORAZÓN

2.1. A la luz del contexto bíblico...

El AT utiliza con mucha frecuencia el verbo «levantar» para designar la intervención personal de Yahvé en favor de los que están caídos, tendidos, postrados en el suelo. Estar derribado aparece en relación con el mundo de las tinieblas, del *seol* o fosa fatal (Sal 22,16). Es la postura de la humillación, opresión y aniquilamiento mientras que «levantarse», ponerse en pie, es símbolo de la dignidad humana. El hombre y la mujer vivos y puestos en pie experimentan plenitud (Sal 20,9), son inaccesibles (Sal 1,5) y desde esa posición pueden actuar, hablar, cantar (Sal 24,3; 68,2; 9,20,78,6; 88,11...). Es la postura de autoridad, victoria, trascendencia y altura luminosa.

Pasar de la postración al enderezamiento, expresa la experiencia del éxodo: si Israel sabe algo de sí mismo es

que gemía encorvado bajo el peso de la esclavitud en Egipto y que el Señor lo salvó, lo puso en pie y lo hizo libre. Moisés y Miryam cantan junto al mar frente al enemigo derribado:

«Tú has plantado a tu pueblo en el monte de tu heredad, en el lugar que tú te has preparado para tu sede, ioh Yahvéi, al santuario, Adonay, que tus manos prepararon» (Ex 15,17).

Tanto la alusión al monte como al santuario evocan la altura privilegiada y luminosa de Sión, el vértice del cielo. Y será a la hija de Sión, abatida y humillada en el destierro, a quien se dirigirán estas palabras del segundo Isaías:

«¡Levántate, Jerusalén, revístete de fortaleza, Sión; sacúdete el polvo, levántate, cautiva Jerusalén. Libérate de las ligaduras de tu cerviz, cautiva hija de Sión» (Is 52,1-2).

Toda la acción de Dios, tanto en el AT como en el NT, podría resumirse en el gesto simbólico de levantar, enderezar y poner en pie.

En el NT, además de la suegra de Pedro, también son enderezadas por Jesús la hija de Jairo (Mc 5,41), la mujer encorvada (Lc 13,11-13) y María Magdalena, inclinada sobre el sepulcro y enviada a comunicar la noticia de la resurrección (Jn 20,11-18).

2.2. ... descubrir el texto...

La escena de la curación de la suegra de Pedro tiene lugar dentro de la «jornada de Cafarnaum» (Mc 1, 21-38) que recorre un día entero de Jesús: por la mañana del sábado acu-

de a la sinagoga donde cura a un endemoniado; a mediodía entra en casa de Pedro y cura a su suegra; al atardecer acuden a él muchos enfermos; de madrugada se retira a orar.

Podemos leer el texto observando las tres escenas en que transcurre: en la primera, una mujer está en la posición horizontal de los muertos, separada de la comunidad y dominada por la fiebre. En la última, la encontramos en pie, curada y prestando servicio, es decir, ocupando el lugar que tomará el propio Jesús que, según sus propias palabras, *«no ha venido a que le sirvan, sino a servir y a dar la vida»* (Mc 10,45); por eso la mujer ha empezado a *«tener parte con Jesús»* (Jn 13,8). La escena central nos ofrece el secreto de su transformación: es el primer gesto silencioso de Jesús del que hay constancia en Marcos y bastan tres verbos para expresarlo con sobriedad: *«se acercó»*, *«la tomó de la mano»*, *«la levantó»* (este último verbo es el mismo que se usa para hablar de la Resurrección).

2.3. ... como Palabra para hoy

El evangelio de Marcos está escrito en Roma al final de los años 60 y dirigido a una comunidad en la que hay romanos y griegos, esclavos y libres, gente de origen social elevado y gente humilde, todos ellos necesitados de aprender de Jesús su actitud fundamental de servicio. Una situación semejante a la del mundo en que vivimos hoy: entonces como ahora, las relaciones se establecen a través del poder y la dominación, y en el ejercicio de la autoridad, el que es fuerte se impone sobre el débil, el rico sobre el pobre, el que posee información sobre el ignorante. Frente a ello, este relato nos da a conocer el nuevo orden de relaciones que deben caracterizar el Reino en el que la vinculación fundamental es la de la fraternidad en el servicio mutuo.

La manera de actuar de Jesús desestabiliza todos los estereotipos y modelos mundanos de autoridad y descalifica cualquier manifestación de dominio de unos hermanos por otros: se inaugura un estilo nuevo en el que el «diseño circular» reemplaza y declara caduco el «modelo escalafón». Su manera de tratar a la gente del margen pone en marcha un movimiento de inclusión: al compartir mesa con los que aparentemente eran «menos» y estaban «por debajo», invalidaba cualquier pretensión de creerse «más» o de situarse «por encima» de otros.

Por eso, cuando Marcos nos presenta a la suegra de Pedro «sirviendo», está diciendo: aquí hay alguien que ha entrado en la órbita de Jesús, que ha respondido a su invitación de ponerse a los pies de los demás y por eso está «teniendo parte con él».

Muchas de las dificultades que tenemos en la vida relacional nos vienen de nuestra resistencia a ponernos en la postura básica de un servicio que no pide recompensas, ni reclama agradecimientos. Al que intenta vivir así, le basta con la alegría de evitar cansancio a otros y con el gozo de poder estar, como Jesús, con la toalla ceñida para lavar los pies de los hermanos.



3. DEJAR RESONAR LA PALABRA

Habla Lucrecia desde la comunidad cristiana de Roma

«Este hombre no ha venido a que le sirvan sino a servir y a dar la vida en rescate por muchos» (Mc 10,45). Así había definido Marcos en la comunidad el sentido de la vida de Jesús, pero sus palabras provocaron en mí rebeldía y resistencia. Pertenezco a

una familia de patricios de Roma, me siento orgullosa de pertenecer a la condición de los libres y, como poseo esclavos, conozco de cerca la bajeza de su origen y siento hacia ellos un desprecio invencible.

Empecé a frecuentar la reunión de los cristianos porque los cultos místéricos que se practicaban en el Imperio habían terminado por resultarme insufribles a fuerza de ridículos. Se me había hecho imposible rendir homenaje o respetar a unos dioses tan llenos de pasiones y miserias como los humanos y sus mitos y leyendas terminaron por parecerme infantiles.

Conocía a Ester, una judía convertida al cristianismo que me invitó a participar en una de sus reuniones y, desde el principio, me quedé deslumbrada ante una doctrina tan absolutamente nueva y atrayente que pensé haber encontrado la respuesta a las preguntas que venía haciéndome desde tanto tiempo atrás.

Nos reuníamos en casa de Ester y Marcos que conocía bien las tradiciones en torno a Jesús nos hablaba de él con tanta pasión, que pronto pedí ser admitida en el grupo de los que se preparaban para el bautismo. Tengo que reconocer que me costó vencer mi repugnancia a la hora de integrarme en un grupo en el que había todo tipo de personas: no me importaba mezclarme con griegos o judíos, siempre que fueran gente noble y culta, pero sentirme al mismo nivel de esclavos y gente de baja extracción, me resultaba duro y humillante.

Fue creciendo en mí el convencimiento de que Jesús venía de parte de Dios y me entusiasmaba escuchar el comienzo de lo que Marcos llamaba su «evangelio» y que decía así: «Buena noticia de Jesucristo, Hijo de Dios». Me llenaba de alegría poder invocarle como un ser celestial, anterior a todo, mediador entre Dios y sus criaturas. Por fin había encontrado una religión noble, propia de hombres y mujeres libres y dignos, y por eso me sentí tan defraudada al ir oyendo hechos y dichos de Jesús que no podía comprender y que me iban alejando de las ideas sobre él que me había formado al principio.

Yo podía aceptar que Dios se comunicara con los humanos y la idea de un «Hijo de Dios» no me repugnaba como les ocu-

rría a los judíos, pero el que esa filiación no fuera manifestación de fuerza y de gloria, sino a la manera de un siervo, me producía escándalo y rechazo. El abajamiento de la divinidad me resultaba inaceptable y, ahora que se me habían caído mis antiguos dioses, no podía tolerar otro descenso semejante.

Me reafirmé en mi idea mientras cenaba un día en mi casa y mis esclavos me servían: me puse a contemplar atentamente a una joven esclava nubia que me había traído mi esposo en uno de sus últimos viajes antes de morir. La veía moverse con agilidad y sigilo, con la misma naturalidad con que se mueve un pez en el agua, quizá porque era ya descendiente de esclavos y estaba habituada a servir desde niña. Yo intentaba imaginarla situada en mi lugar, reclinada en mi triclinio, mientras yo me acercaba para servirla, pero el sólo pensarlo me resultaba ridículo e inapropiado y me reafirmaba en mi convicción de que entre esclavos y libres había una distancia infranqueable y era inútil intentar superarla.

Seguí volviendo a la comunidad, pero crecía en mí la resistencia ante la insistencia de Marcos en recordarnos que Jesús había muerto crucificado, sin darse cuenta de que un crucificado no era para mí, lo mismo que para cualquier persona culta de mi tiempo, más que expresión de necedad, vergüenza y escándalo. Pero era a él a quien constantemente se refería Marcos, rechazando los intentos de los que como yo, pretendíamos pasar por alto un final tan humillante. ¿Cómo puede ser Jesús, a la vez, Hijo de Dios y siervo?, le preguntábamos. ¿Por qué en vez de recalcar tanto su existencia sufriente y anonadada, no nos hablas más de su poder, su exaltación y su señorío sobre toda la creación? ¿Por qué tanto empeño en hacernos ver la participación de Jesús en la debilidad humana y eso, no como algo que le sobrevino por necesidad, sino como elegido libre y conscientemente, como talante y orientación de su vida entera?

Todo aquello me iba separando progresivamente de mi primer entusiasmo hasta tomar la decisión de dejar de participar en las reuniones; pero volví finalmente a una para despedirme y dar mis razones de por qué había determinado abandonar la comunidad. Lo hice con la mayor sinceridad y respeto que pu-

de para no herir a nadie y, después de un silencio, Marcos dijo que iba a contarnos otra historia más de las referentes a Jesús:

«Un día en Cafarnaún, al salir de la sinagoga se fueron derechos a casa de Simón y Andrés llevando a Santiago y a Juan. La suegra de Simón estaba en cama con fiebre, y se lo dijeron en seguida. Jesús se acercó, la cogió de la mano y la levantó. Se le pasó la fiebre y les servía» (Mc 1,29-31).

Cuando terminó se hizo un largo silencio y, de pronto, me di cuenta de que aquella narración me estaba dirigida: aquella mujer enferma era yo, aquejada por una maléfica fiebre de soberbia, distanciada de la vida que circulaba por la comunidad, imposibilitada para acoger aquella fraternidad sanante capaz de romper las barreras de discriminación entre sus miembros. Y sin embargo, Jesús no se había alejado de la mujer enferma, sino que se había acercado a ella, la había tomado de la mano levantándola, y ella se había incorporado de nuevo al ámbito del servicio (*diakonía* le llaman en el grupo), y había entrado de nuevo, rehecha y libre, en la esfera de los seguidores del Maestro.

Pedí un tiempo de reflexión durante el que oré y supliqué luz y fuerza para acoger el camino de servicio y humildad del Señor Jesús que es también el Servidor de todos. Y ahora que me he bautizado en la noche pascual, puedo decir que también yo, lo mismo que aquella mujer de Cafarnaún, he vivido la experiencia de ser liberada de mi fiebre: Jesús me ha tomado de la mano y me ha levantado con el poder de su Resurrección. Y ahora estoy aprendiendo, con la luz de su Espíritu, que la mayor dignidad a la que podemos ser llamados consiste en hacernos servidores unos de otros.



4. ENTRAR EN LA ORACIÓN DE JESÚS

Un personaje misterioso que aparece bajo el título de «Siervo» en cuatro cánticos del libro de Isaías, pudo ofrecer a Jesús inspiración para sus actitudes en la misión confiada por el Padre.

«Como el Siervo del que habla el profeta, también yo me siento sostenido y preferido por ti, Padre. Tu Espíritu que descansa sobre mí me va revelando tu deseo de que hable a tus hijos no de obligaciones y leyes, sino de tu misericordia y tu amor fiel.

Voy aprendiendo que lo que quieres de mí es un servicio realizado calladamente, sin gritar, ni clamar, ni vocear por las calles, sino ofrecido a cada uno de tus hijos e hijas con cuidado, para que ninguna vida frágil como una caña cascada se quiebre, para que nadie crea que el pábilo de su existencia está definitivamente apagado. Porque tú, Padre, me envías precisamente a prestar ese servicio: el de enderezar a la gente postrada, animar a los desalentados, vencer a los que ya no esperan ni en ti ni en ellos mismos que sus vidas pueden volver a arder y a brillar en tu presencia. A alejar de sus mentes esas imágenes tuyas de juez severo o de dueño exigente que los hacen temblar y recordarles que eres su Creador y su Padre y que te complaces en seguir dando respiro y aliento a los que son obra de tus manos.

Cuento contigo para esta tarea, Padre, ayúdame a no vacilar ni a quebrarme antes de llevarla a término, y a no olvidar nunca esas palabras en las que encuentro la fuerza para llevar adelante mi misión:

*“Yo, el Señor, te he llamado para la justicia,
te he cogido de la mano,
te he formado y te he hecho
alianza de un pueblo, luz de las naciones.*

La sabiduría del Reino

*Para que abras los ojos de los ciegos,
 para que saques a los cautivos de la prision
 y de la mazmorra a los que habitan las tinieblas ()
 No temas, que te he redimido,
 te he llamado por tu nombre, tu eres mio
 Cuando cruces las aguas, yo estare contigo,
 la corriente no te anegara,
 cuando pases por el fuego, no te quemaras,
 la llama no te abrasara
 Porque yo, el Señor, soy tu Dios,
 el Santo de Israel es tu salvador
 Como rescate tuyo entregue a Egipto,
 a Etiopia y Saba a cambio de ti,
 porque eres de gran precio a mis ojos,
 eres valioso y yo te amo,
 entregue hombres a cambio de ti,
 pueblos a cambio de tu vida
 no temas, que contigo estoy yo,
 desde Oriente traere a tu estirpe,
 desde Occidente te reunire
 Dire al Norte Entregalo, al Sur No lo retengas,
 traeme a mis hijos de lejos
 y a mis hijas del confin de la tierra,
 a todos los que llevan mi nombre,
 a los que cree para mi gloria,
 a los que hice y forme » (Is 42, 1 7, 43,2-7)*



5. ELEGIR LA VIDA:



1. LEER EL TEXTO

El Reino de Dios es como un hombre que sembró en un campo: de noche se acuesta, de día se levanta, y la semilla crece sin que él sepa cómo. La tierra por sí misma produce fruto: primero el tallo, después la espiga, después grana el trigo en la espiga. En cuanto el grano madura, mete la hoz, porque ha llegado la siega.

Es también el reino como cuando un hombre siembra una semilla de mostaza en su campo. Aunque es más pequeña que cualquier semilla, cuando crece es mayor que las hortalizas, y se hace árbol, hasta el punto de que las aves del cielo vienen y anidan en sus ramas (Mc 4,26-32).



2. RELEER DESDE LA MEMORIA DEL CORAZÓN

2.1. A la luz del contexto bíblico...

En la manera de Dios de conducir a su pueblo se da siempre una desproporción sorprendente entre los fines y

los medios empleados. Desde la llamada a Abraham queda de manifiesto que su estrategia a la hora de hacerse un pueblo no es partir de algo grandioso, sino de un hombre solo, peregrino y extranjero. A través de él, depositario de las promesas y de la alianza, la bendición divina abrazará a toda la humanidad (Gen 12,1-3).

El Deuteronomio insiste en ello una y otra vez: «*Si el Señor se enamoró de vosotros y os eligió no fue por ser vosotros más numerosos que los demás, porque sois el pueblo más pequeño, sino que por puro amor vuestro, por mantener el juramento que había hecho a vuestros padres, os sacó el Señor de Egipto y os rescató de la esclavitud*» (Dt 7,7-8).

Pero no lo hará al ritmo que los hombres consideran adecuado sino al suyo, aunque esa sabiduría de Dios sea considerada como necedad (cf. 1Cor 1-2) y reciba contestación y rechazo. Son muchos los que se tienen a sí mismos por sabios y su tentación consiste en tratar de adaptar los modos de actuar de Dios a los propios. El profeta Isaías avisaba así a sus contemporáneos: «*Ay de los que dicen: Que se dé prisa, que apresure su obra para que la veamos; que se cumpla en seguida el plan del Santo de Israel para que lo comprobemos*» (Is 5,19).

Por eso la llamada profética va dirigida con frecuencia a abrir los ojos de los que no saben descubrir la acción de Dios en lo pequeño: «*No miréis lo pasado, no os fijéis en lo antiguo. Mirad que yo hago algo nuevo, ya está brotando, ¿no lo notáis?*» (Is 43,18), y a recordar la distancia entre los planes de Dios y los humanos: «*No son mis pensamientos vuestros pensamientos, ni vuestros caminos son mis caminos*» (Is 55, 9).

En esa misma dirección va otra parábola de Mateo: «*El reino de Dios se parece a la levadura: una mujer la toma, la mezcla con tres medidas de masa, hasta que todo fermenta*»

(Mt 13,33). Dios se reserva el derecho de actuar como quiere y de hacer aparecer su Reino bajo cualquier aspecto, más allá de nuestras secretas aspiraciones de brillo y triunfo.

2.2. ... descubrir el texto...

La primera parábola gira en torno a tres términos: *hombre*, *semilla* y *tierra* (podemos verlo más claramente si hacemos tres columnas y escribimos debajo lo que se dice de cada uno de los tres). De ellos, son el hombre y la tierra los que ocupan más espacio.

— La iniciativa del *hombre* aparece en dos verbos: *siembra* y *mete la hoz*. Aparte de estas acciones que expresan su decisión, están los demás: *acostarse* y *levantarse*, apoyados por los sustantivos *noche* y *día*. Junto al dato de la decisión, aparece el de la duración. A lo largo de este período de duración y maduración, el papel del hombre respecto a la semilla que ha sembrado es pasivo. Hay, por tanto, una oposición entre instante y duración, entre iniciativa y pasividad. El hombre es también sujeto de otro verbo: *no saber*, es decir, que no domina ni controla el crecimiento de la semilla. Y esta va a ser la expresión central del texto: de la semilla se dice que *crece por sí misma*: mientras el hombre interrumpe su actividad para dormir, la semilla no detiene nunca su germinación.

— De la *semilla* sólo se dice que *brot*a y *crece* hasta la siega.

— En torno a la *tierra* gravitan otros muchos términos: *grano*, *tallo*, *espiga*, *trigo*... La insistencia está puesta en la espiga madura, pero aparece también la evolución necesaria para llegar a ello⁶.

⁶ Notas del curso de Ph. BACO sobre «Las parábolas del Reino».

La parábola de la semilla de mostaza pone del revés todas las grandiosas ideas sobre aquello a lo que sería semejante el Reino de Dios cuando se hiciera presente: Jesús presenta una nueva sabiduría según la cual las cosas cuentan y valen de una manera absolutamente diversa de los viejos saberes y creencias.

2.3. ... como Palabra para hoy

En el origen de estas dos parábolas está seguramente la experiencia misma de Jesús que, en el silencio de su oración y ante la verdad del Padre, recibía de Él la sabiduría de vivir libre tanto de la ansiedad como de la parálisis que provocan las dificultades y los fracasos.

La parábola nos comunica una de sus convicciones más hondas: Dios y el hombre aliados para que el Reino nazca, crezca y dé fruto. Si nosotros no tomamos la decisión de sembrar en el momento oportuno, el Reino no germinará porque la semilla que se guarda en el granero no da fruto. Dios no hace fructificar el Reino sin nuestra colaboración, pero nuestra acción de sembrar implica a la vez la confianza de abandonar nuestra acción a su dinamismo creador. La lentitud de los procesos de maduración nos invitan a la paciencia y a la esperanza y a encajar ese «no saber» de quien no posee el control, ni intenta dominar los procesos, los «cómos» y los ritmos de Dios.

Las dos parábolas de Marcos coinciden con esta afirmación de Ira Progoff, un psicólogo contemporáneo, en la que aparece la misma convicción esperanzada en el dinamismo escondido que existe en la naturaleza y en el ser humano para llevar a plenitud aquello que esconde como secreto de su identidad: «*Como el roble está latente en el fondo de la bellota, la plenitud de la persona humana, la to-*

alidad de sus posibilidades creadoras y espirituales está latente en el ser humano incompleto que espera en silencio la oportunidad de florecer».



3. DEJAR RESONAR LA PALABRA

Habla un cristiano de la comunidad de Roma

Habían pasado ya varias semanas desde la visita de Lucio, miembro de la comunidad de Tesalónica, pero en nuestra comunidad de Roma aún seguíamos bajo el impacto de sus palabras. Mientras le escuchábamos, todos nos habíamos contagiado un poco de su exaltada expectación de la próxima llegada del Señor y de su convicción avasalladora de un retorno inminente de Jesús: —¿No estáis viendo que es inútil trabajar para acelerar su venida? ¿No os dais cuenta de que, lo mismo en Tesalónica que en Roma, somos un grupo insignificante que, a pesar de nuestros esfuerzos, no crece en número al ritmo que deseáramos y que sólo unos pocos se deciden a recibir el bautismo? Todo ello es signo de que el Señor mismo va a encargarse de ello y nosotros debemos despreocuparnos de todo y esperar ansiosos su venida.

Silvano le recordó la carta que Pablo les había escrito hacía unos años moderando sus expectativas y exhortándoles a vivir, junto a una esperanza serena, un trabajo diligente y perseverante. Lucio confesó pertenecer a un sector de la comunidad que no había acogido bien esa carta y que, aunque más discretamente, continuaban convencidos de que el retorno del Señor estaba próximo.

En el momento de su visita, nuestra comunidad estaba atravesando momentos de confusión y desconcierto y algunos de los nuestros habían manifestado públicamente su decepción por la tardanza del Señor y por la lentitud del avance de su Reino. Seguíamos siendo un puñado insignificante en medio de

una metrópoli inmensa en la que pululaban toda clase de cultos y supersticiones religiosas y casi nadie manifestaba interés por el anuncio de un Mesías crucificado y resucitado. Las promesas de Jesús no parecían cumplirse y el desánimo y los interrogantes que muchos albergaban en su corazón se habían avivado con las palabras de Lucio.

Así estábamos cuando Marcos regresó de uno de sus viajes y nos reunimos en torno a él para celebrar la Cena del Señor. Alguien había debido contarle el estado de perplejidad y malestar en que nos encontrábamos, porque anunció que iba a dedicar a la instrucción más tiempo del acostumbrado. Comenzó recordando, como solía, lo que nos había narrado sobre Jesús en nuestro último encuentro: la explicación de la parábola del sembrador.

—Esta vez, dijo, voy a contaros otras dos parábolas tuyas; escuchad: *«El reino de Dios es como un hombre que sembró en un campo: de noche se acuesta, de día se levanta, y la semilla crece sin que él sepa cómo. La tierra por sí misma produce fruto: primero el tallo, después la espiga, después grana el trigo en la espiga. En cuanto el grano madura, mete la hoz, porque ha llegado la siega.*

Es también el reino como cuando un hombre siembra una semilla de mostaza en su campo. Aunque es más pequeña que cualquier semilla, cuando crece es mayor que las hortalizas, y se hace árbol, hasta el punto de que las aves del cielo vienen y anidan en sus ramas».

Como de costumbre, nos dejó un rato en silencio para que cada uno pudiera asimilar lo que había escuchado y sólo después comenzó a darnos su interpretación y a escuchar las nuestras. Nunca olvidaré lo que descubrimos juntos aquel día: en nuestra humilde comunidad, perdida en medio del Imperio, estaba ya escondida toda la plenitud del reino y la fuerza de la Palabra, mayor que todos los poderes de este mundo, es capaz de transformar cualquier realidad a pesar de su aparente insignificancia. Nosotros mismos, lo mismo que los discípulos que escucharon estas comparaciones de Jesús, somos el grano pequeño y casi invisible en medio del campo, pero estamos llama-

dos a convertirnos en un árbol donde andaran los pájaros. No nos corresponde a nosotros controlar el crecimiento, ni preocuparnos por él, pero no desde la actitud de quien se desentiende de todo, como el grupo de Tesalónica, sino aceptando que nuestra tarea es sembrar la semilla y meter la hoz cuando haya crecido, sin vivir ansiosos por acelerar su crecimiento, ni agobiados porque su ritmo no es tan rápido como desearía nuestra impaciencia.

La sabiduría de Jesús que Marcos nos transmitía serenaba nuestra ansiedad y curaba nuestras obsesiones por la eficacia y la visibilidad inmediata del Reino. Por eso, cuando al caer la noche partimos el Pan recordándole, dimos gracias porque en todos nosotros estaba ya sembrada y en marcha la misma semilla que le había hecho a él aceptar en obediencia filial que el don del crecimiento pertenece al Padre. Y también la esperanza de poder contar con su promesa de que, a un comienzo sin apariencias, puede seguir un futuro inesperado.



4. ENTRAR EN LA ORACIÓN DE JESÚS

Imagina que estás junto a él en una de sus noches de oración. Ha escuchado en la sinagoga esta lectura del profeta Isaías:

«Como descienden la lluvia y la nieve de los cielos y no vuelven allá, sino que empapan la tierra, la fecundan y la hacen germinar, para que de simiente al sembrador y pan para comer, así será mi palabra, la que salga de mi boca, que no tornara a mí de vacío, sin que haya realizado lo que me plugo y haya cumplido aquello a que la envíe» (Is 55,10-11)

Trata de entrar en sus sentimientos, en su sentirse el mismo esa semilla pequeña como la de la mostaza, sembrada por el Padre en el mundo, para volver a él cargada de fruto, aunque para ello tenga que pagar el precio de morir en lo hondo de la tierra.

Habla con Jesús de cómo vives ese «componente de dilación» que el Evangelio se encarga siempre de recordarnos cuando nos empeñamos en aplicar a «las cosas de Dios» nuestras propias prisas e impaciencias. Extiende ante él el desánimo que quizá te acomete ante la lentitud del crecimiento de su Reino, pídele que te enseñe a contemplar semillas de esperanza presentes en el mundo y que ilumine tu mirada para descubrir y admirar la fuerza de vida de tanta gente que cada mañana se levanta y se pone en marcha, de los que trabajan incansablemente por la paz y la reconciliación, de los que atraviesan terribles situaciones sin perder el ánimo ni la fe. Porque, aunque sea como un grano de mostaza, todo eso encierra la promesa de convertirse en un gran árbol.



5. ELEGIR LA VIDA:

8

**Médico
compasivo**



1. LEER EL TEXTO

Había una mujer que padecía flujos de sangre desde hacía doce años; aunque muchos médicos la habían hecho sufrir mucho y se había gastado todo lo que tenía, en vez de mejorar se había puesto peor. Oyó hablar de Jesús y, acercándose por detrás entre la gente, le tocó el manto, diciéndose: Con que le toque aunque sea el manto, me curaré. Inmediatamente se secó la fuente de sus hemorragias y notó en su cuerpo que estaba curada de aquel tormento. Jesús, dándose cuenta de que había salido de él aquella fuerza, se volvió en seguida en medio de la gente, preguntando: —¿Quién me ha tocado el manto? Los discípulos le contestaron:

—Estás viendo que la gente te apretuja y sales preguntando: «¿Quién me ha tocado?». Él seguía mirando alrededor para ver quién había sido. La mujer, asustada y temblorosa al comprender lo que le había pasado, se le acercó, se le echó a los pies y le confesó toda la verdad. Él le dijo: —Hija, tu fe te ha curado. Vete en paz y sigue sana de tu dolencia (Mc 5,25-34).



2. RELEER DESDE LA MEMORIA DEL CORAZÓN

2.1. A la luz del contexto bíblico...

Podemos entender mejor este texto leyendo las prescripciones del Levítico en torno a la impureza de la mujer: «Cuando una mujer tenga flujo de sangre durante muchos días fuera del tiempo de sus reglas o cuando sus reglas se prolonguen, quedará impura mientras dure el flujo de su impureza como en los días del flujo menstrual. Todo lecho en que se acueste mientras dura su flujo será impuro y cualquier mueble sobre el que se siente quedará impuro como en la impureza de las reglas. Quien la toque quedará impuro y lavará sus vestidos, se bañará con agua y quedará impuro hasta la tarde» (Lev 15,25-27).

La alusión al manto es intencionada ya que de su extremidad penden las franjas rituales:

«Yahvé dijo a Moisés: “Di a los israelitas que ellos y sus descendientes se hagan flecos en los bordes de sus vestidos, y pongan en el fleco de sus vestidos un hilo de púrpura violeta. Llevaréis, pues, flecos para que, cuando los veáis, os acordéis de todos los preceptos de Yahvé. Así los cumpliréis y no seguiréis los caprichos de vuestros corazones y de vuestros ojos, siguiendo a los cuales os prostituís. Así os acordaréis de todos mis mandamientos y los cumpliréis, y seréis hombres consagrados a vuestro Dios. Yo, Yahvé, vuestro Dios, que os saqué de Egipto para ser vuestro Dios. Yo, Yahvé, vuestro Dios”» (Núm 15,38).

En un texto del profeta Ezequiel aparece también una mujer en relación con la sangre y el manto de Yahvé: «Así dice el Señor Yahvé a Jerusalén: Por tu origen y tu nacimiento eres del país de Canaán. Tu padre era amorreo y tu madre hi-

III Cuando naciste, el día en que viniste al mundo, no te cortaron el cordón, no te lavaron con agua para limpiarte, no te frotaron con sal ni te envolvieron en pañales. Nadie se apiadó de ti para brindarte alguno de estos menesteres por compasión a ti. Quedaste expuesta en pleno campo, porque dabas repugnancia, el día en que viniste al mundo. Yo pasé junto a ti y te vi agitándote en tu sangre. Y te dije, cuando estabas en tu sangre: "¡Vive!", y te hice crecer como la hierba de los campos. Tú creciste, te desarrollaste y llegaste a la edad núbil. Se formaron tus senos, tu cabellera creció; pero estabas completamente desnuda. Entonces pasé yo junto a ti y te vi. Era tu tiempo, el tiempo de los amores. Extendí sobre ti el borde de mi manto y cubrí tu desnudez; me comprometí con juramento, hice alianza contigo —oráculo del Señor Yahvé— y tú fuiste mía» (Ez 16,1-9).

En otros textos bíblicos el *manto* aparece como figura de la persona: en la entrada de Jesús en Jerusalén la gente «*extendía sus mantos por el camino*» (Lc 19,36), como una expresión de rendición de toda su persona; el ciego Bartimeo «*tiró a un lado el manto, se puso en pie de un salto y se acercó a Jesús*» (Mc 10,50): estaba dejando a un lado toda su vida anterior. Durante su última cena «*Jesús se levantó de la mesa, se quitó el manto...*» (Jn 13,12), como gesto de su absoluto desprendimiento de sí mismo.

2.2. ... descubrir el texto...

Los evangelistas no separan nunca la historia de la curación de la hemorroisa de la resurrección de la hija de Jairo, como si los vieran unidos por un vínculo secreto.

La mujer carece de nombre, está sola y arruinada y detrás de ella no se adivinan parientes ni amigos. Su pérdida de sangre, además de hacerla estéril, la encamina

hacia la no-vida y la sitúa en el mundo de la impureza, la vergüenza y el deshonor, por eso no se atreve a hacer su petición en público. Un abismo separa a Jesús de esta mujer: si ella le toca, él quedará impuro. Llega movida por lo que ha oído sobre Jesús y en su gesto de tocarle aparece su deseo de alcanzar la fuente de un don que sólo puede ser recibido gratuitamente, en contraste con la fortuna gastada inútilmente en médicos. Su contacto con él se reduce a algo mínimo, como en las fronteras de su persona. En medio de la multitud tanto ella como él aparecen vinculados por un «saber» que los demás no tienen: Jesús sabe que ha salido una fuerza de él y la mujer sabe que se ha secado la fuente de su enfermedad.

Pero a Jesús no le basta con sanarla y no se queda satisfecho hasta que puede entablar con ella un diálogo interpersonal en el que ella le dice «toda la verdad». La sanación recibida abarca ahora no solamente su cuerpo, sino también su espíritu, sus temores y su vergüenza que desaparecen en la confianza del diálogo y en la experiencia de ser reconocida, escuchada y comprendida.

Ella esperaba ser salvada en pasiva, pero Jesús emplea el verbo en activa y sitúa en ella el poder que la ha salvado: la mujer se marcha no sólo curada, sino habiendo escuchado una alabanza por su fe y recibido el nombre de «*hija*», un título familiar raro en los evangelios. Alguien se ha convertido en su valedor, como Jairo lo es de su hija y la declara incluida en la familia del Padre, lejos de cualquier exclusión. La mujer, por su fe, ha sintonizado con el universo del Reino y ha entrado en él⁷.

⁷ Cf. J. DELORME, *Au nsque de la parole*, Paris 1991, 57-86.

2.3. ... como Palabra para hoy

El texto nos propone hacer nuestra la experiencia de la mujer: tomar conciencia, en primer lugar, de por dónde «se nos está escapando la vida», caer en la cuenta de nuestras «pérdidas», de aquellos aspectos de nuestra existencia que nos hacen sentirnos estériles. Y nos adentra en la paradoja de la fe invitándonos a creer que nuestro poder reside precisamente en nuestros límites e impotencias reconocidos y asumidos. Estamos llamados también a dejar atrás nuestros miedos, a ir más allá de nuestras expectativas, a confiar de una manera distinta de la prevista. Y a esperar una salvación que acontece en el encuentro interpersonal con Jesús, en la acogida a su invitación de «entrar en su familia» como verdaderos hijos.



3. DEJAR RESONAR LA PALABRA

Habla Sorano, un médico griego

Cuando mi siervo Yúbal me anunció que Salima había llegado y quería verme, me pregunté con inquietud si se habría agravado su estado. Hacía tiempo que se había oído el sonido grave del *sofar* anunciando el comienzo del sábado y, aunque no soy judío sino griego, vivo en Jerusalén hace tiempo y conozco bien las prescripciones en torno al reposo sabático que Salima estaba sorprendentemente contraviniendo. Si venía a visitarme después de que en el cielo hubiera aparecido la primera estrella, momento en que daba comienzo el sábado, era porque su estado de salud se había agravado. Pero por otra parte, ¿cómo no me había avisado para que fuera a visitarla yo a su casa, como había hecho en otras ocasiones?

Conocía hacía tiempo a esta mujer y desde el primer momento me inspiró una viva simpatía la entereza con que soporta-

ba una enfermedad que la aquejaba desde hacía al menos 12 años y la tenacidad con que luchaba por curarse. Mi admiración y mi compasión hacia ella habían aumentado a medida que me iba adentrando más en el conocimiento de las tradiciones judías ya que, en el mundo en que vivía, el flujo de sangre que padecía era considerado mucho más grave que una simple enfermedad: según la legislación judía, una mujer aquejada de hemorragias frecuentes quedaba confinada en el ámbito de la impureza y en un estado de indignidad, inmundicia y degradación difíciles de comprender desde las categorías de un griego culto como yo. Por eso, a la penosa limitación corporal que la imposibilitaba para la maternidad, se sumaba una exclusión social y religiosa y un deshonor más duro aún que su misma esterilidad.

Yo había utilizado todos los remedios que poseía desde mis conocimientos de la medicina, pero todo había resultado inútil. Supe que había acudido a otros médicos y no se lo reproché, tanta era su desesperación y su ansia por curarse. Ahora estaba arruinada y no había podido pagarme sus últimas visitas.

Cuando la vi me quedé atónito: la mujer que estaba ante mí nada tenía que ver con la que yo conocía. Su mirada sombría era ahora radiante, el color había vuelto a su rostro, su expresión antes abrumada había sido reemplazada por una sonrisa y estaba ante mí erguida y expectante, con un evidente deseo de contarme lo que le había ocurrido.

Escuché en silencio su asombrosa narración: su obstinado convencimiento de que aquel *rabbi* galileo de quien todos hablaban podía curarla; la decisión de incorporarse al grupo de los que le apretujaban, los empujones que dio hasta conseguir tocar por detrás el borde de su manto y la sensación inconfundible de una corriente de vitalidad que llegaba hasta ella y hacía desaparecer su mal. Me habló de su tremenda confusión cuando el *rabbi* se volvió preguntando quién le había tocado y de la fuerza misteriosa que le hizo confesar en alto que había sido ella: —Y entonces él me miró haciendo desaparecer de mí cualquier rastro de temor, y tuve la sensación de que, en medio de toda la muchedumbre, sólo estábamos los dos. Me llamó «hija», continuó con una voz emocionada, y afirmó que no era él, sino mi confian-

za lo que me había sanado y que podía marcharme en paz. ¿Te das cuenta Sorano? De nuevo soy alguien que puede mirar de frente y mi vientre puede aún engendrar vida. Pero creo que poder expresar ante aquel hombre lo que he estado ocultando tanto tiempo es lo que me ha hecho sentirme envuelta en dignidad y en justicia. Algo en su mirada me decía que no tenía por qué avergonzarme de nada, que nadie podrá quitarme la paz profunda que él me concedía y que, incluso si mi enfermedad hubiera continuado, yo podría saberme salvada y bendecida.

Cuando terminó su relato, volvió a agradecerme el afecto e interés con que siempre la había tratado y se marchó. Abrí entonces la pequeña bolsa con que había insistido en pagarme y miré el dinero con una sensación extraña: sentía que aquellas monedas no me correspondían porque no había sido yo quien la había curado. Pero sabía también que con él nunca hubiera podido pagar lo que había hecho con ella el *rabbi* de Galilea. Él la había sacado más allá del círculo estrecho de las transacciones económicas y la había conducido al campo abierto de la gratitud y de la relación de persona a persona.

Y me di cuenta con cierta nostalgia de que nunca yo, con toda mi ciencia, podré conseguir la fuerza misteriosa de aquel hombre que había arrebatado a Salima de las sombras de la muerte y había hecho de ella una mujer nueva.



4. ENTRAR EN LA ORACIÓN DE JESÚS

Imagina que acompañas a Jesús en su oración al atardecer del día en que ha curado a la mujer del flujo de sangre. Escúchale hablando con el Padre de lo que ha vivido en ese encuentro:

«Tu fuerza, Padre, ha pasado hoy a través de mí para sanar a una mujer que se me ha acercado, sin que me diera cuenta, mientras la multitud me

apretujaba. Íbamos camino de casa de Jairo: su hija estaba en las últimas, y yo supe que tenía que hacer presente en aquel lugar de muerte un signo del Dios de vida. Pero aún no sabía que esa vida tuya iba a alcanzar a alguien más durante el camino y esta noche quiero darte gracias por ello.

Me di cuenta, de pronto, en medio de los empujones de la gente, de que tu energía sanadora se había hecho activa a través de mí y me detuve buscando entre tantos rostros alguno en que aparecieran huellas de haber pasado de la esfera de la muerte a la de la vida y la sanación. Cuando pregunté en voz alta quién me había tocado, nadie comprendió mi pregunta y me señalaron el gentío que me rodeaba. Sólo después de unos momentos, se oyó una voz temblorosa de mujer que decía: “—He sido yo”, y todos miraron hacia ella mientras se abría paso para llegar hasta mí.

Al principio no entendí el porqué del murmullo que se extendió entre la muchedumbre, ni por qué iban retrocediendo para evitar que los rozara. Muchos debían saber ya lo que ella me contó con voz entrecortada: padecía un flujo de sangre hacía 12 años y se había gastado inútilmente en médicos toda su fortuna. Se había atrevido a tocarme, a sabiendas de que podía hacerme participar de su impureza, convencida de que con sólo tocar el borde de mi manto iba a quedar curada. Y, al hacerlo, sintió inmediatamente que había cesado la fuente de sus hemorragias.

Mientras hablaba, en torno a nosotros se había hecho un silencio que podía cortarse con un cuchillo: aquella mujer anónima representaba a todos los excluidos de nuestro sistema legal, era la personificación de todos los impuros, los indignos, los incapacitados por su mancha de acceder a la esfera divina, de aquellos que, seguramente culpables de pecados

ocultos, sembraban a su alrededor vergüenza y riesgo de contagio. Ella había osado tocarme y, según la normativa levítica y, por tanto, según la exigencia divina, yo había quedado impuro hasta la tarde y tenía que lavar mi túnica y bañarme si quería escapar de la mancha que me había contaminado.

Y entonces comprendí de que hablan los salmos al decir que tu eres una tienda de refugio para los que están acosados por sus enemigos: tu presencia no reside en un templo al que solo tienen acceso unos cuantos elegidos que se creen a salvo de la impureza porque viven alejados del sudor, las lágrimas o la sangre de sus hermanos. Tu has plantado tu tienda en medio de los tuyos y has querido hacer de ella un lugar en el que estén a salvo todos los que son víctimas del desamparo, el fracaso, el empobrecimiento o la desolación.

Y como no quieres sacrificios ni holocaustos, ni necesitas muros de piedra que te defiendan, me has enviado a mí, hombre vulnerable como ellos, sin más protección que la tuya. Pero, a pesar de esta fragilidad de mi carne, sé que soy para ellos espacio en el que encuentran amparo, techo que les cobija del aguacero y del bochorno, asilo cálido en el que pueden rehacerse. Reconozco tu voluntad en este deseo que me habita de hacer verdad para cada uno: las palabras de Abigail a David.

'Aunque algunos se pongan a perseguirte de muerte, tu vida está bien atada en el zurrón de vida, al cuidado de tu Señor' (2 Sam 25: 29)

Era eso lo que quería transmitir a la mujer, y también a todos los que nos rodeaban cuando le dije: —¡Animo, hija! Tu fe te ha salvado. Vete en paz y sigue sana de tu dolencia.

Hubo estupor en la muchedumbre: estaban reventando los viejos odres de la ley, incapaces de con-

tener el vino joven de tu novedad, y todo un sistema de tradiciones acerca de la pureza y la impureza se venía abajo. Los muros del templo erigido en tu honor se agrietaban, descubriendo su culto inservible y solo quedaba yo, como una tienda de beduino en medio del desierto, sin defensas ni ciempientos, pero capaz de ensanchar sus lonas para acoger a todos los caminantes perdidos, a todos los cansados y derrotados, a todos los perseguidos por los poderes de la muerte.

Me vino a la memoria el salmo del pastor:

*Tu preparas ante mí una mesa
frente a mis enemigos,
Me unges la cabeza con perfume,
mi copa rebosa
Tu bondad y tu lealtad me acompañan
todos los días de mi vida
y habitaré en la casa del Señor
por días sin término' (Sal 23: 5-6)*

Mis palabras de ánimo habían ungido con perfume la cabeza de aquella mujer, y la copa de su vida rescatada rebosaba ahora del júbilo: estaba de nuevo incluida en tu alianza, miembro de pleno derecho de un pueblo de reyes, de una asamblea santa, de una nación sacerdotal.

Cuando se fue, la vi alejarse escoltada por tu ternura y por tu fuerza y te bendije por ello, y también porque gracias a ella has vuelto a revelarte una vez más, como un Dios refugio de perdedores y vencidos, como asilo de huérfanos y desvalidos»



5. ELEGIR LA VIDA:

9

**Enemigo
de la codicia**



1. LEER EL TEXTO

Entonces les dijo: —¡Cuidado! Guardaos de toda codicia, que aunque uno ande sobrado, la vida no depende de los bienes. Y les propuso una parábola: Las tierras de un hombre rico dieron una gran cosecha. Él estuvo echando cálculos: «¿Qué hago? No tengo dónde almacenarla». Y entonces se dijo: «Voy a hacer lo siguiente: derribaré mis graneros, construiré otros más grandes y almacenaré allí el grano y las demás provisiones. Luego podré decirme: “Amigo, tienes muchos bienes almacenados para muchos años: túmbate, come, bebe y date la buena vida”». Pero Dios le dijo: «Insensato, esta noche te van a reclamar la vida. Lo que te has preparado, ¿para quién será?». Eso le pasa al que atesora riquezas para sí y para Dios no es rico.

Jesús dijo a sus discípulos: —Por eso os digo: No andéis agobiados por la vida, pensando qué vais a comer, ni por el cuerpo, pensando con qué os vais a vestir; porque la vida vale más que el alimento y el cuerpo más que el vestido. Fijaos en los cuervos: ni siembran ni siegan, no tienen despensa ni granero y,

sin embargo, Dios los alimenta. Y ¡cuánto más valéis vosotros que los pájaros!

Y ¿quién de vosotros, a fuerza de agobiarse, podrá añadir una hora al tiempo de su vida? Entonces, si no sois capaces ni siquiera de lo pequeño, ¿por qué os agobiáis por lo demás? Fijaos cómo crecen los lirios: ni hilan ni tejen, y os digo que ni Salomón en todo su fasto estaba vestido como cualquiera de ellos. Pues si a la hierba, que hoy está en el campo y mañana se quema en el horno, Dios la viste así, ¿no hará mucho más por vosotros, gente de poca fe? No andéis buscando qué comer y qué beber, no estéis pendientes de ello. Son los paganos quienes ponen su afán en esas cosas; ya sabe vuestro Padre que tenéis necesidad de eso. En cambio, buscad su reino y eso se os dará por añadidura.

Tranquilizaos, rebaño pequeño, que es decisión de vuestro Padre reinar de hecho sobre vosotros. Vended vuestros bienes y dadlo en limosnas; haceos bolsas que no se estropeen, un tesoro inagotable en el cielo, adonde no se acercan los ladrones ni echa a perder la polilla. Porque donde tengáis vuestra riqueza tendréis el corazón (Lc 12, 29-34).



2. RELEER DESDE LA MEMORIA DEL CORAZÓN

2.1. A la luz del contexto bíblico...

La propiedad de los bienes es una de las principales encrucijadas de la vida, el lugar donde se genera lo mejor y lo peor del ser humano. A la relación con ellos podría aplicarse el aviso del Deuteronomio: *«El Señor dijo a Moisés: Mira, hoy te pongo delante la vida y la muerte, el bien y el mal (...) te pongo delante bendición y maldición. Elige la vida y viviréis tú y tu descendencia amando al Señor; tu Dios, pegándote a él, pues él es tu vida y tus muchos años en la tierra que había prometido dar a tus padres, Abraham, Isaac y Jacob»* (Dt 30,15.19-20).

Los «camino de vida o de muerte» a la hora de ejercer la posesión reciben diferentes nombres, aparecen descritos bajo mil imágenes y son el tema de infinidad de narraciones. A través de éstas el lector aprende modelos de comportamiento y sus personajes se convierten en iconos en los que se ve reflejado. Estas son algunas de las «líneas de fuerza» que recorren el AT en relación con la posesión de los bienes:

— *Toda posesión es un don de Dios y el creyente debe reconocerlo y agradecerlo.*

La narración del maná (Ex 16) que reflexiona en torno a la manera de relacionarse con los bienes, habla en términos de revelación (*«esta tarde conoceréis y mañana veréis...»*) que permite conocer mejor a Dios y comprender muchas reacciones humanas ante la posesión. Por un lado revela nuestra carencia e insuficiencia radicales: la vida, significada en el alimento, no procede de nosotros

sino que la recibimos de Otro. Dios se da a conocer, no como *«el que hace morir en Egipto»*, sino como quien está siempre a favor de la vida de su pueblo, sacándolo de la esclavitud, cuidándolo y alimentándolo en el desierto, como una madre a sus hijos. Y da a conocer su gloria precisamente en ese gesto de posibilitar y conceder la vida; es el mismo signo que dará Jesús en la multiplicación de los panes y en el don de la Eucaristía.

Enseña a su pueblo la sabiduría de *«recoger sólo lo necesario»*, porque todo lo que se retiene se pudre; les conduce hacia el gozo del Sábado, esa dimensión de la vida humana que no se sacia con el alimento corporal; el maná, convertido en «memorial» de lo que hizo por ellos en el pasado, alimentándoles en tiempo de hambre, hace posible a los israelitas caminar libres sin acumular posesiones.

— *La propiedad está siempre marcada por sus consecuencias sociales.*

La tierra pertenece a Yahvé que la ha creado (Lv 25,23; Jos 22; Jer 16,18...) y por los propietarios humanos que, aunque reciban ese nombre, son sólo administradores que deben respetar siempre la voluntad del auténtico dueño: Dios. Y Él quiere que quienes se hayan visto obligados a vender sus tierras, las recuperen al llegar el año jubilar: *«La tierra no puede venderse para siempre, porque la tierra es mía»* (Lv 25,23). La función social de la propiedad se manifestaba igualmente al prohibir a los propietarios de la tierra recoger la cosecha entera, con el fin de que también los pobres pudieran beneficiarse de los que producían los campos del Padre común (Dt 24,19-22; Lv 19, 9-10; 23,22). Cada siete años las tierras debían quedar en barbecho y todos podían recoger lo que creciera espontáneamente en ellas (Ex 23,10-12). Además, durante los años sabáticos prescribían las deudas israelitas (Dt 15,1-3.9).

— *Hay que estar alertas ante la tentación de idolatría que ejerce el dinero.*

El episodio del becerro de oro (Ex 32) invita a descubrir la dinámica perversa de la codicia que desemboca en idolatría: «*Al ver el pueblo que Moisés tardaba en bajar del monte, se reunió en torno a Aarón y le dijo: “Anda, haznos un dios que vaya delante de nosotros, pues no sabemos qué ha sido de ese Moisés, que nos sacó del país de Egipto”. Aarón les respondió: “Quitad de las orejas los pendientes de oro a vuestras mujeres, hijos e hijas, y traédme los”. Todo el pueblo se quitó los pendientes de oro de las orejas, y los entregó a Aarón. Él los tomó de sus manos, los fundió en un molde e hizo un becerro de fundición. Entonces ellos exclamaron: “Éste es tu Dios, Israel, el que te ha sacado del país de Egipto”*» (Ex 32,1-5).

— *Los bienes compartidos poseen un misterioso poder multiplicador.*

Esa es la convicción que comunica el episodio de la viuda de Sarepta, cuando Elías le pide que comparta con él lo poco que tiene: «*Así dice Yahvé, Dios de Israel: “El cántaro de harina no quedará vacío, la aceitera de aceite no se agotará, hasta el día en que Yahvé conceda lluvia sobre la superficie de la tierra”. Ella se fue e hizo según la palabra de Elías, y comieron él y ella y su familia. Por mucho tiempo el cántaro de harina no quedó vacío y la aceitera de aceite no se agotó, según la palabra que Yahvé había dicho por boca de Elías*» (1 Re 17, 14-16).

En el NT, la parábola del hombre que acumulaba trigo en sus graneros (Lc 12,16-22) vuelve a ponernos delante con distinto lenguaje el dinamismo de acumulación que aparecía en el texto del maná: allí el alimento que se guardaba para el día siguiente se llenaba de gusanos; aquí el final descubre algo más dramático: la inutilidad

de las posesiones acumuladas a la hora de enfrentarse con la caducidad de la vida. Lo que allí hacía sonreír, ahora sobrecoge por su evidencia y su irreversibilidad.

Las parábolas del tiempo final vuelven una vez y otra sobre el tema y en todas el desenlace final («la salvación») está puesto en relación, no con lo que solemos llamar «temas espirituales», sino con lo material concreto: alimentos que se distribuyen o que se retienen abusivamente, llegando a maltratar a los que eran sus destinatarios (Mt 24,45-51), lámparas de aceite que se cuidan o se descuidan (Mt 25,1-12), talentos con los que se negocia o que se esconden en un agujero (Mt 25,14-30); pan, agua, techo, vestido que se comparten o no con los hermanos más pequeños (Mt 25,31-45).

2.2. ... descubrir el texto...

Esta parábola es uno de los pocos textos evangélicos en los que Jesús no habla contra la riqueza en tonos proféticos, sino en estilo sapiencial: el lector saca la consecuencia de que lo peor del hombre que acumulaba no es su comportamiento inmoral, sino su estupidez. Y para Jesús estas dos dimensiones parecen coincidir y lo que desautoriza es un talante vital de vivir «atesorando para sí», algo que puede hacerse con los bienes, con el poder, con los saberes... La parábola extiende la lección más allá de la acumulación de bienes económicos y *vivir atesorando para sí* aparece como la conducta más necia que un ser humano pueda tener.

El evangelio de Lucas emplea con mucha frecuencia términos relacionados con la posesión: *bodega, despensa, vender, valer, repartir la herencia, codicia, posesiones, frutos, graneros, bienes, tesoro, amontonar riquezas, preocuparse, administración, deber, deudor, dinero...*

En su versión de las bienaventuranzas (6, 30-26), en lugar de decir como Mateo «*pobres de espíritu*», Lucas dice «*pobres*» a secas. Se está refiriendo a una pobreza espiritual que no consiste en «poseer sin avidez», sino en entregar en lugar de acumular. La riqueza es puerta de entrada en esa dinámica de apropiación del tener-placer-poder en la que el NT ve la raíz de todo pecado (cf. 1 Tim 6,10)⁸.

2.3. ... como Palabra para hoy

Da la impresión de que el personaje de la parábola participa de la experiencia que expresa este texto de J. P. Sartre: «Todo se convierte en viscoso, pegajoso. De entrada da la impresión de un objeto que se puede poseer pero, en el momento mismo en que se cree poseerlo, se da un curioso viraje y es ese objeto el que me posee a mí. En ese instante capto de pronto la trampa de lo viscoso: es una fluidez que me retiene y me pone en un aprieto; no puedo liberarme de ello porque sus ventosas me retienen... Y entonces lo viscoso soy yo».

«En toda vida humana se presenta un momento en que al hombre se le abren los ojos y se dice a sí mismo con enorme vértigo: “en realidad no he hecho más que vivir para mí mismo”. Con las riquezas, con los saberes, con los propios recursos o con lo que sea, se da cuenta de que ha vivido “atesorando para sí” y, de pronto, esa forma de vivir se le revela como estúpida e infecunda. Es un momento que puede ser muy duro y a la vez muy fecundo si se logra salir del bache por la seguridad en la acogida de Dios y en que la mano de Dios habrá sabido sacar, de

su pasta egótica, alguna pequeña melodía de desinterés y fraternidad. La redención que el Evangelio propone para esta situación es la de *ser rico para los demás*: que lo propio sea servicio y no propiedad, que no sea tesoro sino don. Y como el hombre teme tan visceralmente esta conducta, Jesús se la reformula otra vez en tono sapiencial, desde su significado más profundo: en eso consiste *ser rico para Dios*.»⁹

Cuando lo que escuchamos por mil canales es que la persona crece por apropiación y acumulación, lo que el Evangelio afirma es exactamente lo contrario: la persona crece y se enriquece en la entrega y en la desapropiación. Porque sólo así refleja algo de la manera de ser de Dios.



3. DEJAR RESONAR LA PALABRA

Habla un cristiano de la comunidad de Lucas

Cuando Lucas afirmó en la comunidad que Jesús era enemigo de la codicia, a algunos les pareció un modo inadecuado de hablar de él. Jesús que era todo amor y misericordia, decían algunos, no podía ser enemigo de nada ni de nadie... Y en realidad a casi todos nos parecía que la palabra «enemigo» no casaba con la idea que nos habíamos hecho de él. «Sería mejor describirle como *amigo* de los pobres o de la pobreza», concluyeron.

A Lucas no parecieron importarles nuestros comentarios y, no sólo insistió en su calificación, sino que añadió: —Todos los que lo conocieron y dejaron sus recuerdos por escrito, coinciden en que tenía una verdadera aversión a la riqueza y a los efectos que produce.

⁸ Cf. J. I. GONZALEZ FAUS: *La filosofía de la vida de Jesús de Nazaret*: Sal Terrae, abril, 1988, 275-289.

⁹ *Ibíd.*, 285-286.

Esta afirmación caldeó aún más los ánimos y los que vivían más desahogadamente se sintieron aludidos y reaccionaron con irritación: —¿No irás a decirnos que su enemistad se extendía también a los ricos? ¿Acaso no han sido siempre las riquezas un signo de la bendición divina?

Lucas sin inmutarse y procurando mantener un tono sereno, dijo: —Creo que lo mejor será que recordemos juntos algunas cosas que cuentan de él y que yo he ido recogiendo cuidadosamente: una de las que causó más polémica fue su empeño en proponer un mundo al revés; mientras que todos pensamos que la riqueza es una gran suerte y la pobreza una desgracia, él se puso a proclamar: «¡Dichosos los pobres! ¡Ay de vosotros los ricos!». Desde siempre habíamos oído hablar de dos caminos, el que lleva a la felicidad y el que desemboca en la desdicha, pero él dijo todo lo contrario: que el camino de los pobres, de los que lloran y de los perseguidos es el que desemboca en la posesión del Reino, mientras que el de los ricos se precipita al abismo de la pérdida. Porque la codicia es como un veneno que destruye al que la lleva en el corazón y lo incapacita para poner la fe en Dios.

«No podéis servir a Dios y al dinero» (Lc 16, 13) dijo en una ocasión y, con la sagacidad que le caracterizaba, se puso a jugar con las palabras contraponiendo *mammôn* (dinero) a *aman* (lo que es verdadero y digno de fe, en lo que se puede uno apoyar). Y con eso estaba diciendo que el verdadero rival de Dios es el dinero.

¿No recordáis los personajes de sus parábolas? El comportamiento de la mayoría de ellos va a contracorriente de lo que solemos pensar y también las valoraciones que Jesús hace de ellos: el hombre que acumulaba más y más trigo en sus graneros, frotándose las manos por tanta ganancia, en realidad no era digno de envidia sino de lástima (Lc 12,16-21); y lo mismo ocurre con el rico que vivía en la opulencia, mientras que el pobre Lázaro que mendigaba a su puerta, va a parar al seno de Abraham (Lc 16,19-30).

Es curioso que mientras todo el mundo anda en busca de la riqueza y considera la ambición como algo natural, Jesús pone

en guardia contra ella, como si se tratara de un peligro amenazante, y dice: *¡Guardaos de la codicia!*

Cuando os conté la historia del administrador despedido que se puso a disminuir la deuda de los acreedores de su amo, muchos os escandalizasteis de que Jesús lo elogiara. Y no os disteis cuenta de que lo que merecía su elogio era su astucia para manejar lo que él llama «*el dinero injusto*», que es lo mismo que decir «dinero sucio». Y al hacerlo nos está enseñando la única manera razonable de usarlo: ganándonos amigos con él...

Para Jesús el dinero está hecho para compartirlo, el pan y el vino para comerlo y beberlo con otros, la casa para abrirla a los que no tienen techo. Por eso se alegró tanto cuando Zaqueo le dijo en la sobremesa del banquete que iba a resarcir espléndidamente a todos los que había extorsionado y que la mitad de sus bienes iban a ser para los pobres (Lc 19,1-9). «*Hoy ha entrado la salvación a esta casa!*», dijo Jesús lleno de alegría, como si, junto con el dinero que salía de casa de aquel publicano, estuviera siendo también expulsada la codicia que se agazapaba en su corazón.

Cuando Lucas acabó su catequesis, Dimas, el más anciano de la comunidad, tomó la palabra y dijo: —Después de oírte pienso que si queremos ser seguidores de Jesús tenemos que dejar de considerar propias a nuestras posesiones y aprender a vivir sin acumular, fiándonos, como decía Jesús, de que el Padre cuida de los que se abandonan a Él y renuncian a poner su confianza en lo que poseen.

Todos asentimos, aunque sabíamos que no iba a ser un cambio fácil en nuestras vidas, pero Lucas nos confirmó en nuestro propósito y dijo emocionado: —Si en nuestra comunidad no hay pobres, eso será el mayor testimonio de que el Maestro sigue vivo entre nosotros. Y habremos comenzado a convertir en realidad aquel sueño suyo que él llamaba «Reino»: una comunidad de hombres y mujeres que viven compartiendo sus bienes con una sola alma y un solo corazón (He 4, 32).



4. ENTRAR EN LA ORACIÓN DE JESÚS

Podemos escucharle contar en primera persona una escena del evangelio de Lucas (21,14)

«Esta mañana, en los alrededores del Templo, he visto como unos ricos iban echando sus donativos en el arca de las ofrendas. De pronto se ha acercado también una viuda pobre y ha echado dos moneditas. Entonces he llamado a mis discípulos y les he dicho —Os aseguro que esa pobre viuda ha echado más que todos. Porque todos esos han echado donativos de lo que les sobraba, pero ella, en cambio, aunque padece necesidad, ha echado todo lo que tenía para vivir»

Me pregunto como lograr que mis discípulos descubran, por debajo de las apariencias, la verdadera riqueza de la generosidad y pienso, Padre, que Tu vas buscando gente que, como la viuda, no entreguen de lo que les sobra sino de lo que necesitan para vivir, porque es esa la confianza que Tu esperas

Ayúdame a convencerles de que la vida vale más que el alimento y el vestido, que pueden ponerse del todo a cargo de tu cuidado y depositar en tus manos todas sus ansiedades y preocupaciones, con la seguridad de que, a quien se despreocupa de lo suyo, Tu le das por añadidura todo lo demás»



5. ELEGIR LA VIDA:

10

Una mujer en la frontera



1. LEER EL TEXTO

Se marchó de allí y fue a la región de Tiro. Entró en una casa con intención de que nadie se enterase, pero no pudo pasar inadvertido. Una mujer, que tenía a su hija poseída por un espíritu impuro, se enteró en seguida, acudió y se postró a los pies. La mujer era pagana, natural de la Fenicia siria. Le rogaba que echase al demonio de su hija. Él le dijo: —Deja que coman primero los hijos. No está bien quitarle el pan a los hijos para echárselo a los perrillos. Le replicó ella: —Cierto, Señor, pero también los perrillos, debajo de la mesa, comen las migajas que tiran los niños. Él le contestó: —Anda, vete, que por eso que has dicho el demonio ha salido de tu hija. Al llegar a su casa se encontró a la niña echada en la cama; el demonio se había marchado (Mc 7, 24-30).



2. RELEER DESDE LA MEMORIA DEL CORAZÓN

2.1. A la luz del contexto bíblico...

En relación con los paganos aparecen dos líneas en el AT: una es de recelo y hasta rechazo: «*Cuando el Señor tu Dios entregue en tu poder a esos siete pueblos más numerosos y fuertes que tú: hititas, guirgasitas, amorreos, cananeos, fereceos, heveos y jebuseos, no pactarás con ellos ni les tendrás piedad. No emparentarás con ellos, no darás tus hijos a sus hijas ni tomarás sus hijas para tus hijos. Porque ellos te apartarán de mí*» (Dt 7,1-4).

La postura de Jonás es un ejemplo de esta mentalidad: se resiste a predicar en Nínive, símbolo de la gentilidad, un mensaje de salvación. En algunos sectores del judaísmo en tiempo de Jesús se había acentuado esta tendencia y se cuenta que un famoso fariseo, Rabbi Aqiba, había puesto a sus dos perros los nombres romanos de Rufus y Rufina, y otro judío ilustre solía decir: «El que come con un idólatra se asemeja al que come con un perro».

Otra corriente bíblica, más universalista, subraya la voluntad salvífica universal de Dios:

*«El Señor Dios de los ejércitos
prepara para todos los pueblos en este monte
un festín de manjares suculentos,
un festín de vinos de solera,
manjares enjundiosos, vinos generosos...» (Is 25,6).*

En el libro de Rut, una mujer moabita aparece como un modelo de amor fiel. Al incorporarse al pueblo de Israel y tener al rey David entre su descendencia, queda cuestionada cualquier tendencia exclusivista.

2.2. ... descubrir el texto...

La escena tiene dos únicos protagonistas: Jesús y la mujer sirofenicia y, al comienzo del texto, una barrera infranqueable parece distanciarlos irremediablemente: comparten la misma geografía (el territorio de Tiro), pero él está dentro de una casa *con intención de que nadie se enterase*, es decir, que existe por su parte una clara intención de no tomar contacto con el mundo pagano que le rodea, postura que corroboran después sus palabras. En torno a ella se acumulan los datos negativos: además de su condición de inferioridad como mujer, aparece en contacto con una hija endemoniada, y el texto añade que *era pagana* y nombra dos pueblos, Fenicia y Siria, ambos enemigos tradicionales de Israel. Y por si fuera poco, se hace culpable de que el propósito de Jesús de estar de incógnito se frustre irrumpiendo dentro de la casa de manera extemporánea y sin haber sido llamada.

Al final de la escena, la fe de la mujer ha conseguido romper toda barrera, la fuerza sanadora de Jesús llega al territorio pagano y el demonio es expulsado. Ella vuelve a su casa confirmada por la palabra de Jesús y «vencedora» en la confrontación mantenida con él.

2.3. ... como Palabra para hoy

El texto nos abre un «camino real» de aproximación a Jesús: el de la «afinidad» con él. Lo mismo que la protagonista de la escena, podemos entrar en una coincidencia profunda con la actitud compasiva de Jesús para situarnos «en su órbita», en su proyecto y en sus preferencias. Porque es la compasión efectiva la que nos hace sintonizar con su talante, con su disposición radical de amar, de incluir y de luchar por expulsar los «demo-

nios» que deshumanizan nuestra vida y la de nuestros hermanos... Entramos en contacto con Dios no por saber mucho sobre Él, sino intentando practicar la justicia, amar con ternura y caminar humildemente con Él (cf. Miq 6,8). Y al final de la vida no se nos va a preguntar por nuestros saberes, ni siquiera por nuestra oración: se nos va a preguntar sobre el amor que es lo que nos hace afines con el Hijo.

Podemos preguntarnos también cuál es nuestra «niña endemoniada», es decir, a quiénes llevamos en el corazón, por qué causas y rostros concretos estamos dispuestos a pelear, insistir y buscar salidas incansablemente.



3. DEJAR RESONAR LA PALABRA

Habla la hija de la cananea

Me llamo Eunice, que en griego significa «buena victoria», aunque mi primer nombre no fue este. Mi madre empezó a llamarme así hace ya muchos años, cuando yo aún era una niña y vivía con ella, ya viuda, en Tiro, la ciudad sirofenicia donde había nacido y en la que yo también nací y me crié hace más de 40 años. De pequeña estuve poseída por un demonio y, aunque sólo guardo recuerdos confusos, mi madre me habló muchas veces de aquellos terribles momentos en los que asistía impotente y espantada a la transformación de mi cuerpo, zarandeado por terribles convulsiones e inundado de sudor, mientras emitía gruñidos estremecedores y echaba espuma por la boca. Ella entonces agarraba mi mano y se mantenía a mi lado, envuelta en un torbellino de angustia y terror, hasta que cesaban los espasmos y yo volvía en mí, ajena a lo ocurrido y tan pálida como si la vida me hubiera abandonado definitivamente.

Fue después de una de aquellas crisis cuando oyó decir que un tal Jesús, de cuyos poderes de sanación corrían muchos ru-

mores, había cruzado la frontera que separa Fenicia de Galilea. Entonces se decidió a ir a buscarle para suplicarle que expulsara de mí al demonio. «Y como lo conseguí, solía contarme sonriendo, te he puesto el nombre de Eunice», y seguía una narración que yo nunca me cansaba de escuchar:

«Él estaba en una casa de las afueras de Tiro y, al parecer, intentaba pasar inadvertido. Dudé mucho antes de franquear el umbral de la puerta, porque temía molestarle y que eso jugara en contra mía, pero tú estabas enferma, hija, y eso me daba fuerza para atreverme a vencer cualquier barrera. Me eché a sus pies instintivamente, procurando no rozarle, consciente del rechazo que los judíos sienten por nosotros, y le dije entre sollozos: “Mi hijita tiene un demonio, te suplico que lo expulses de ella...”. No me atrevía a levantar los ojos hacia él cuando le oí decirme lo que en el fondo estaba temiendo: que el pan es para los hijos y que son ellos los que tienen que saciarse primero, antes de echárselo a los perritos. Pensé con desesperación *que mis palabras se habían estrellado contra el muro infranqueable que se erigía entre aquel judío y yo, pero ni siquiera aquello me hería ni humillaba, porque el recuerdo de tu dolor se imponía a cualquier otro sentimiento. Me enderecé lentamente y me dispuse a luchar con él, a ablandar su dureza y a derretir aquel muro a fuerza de lágrimas. Pero cuando mis ojos se cruzaron con los suyos me di cuenta, como un relámpago, de que el tono con que había nombrado a los «perritos» revelaba que en aquel muro había brechas. Y fue tu rostro, hija mía, el que me empujó a colarme por una de ellas.*

Le di la vuelta a su argumento: “¿Necesariamente tiene que ser un antes y un después? ¿Por qué no pueden ser atendidos a la vez niños y perrillos?”. Y mientras se lo decía, tuve la extraña impresión de que tú habías comenzado a importarle más de lo que podías importarme a mí, y que una corriente de compasión iba de él hacia ti, derribando a su paso toda barrera, todo obstáculo, toda defensa. Nunca conseguiré explicarte qué es lo que en él me invitaba a hablarle de igual a igual, ni en qué consistía aquel poder misterioso que emanaba de su persona y que me hacía experimentar la libertad de no estar atada a ninguna jerarquía racial o

religiosa, ni a norma alguna de pureza o legalidad. Era como si los dos estuviéramos ya sentados en torno a aquella mesa acerca de la cual discutíamos y, mientras el pan se repartía entre niños y perrillos, saltaban por el aire las líneas divisorias que nos separaban, como un comienzo de absoluta novedad.

“Anda, vete, me dijo, como si tuviera prisa de que llegara pronto a abrazarte. Por eso que has dicho, el demonio ha salido de tu hija.”

Volví a casa corriendo y te encontré tendida en la cama, con el sosiego de quien descansa después de haber ganado una batalla. Y por eso comencé a llamarte Eunice, para que tu nombre fuera para siempre memoria de la victoria que, entre las dos, habíamos conseguido».

Esto fue lo que me contó mi madre y estoy segura de que nadie, aunque lo intente, podrá ya volver a levantar las barreras que un día el propio Jesús echó abajo. Ahora soy cristiana y me he preguntado muchas veces por qué Jesús situó en mi madre el poder de salvarme al decirle: «*Por eso que has dicho...*» y qué fue lo que él descubrió en lo que ella dijo y por qué aquello se convirtió en un camino real por el que pudo avanzar su fuerza sanadora. Y por lo que luego he oído y sabido de él, creo que lo que le maravilló fue encontrar en una mujer extranjera una afinidad tan honda con su propia pasión por acoger e incluir, por hacer de la mesa compartida con la gente de los márgenes uno de los principales signos de su reino.

Ella le desafió a cruzar la frontera que aún le quedaba por franquear y le llamó desde el otro lado, donde aún estábamos nosotros como un rebaño perdido en medio de la niebla. Y él debió escuchar en su voz un eco de la voz de su Padre y se decidió a cruzarla.

Por eso ahora podemos sentarnos a su mesa y nadie podrá arrebatararnos este lugar que está ya abierto para todos. Yo he sido una de las primeras invitadas, y ahora llevo en mí la misma pasión que heredé de mi madre y que he aprendido de Jesús: seguir ensanchando el espacio de esa mesa y que puedan sentarse todos los que aún tienen cerrado el acceso.

En ello quiero empeñar mi vida, palabra de Eunice.

Con la gracia de quien ha alcanzado para nosotros la victoria sobre las fuerzas de la exclusión y de la muerte.



4. ENTRAR EN LA ORACIÓN DE JESÚS

En nada encuentro tan reflejado tu amor, Abba, como en la manera de relacionarse los padres o las madres con sus hijos. Cuando se me acerca alguien que tiene un hijo o una hija enfermos, sé que terminarán siempre vencíendome y convenciéndome para que los cure. Hay veces en que intento resistirme por temor a esas reacciones inesperadas de la gente, empeñada en leer mis signos como un ejercicio de poder utilizable para sus causas. Pero cuando son un padre o una madre los que vienen a suplicarme, sé desde el principio que tengo perdida la batalla y que mis reticencias son inútiles. El amor por sus hijos los hace tan fuertes, tan decididos, tan audaces y tan insistentes, que me hace bendecirte por la misteriosa transformación que acontece en tus criaturas cuando la maternidad o la paternidad los ha hecho generadores de vida.

Por eso no puedo encontrar otra palabra mejor para invocarte que la de Padre o Madre, y me llena de alegría el que te des a conocer, sobre todo, a los que participan de tu amor entrañable y en cambio te ocultes a los que pretenden alcanzarte sólo con sus saberes o su ciencia.

Lo pensaba ayer después de que una mujer cananea con una hija endemoniada, vino a suplicarme que la curara: aún me dura la admiración ante ella por cómo se las arregló para dar la vuelta a todos mis argumentos: yo defendía mi convicción de no estar

enviado por ti más que a las ovejas perdidas de la casa de Israel, pero ella se encargó con tanta astucia de dar la vuelta al argumento que, al final de nuestro encuentro, entendí que eras tú, Abba, quien me hablaba a través de ella, y en su pasión por la salud de su niña llegué a comprender mejor cómo es la tuya por cada uno de tus hijos.

Gracias a ella resuenan en mí de un modo diferente las palabras del Salmo:

*«Tú, Señor, eres clemente y compasivo,
lento a la cólera y lleno de amor;
no te querellas eternamente,
ni para siempre guardas rencor;
no tratas a tus hijos según sus pecados
ni les pagas según sus culpas.
Como se alzan sobre la tierra los cielos,
así es tu amor con tus fieles;
como dista el Oriente del ocaso,
así alejas de ellos sus rebeldías.
Como un padre siente ternura por sus hijos,
así de tierno eres tú, Padre, con tus fieles...»*

(Sal 103,8-13).



5. ELEGIR LA VIDA:

11

**Alguien abrió
mis oídos**



1. LEER EL TEXTO

De vuelta de la región de Tiro, pasó Jesús por Sidón y llegó al lago de Galilea por la parte central de la Decápolis. Le llevaron un sordo tartamudo, y le pidieron que le aplicase la mano. Él lo apartó de la gente; a solas con él, le metió los dedos en los oídos y le tocó la lengua con saliva. Luego, levantando los ojos al cielo, suspiró y le dijo: «Effatá» (esto es: «ábrete»). Inmediatamente se le abrieron los oídos, se le soltó la traba de la lengua y hablaba normalmente. Les prohibió decírselo a nadie, pero, cuanto más se lo prohibía, más lo pregonaban ellos. En el colmo del asombro decían: «¡Qué bien lo hace todo! Hace oír a los sordos y hablar a los mudos» (Mc 7,31-37).



2. RELEER DESDE LA MEMORIA DEL CORAZÓN

2.1. A la luz del contexto bíblico...

Según el primer relato de la creación, Dios llama a sus criaturas a existir por medio de una Palabra y al terminar

su obra creadora, expresa su satisfacción: «*Vio que era muy bueno*» (Gen 1,31). Al crear al ser humano a su imagen y semejanza, lo ha hecho capaz de comunicación con Él y de ahí la llamada: «*¡Escucha, Israel!*» (Dt 6,4) que marca toda la existencia de Israel. La respuesta que Dios espera de su pueblo es que esté dispuesto a acoger una Palabra que le hará vivir, aunque para eso tenga que transformar la espontaneidad de sus opciones.

«*¡Escuchadme y viviréis!*» (Is 55,3). La escucha en su significado profundo es la verdadera condición para vivir. «*Mira: hoy te pongo delante la vida y el bien, la muerte y el mal. Si escuchas los mandatos del Señor, tu Dios, que yo te promulgo hoy, amando al Señor, tu Dios, siguiendo sus caminos, guardando sus preceptos, mandatos y decretos, vivirás y crecerás; el Señor, tu Dios, te bendecirá en la tierra adonde vas a entrar para conquistarla. (...) Hoy te pongo delante vida y muerte, bendición y maldición. Elige la vida, y viviréis tú y tu descendencia, amando al Señor, tu Dios, escuchando su voz, pegándote a él, pues él es tu vida y tus muchos años en la tierra que había prometido dar a tus padres, Abrahán, Isaac y Jacob*» (Dt 30,15-20).

Los profetas denuncian la sordera voluntaria de quienes endurecen su corazón y cierran sus oídos a la invitación divina: «*¿A quién he de hablar, a quién conjurar para que atienda? Sus oídos están cerrados, no pueden escuchar, se burlan de la palabra del Señor porque ya no les agrada*» (Jer 6,10).

La escucha en Israel no es para *saber* sino para *obedecer* y quien vive encerrado en sí mismo está ya alcanzado por los poderes de la muerte y sólo puede renacer en el momento en que decida abrirse a Dios y a sus palabras de vida.

La facultad de hablar está íntimamente unida a la escucha: la sordera total hace imposible el lenguaje. Por

otra parte, la dificultad de palabra se convierte en un pretexto para resistirse a una misión: «Yo no soy un hombre de palabra fácil, soy tardo en el hablar y torpe de lengua, decía Moisés» (Ex 3,10) y Jeremías: «¡Ay, Señor!, mira que no sé hablar, que soy un muchacho...» (Jer 1,6).

El que los sordos puedan oír y los mudos hablen es un signo de la llegada de los tiempos mesiánicos:

«Mirad a vuestro Dios, que trae el desquite, viene en persona, resarcirá y os salvará. Se despegarán los ojos del ciego, los oídos del sordo se abrirán, saltará como un ciervo el cojo, la lengua del mudo cantará»
(Is 35,6)

El reproche de Jesús a sus discípulos, unos versos después de la curación del sordomudo: «Si alguno tiene oídos, que oiga (...) ¿También vosotros estáis sin inteligencia?» (Mc 7,16.18), plantean la cuestión de quién está realmente sordo y si no habrá otra sordera diferente de la física instalada en los que piensan estarle siguiendo.

2.2. ... descubrir el texto...

El texto nos hace recorrer todo el esquema corporal: de Jesús se nombran las manos, los dedos, la saliva, los ojos y la respiración; del sordomudo, los oídos y la lengua. Al comienzo del relato el sordomudo aparece encerrado en su silencio, llevado ante Jesús por otros y luego apartado de ellos por el mismo Jesús. Se diría que no sólo está atado y trabado por su problema de comunicación, sino también impedido para tomar iniciativas y decisiones libres. El contacto con Jesús en intensa cercanía corporal con él y la fuerza de su imperativo: «¡Ábrete!», le sueltan todas sus ataduras y le permiten de nuevo pronunciar su propia palabra. Como por un efecto contagioso, todos los pre-

sentes se ponen a pregonar lo ocurrido y escuchamos su rumor admirado, como un eco de las palabras de Dios en la creación: «¡Todo lo ha hecho bien!». Sin nombrarlo explícitamente, están celebrando la llegada del que viene en persona a salvar, a hacer oír a los sordos y cantar a los mudos.

Un gesto expresivo de Jesús: «Levantó los ojos al cielo y suspiró», nos pone en la pista de dónde buscaba el poder de regenerar con su soplo vivo a alguien que necesitaba ser recreado y liberado. Su «gemido» es un movimiento profundo de llamada a Dios, con la conciencia de una tarea difícil, de una dura posición a vencer.

Nadie obedece en el texto la orden de silencio dada por Jesús (también aparece en Mc 1,44; 5,43; 7,36): la actividad divina que es oculta y misteriosa, tiene también un inaudito poder de irradiación.

2.3. ... como Palabra para hoy

El relato encierra una llamada a hacernos conscientes de las «sorderas» que pueden estar presentes en nosotros. El Dios de Jesús aparece descrito en el AT como el que «escucha el clamor de su pueblo» y es a esa apertura de oído a la que estamos llamados. Lo mismo que el sordomudo, podemos vivir rodeados de vallas que nos «insonorizan» y que impiden que llegue hasta nosotros el rumor de la vida de los demás, con sus problemas y sus alegrías; o permanecer encerrados dentro de nuestras pequeñas fronteras, con dificultades para expresar lo que sentimos y vivimos.

La curación del sordomudo nos invita a dejar que Jesús siga realizando con cada uno de nosotros su gesto creador, como hizo Dios en la primera mañana de la crea-

ción, modelando con sus manos e insuflándole su aliento, curando nuestras sorderas y tartamudeos. La misma palabra dirigida al sordomudo: «¡Ábrete!», puede resonar hoy en nuestros oídos y en nuestro corazón, invitándonos a seguir realizando pequeños gestos creadores y ofreciendo signos de vida, también entre aquellos que no comparten nuestra misma fe.



3. DEJAR RESONAR LA PALABRA

Habla el sordomudo curado

Vivo en la Decápolis, cerca del mar de Galilea, en una comarca abierta, poblada de gentes venidas de todas partes y atravesada por innumerables caravanas de comerciantes que llevan y traen mil rumores y noticias de países lejanos. Pero yo, que nací completamente sordo y apenas puedo balbucir sonidos inarticulados, no podré escucharlas nunca y vivo desde mi infancia aislado y al margen de todo.

Cuando de pequeño lloraba porque no podía participar en los juegos de los demás niños, mi madre, apenada, solía cogerme en sus brazos humedecía sus dedos con su saliva y acariciaba mis oídos y mi boca como si pudiera curarme con ella, mientras susurraba palabras que yo era incapaz de entender. Entre nosotros, lo mismo que en otros pueblos cercanos, son los padres quienes comunican a sus hijos el tesoro de nuestras tradiciones, pero como yo no he podido recibirla de ellos, tampoco podré comunicársela nunca a nadie y la soledad ha hecho de mí un hombre hurao y retraído, próximo a los silenciosos habitantes del mundo de las sombras.

Lo poco que conozco de la religión y de las costumbres de mi pueblo se lo debo a la paciencia de un anciano maestro que me enseñó a leer en sus labios pero, a pesar de ello, vivo como

encerrado en una habitación sin puertas ni ventanas, aislado del rumor de una vida que se queda siempre fuera de mis umbrales. Así he vivido hasta que, repentinamente, he sido arrasado de manera violenta fuera de la morada del silencio.

Todo ocurrió la mañana en que vi arremolinarse a la gente en la plaza del pueblo y me acerqué atraído por la curiosidad. El gentío no me permitía ver más que la espalda de un hombre cuya figura no me resultaba familiar y al que todos miraban con atención. Alguien me dijo por señas que se trataba de un judío y me extrañó su presencia. Apenas nos tratamos con ellos porque nos desprecian y se sienten superiores a nosotros por no se sabe qué historias de su religión y de su Dios.

Yo sólo tenía intención de mirar, pero de pronto sentí que me empujaban al centro y me encontré, paralizado y confuso, frente a un desconocido de quien lo ignoraba todo pero que supuse debía ser un curandero al que estaban pidiendo que demostrara conmigo sus poderes de sanación. Conocía a algunos de esos charlatanes que se ganan la vida aprovechándose de la ingenuidad y del ansia milagrera de la gente y, en este caso, yo iba a convertirme en la ocasión de su lucimiento y su fama.

Pero entonces él hizo precisamente lo que yo no esperaba: me agarró del brazo y me sacó fuera del grupo que se quedó mirándole desconcertado, mientras nos dirigíamos lejos de ellos. Sentí miedo, ¿qué pretendía hacer conmigo?, ¿por qué no quería que lo presenciara nadie? Como si presintiera mi temor, soltó mi brazo y, humedeciendo sus dedos con saliva, realizó el mismo gesto de mi madre, tocando con sus manos mis oídos y mi boca. Leí en sus labios la palabra «¡Effeta!», ¡Abríos!, y fue como si los batientes de una puerta se abrieran de par en par por la fuerza de un huracán. Tuve la sensación de que todos los murmullos y las voces de la tierra entraban en mí, como la música de los instrumentos que nunca había podido oír, y de mi boca desatada brotaron como torrentes las palabras que nunca había podido pronunciar.

La gente se había ido acercando atónita y entonces él hizo de nuevo algo sorprendente: nos ordenó de manera tajante que

no dijéramos nada de lo sucedido y se marchó. Nadie hizo caso de su prohibición y yo menos que ninguno. «Todo lo ha hecho bien», decían. «Ha hecho oír a los sordos y hablar a los mudos».

Pero en el secreto de mi corazón yo sabía algo más: alguien me había sacado del mundo del silencio y había abierto mi vida entera sacándome a espacio abierto. Y lo hizo no como quien realiza un acto mágico y espectacular, sino con la ternura del gesto de una madre que acaricia al más débil de sus hijos.



4. ENTRAR EN LA ORACIÓN DE JESÚS

En el Salmo 40, un orante expresa ante Dios su disponibilidad absoluta a su voluntad. Frente a la posibilidad de hacerlo a través de los sacrificios culturales, él ha descubierto algo mejor: la escucha obediente. Podemos leerlo una primera vez fijándonos en las palabras que tienen que ver con la **comunicación**, ponerlo luego en labios de Jesús e imaginarle rezando este salmo en un tiempo de oración después de la escena de la curación del sordomudo.

*«Cuántas maravillas has hecho, Señor, Dios mío,
cuántos planes en favor nuestro
nadie se te puede comparar
Intento decirlos y contarlos,
pero superan todo número
Tu no quieres sacrificios ni ofrendas,
Y, en cambio, me abriste el oído,
no pides holocaustos ni sacrificios expiatorios,
entonces yo dije "Aquí estoy",
porque esta prescrito en el libro que cumpla tu voluntad
Dios mío, lo quiero, llevo tu ley en las entrañas
He proclamado que eres justo ante la gran asamblea,
no he cerrado los labios, Señor tu lo sabes*

*No me he guardado en el pecho tu defensa,
he contado tu fidelidad y tu salvación,
no he negado tu lealtad y fidelidad ante
la gran asamblea
Tu, Señor, no me cierres tus entrañas,
que tu lealtad y fidelidad me guarden siempre,
porque me cercan desgracias sin cuento,
se me echan encima mis culpas y no puedo huir,
con más que los pelos de mi cabeza, y me falta el valor
Dios mío, dignate librármelo,
Señor, date prisa en socorrerme ()
yo soy pobre y desgraciado, pero el Señor cuida de mí,
tú eres mi auxilio y mi liberación. Dios mío, no tardes»*



5. ELEGIR LA VIDA:

12

**Un hombre
según Dios**



1. LEER EL TEXTO

En esto se levantó un escriba y le preguntó para ponerlo a prueba: —Maestro, ¿qué tengo que hacer para heredar vida eterna? Él le dijo: —¿Qué está escrito en la Ley? ¿Cómo es eso que recitas? El jurista contestó: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente. Y a tu prójimo como a ti mismo».

Él le dijo: —Bien contestado. Haz eso y tendrás vida. Pero el otro, queriendo justificarse, preguntó a Jesús: —Y ¿quién es mi prójimo? Jesús le contestó: —Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó y lo asaltaron unos bandidos; lo desnudaron, lo molieron a palos y se marcharon dejándolo medio muerto. Coincidió que bajaba un sacerdote por aquel camino; al verlo, dio un rodeo y pasó de largo. Lo mismo hizo un levita que llegó a aquel sitio; al verlo dio un rodeo y pasó de largo. Pero un samaritano, que iba de viaje, llegó a donde estaba el hombre y, al verlo, sintió compasión; se acercó a él y le vendó las heridas, echándole aceite y vino; luego lo montó en su propia cabalgadu-

ra, lo llevó a una posada y lo cuidó. Al día siguiente sacó dos denarios y, dándoselos al posadero, le dijo: «Cuida de él, y lo que gastes de más te lo pagaré a la vuelta». ¿Qué te parece? ¿Cuál de estos tres se hizo prójimo del que cayó en manos de los bandidos? El escriba contestó: —El que tuvo misericordia con él. Jesús le dijo: —Pues anda, haz tú lo mismo (Lc 10, 25-37).



2. RELEER DESDE LA MEMORIA DEL CORAZÓN

2.1. A la luz del contexto bíblico...

La pregunta del escriba, «¿Qué tengo que hacer para heredar vida eterna?», arranca la preocupación constante del AT por conocer cuáles son los caminos de encuentro con Dios: «Señor, ¿quién puede hospedarse en tu tienda y habitar en tu monte santo?» (Sal 15,2).

«¿Quién puede subir al monte del Señor?, ¿quién puede estar en el recinto sacro?» (Sal 24,3).

«¿Con qué me presentaré al Señor, inclinándome al Dios del cielo?

¿Me presentaré con holocaustos, con becerros añojos?

¿Aceptará el Señor un millar de carneros o diez mil arroyos de aceite?

¿Le ofreceré mi primogénito por mi culpa o el fruto de mi vientre por mi pecado?» (Miq 6, 6-7).

Tanto el Deuteronomio como los profetas ofrecen la respuesta acorde con el deseo de Dios:

«Ahora, Israel, ¿qué es lo que te exige el Señor, tu Dios? Que respetes al Señor tu Dios; que sigas sus caminos y lo ames, que sirvas al Señor, tu Dios, con todo el corazón y con toda el alma; que guardes los preceptos del Señor, tu Dios, para que seas feliz» (Dt 10,12).

«Misericordia quiero y no sacrificios» (Os 6,6).

«Hombre, ya te ha explicado lo que está bien, lo que el Señor desea de ti: que defiendas el derecho y ames la lealtad y que camines humilde con tu Dios» (Miq 6,8).

«Así dice el Señor: «Practicad la justicia y el derecho, librad al oprimido del opresor, no explotéis al emigrante, al huérfano y a la viuda, no derramáis sangre inocente en este lugar. Si cumplís estos mandatos, podréis entrar por estas puertas los reyes que ocupáis el trono de David, montados en carros de caballos, acompañados de vuestros ministros y del pueblo» (Jer 22, 3-4).

«Escucha, Israel, el Señor, nuestro Dios, es solamente uno. Amarás al Señor, tu Dios, con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas. Las palabras que hoy te digo quedarán en tu memoria, se las inculcarás a tus hijos y hablarás de ellas estando en casa y yendo de camino, acostado y levantado; las atarás a tu muñeca como un signo, serán en tu frente una señal; las escribirás en las jambas de tu casa y en tus portales» (Dt 6,4-9).

La Palabra de Dios no se expresa de modo impersonal, espera que frente a ella haya un sujeto capaz de escuchar y de recibir la interpelación: en el Deuteronomio es Moisés quien se dirige a Israel y el imperativo va dirigido al futuro, como si en el *amarás* hubiera algo incompleto que está pidiendo un cumplimiento. Ante el *tú que escucha* se abre la posibilidad de convertirse en un *tú que ame*.

En el Levítico es Dios mismo quien proclama el mandato: «No serás vengativo ni guardarás rencor a tus conciu-

dadanos. Amarás a tu prójimo como a ti mismo. Yo soy el Señor» (Lev 19,18).

Una antigua narración del libro de las Crónicas presenta semejanzas significativas con la parábola de Jesús: después de que los israelitas tomaron una muchedumbre de prisioneros, el profeta Oded salió a su encuentro y les reprochó su conducta: «Entonces los soldados dejaron los prisioneros y el botín a disposición de las autoridades y de la comunidad. Designaron expresamente a algunos para que se hiciesen cargo de los cautivos. A los que estaban desnudos los vistieron con trajes y sandalias del botín; luego les dieron de comer y beber, les curaron las heridas con aceite, montaron en burros a los que no podían caminar y los llevaron a Jericó, la ciudad de las palmeras, con sus hermanos. A continuación se volvieron a Samaria» (2 Cro 28,8-15).

Dos últimos datos pueden ayudar a comprender lo intencionado de la parábola al hablar del sacerdote y el levita que pasaron de largo: «El que toque un cadáver, sea quien fuere el muerto, quedará impuro siete días. El que ha tocado un muerto y no se purifica, contamina la morada del Señor y será excluido de Israel» (Núm 19.11).

En cuanto al personaje del samaritano, el antagonismo de los judíos hacia ellos tiene hondas raíces en la historia de Israel a partir de la escisión del reino en tiempos de Jeroboam I, tensión que se agudizó en tiempos de Esdras y Nehemías. Les reprochaban su contaminación con el culto idolátrico y sus matrimonios con mujeres extranjeras y los consideraban cismáticos y excluidos de la Alianza. Ellos, por su parte, trataron de impedir la reconstrucción de las murallas de Jerusalén, no aceptaron más que el Pentateuco como libro canónico y continuaron ofreciendo su culto en el monte Garizim (cf. Neh 3,33-34; 13,28).

2.2. ... descubrir el texto...

Los protagonistas: al comienzo, Jesús y un escriba que quiere *saber*, pero que no pregunta para ampliar sus conocimientos, sino para probar los de Jesús, aunque le llame «Maestro». Ante la pregunta inicial del escriba, Jesús no asume el papel que le propone y, en vez de darle la respuesta pedida, le indica donde tiene que buscarla: quiere sacarlo del mundo del *saber* para llevarle al del *hacer*. El jurista se escabulle y busca de nuevo otro saber «informativo», pero a su pregunta «¿quién es mi prójimo?», Jesús le devuelve otra: ¿quién se hizo prójimo para el otro?

Los personajes de la parábola un *hombre*, *bandidos*, un *levita*, un *sacerdote*, un *samaritano*: todos excepto «un *hombre*», aparecen designados por su función social, unos con prestigio y otros al mundo marginal (bandidos, samaritano).

El *hombre*, aunque desconocido, ocupa el centro del relato ya que todos los demás personajes aparecen en relación con él: los bandidos lo asaltan, despojan, golpean y dejan, el sacerdote y el levita lo ven y pasan de largo, el samaritano lo ve, se conmueve, se acerca, le cura. Incluso cuando lo lleva a la posada, seguirá siendo el polo de los desplazamientos. Esta organización de movimiento en el espacio en torno a un hombre reducido a la impotencia, indica su rol central aun dentro de su pasividad. Todos los personajes se definen a favor o en contra de él: es asaltado, desnudado, molido a palos, dejado medio muerto, compadecido, vendado, conducido, cuidado... Pasa de viajero a cuerpo inerte y, abandonado por unos, reencontra vida gracias a otro

Las acciones los tres personajes que *ven* al hombre herido adquieren un *saber* sobre él. Para el sacerdote y el levita se convierte en un obstáculo a evitar, *dan un rodeo*

y se *alejan*: las normas de pureza les prohibían mancharse con el contacto con la muerte, ya que deben mantenerse puros para participar en el culto. Por el contrario, para el samaritano el hombre es alguien que atrae su compasión (un verbo que aparece en los evangelios referido solamente a Dios o a Jesús). Lo ve privado de un bien que hay que restituirle, asume el encuentro y se deja interpelear por la necesidad del otro cuya vida cuenta para él más que continuar su viaje.

Hay por lo tanto dos maneras de *ver* permanecer ajenos o implicarse.

El sacerdote y el levita no cambian, a no ser en el rodeo, pero el contraste de su actitud con el samaritano los hace aliados de los bandidos en el signo de la exclusión: salen del relato solos, limitados por su proyecto, con exclusión del otro. El samaritano lo asume en su desplazamiento y, cuando se va, no lo abandona ni se va ya sólo, sino referido a alguien que ha dejado atrás¹⁰.

2.3. ... como Palabra para hoy

Los personajes de la parábola pueden hacernos de espejo quizá podemos sentirnos como el escriba escéptico que pregunta. «¿Qué tengo que hacer?», pero sin implicar su vida, o como el sacerdote y el levita, tan preocupados por acudir al culto que no les queda tiempo ni atención para el hombre herido de la cuneta. Los tres aparecen distraídos y dispersos en sus propios proyectos, planes, ocupaciones o reflexiones, queriendo conocer a nivel teó-

¹⁰ Cf J DELORME, *Au risque de la parole Lire les evangiles*, Paris 1987, 93-140

rico quién es el prójimo, cumplir con la Ley, llegar al templo, no contaminarse con un cadáver... Pero todo eso les impide vivir centrados en lo esencial que, en aquel momento, es atender al hombre herido. El samaritano en cambio aparece descentrado de él mismo, todo él atención solícita y eficaz en el servicio al desconocido que encuentra en su camino y eso le hace acertar con el deseo de Dios.

Lo mismo que Jesús preguntó al escriba al final de la parábola: «¿Cuál de los tres se hizo prójimo...?», estamos invitados a sacar las consecuencias de saber que lo que importa es comportarse con misericordia y que ahí se resume toda la vida cristiana.

«*Ve y haz tú lo mismo*»: lo mismo que al escriba, Jesús nos envía a *hacer*, no a acumular saberes: lo que un samaritano ha llegado a ser y habrían podido el sacerdote y el levita, ¿por qué no vamos a hacerlo también nosotros? Si ya sabemos cómo se hace uno prójimo de otro, sabremos encontrar qué hacer en circunstancias diferentes a las que vivieron el samaritano, el sacerdote y el levita. Jesús nos libera del interés por *saber*, hace estallar nuestro mundo mental en el que tendemos a encerrarnos. Por la brecha abierta, se abre un camino: *¡Ve!*



3. DEJAR RESONAR LA PALABRA

Habla un discípulo

—... Y el de Séforis estaba furioso porque, por culpa del retraso del que le traía el cargamento de dátils desde Jericó, no había podido vendérselos a un caravanero que se los había encargado para llevárselos a Betsaida. Y ¿cuál creéis que era la

disculpa del otro, que encima era un samaritano? Pues que se había detenido en el camino para atender a un hombre al que habían robado y apaleado unos bandidos.

Ninguno de nosotros prestaba demasiada atención a la narración de Felipe que acababa de llegar del mercado. Estábamos acostumbrados a oírle sin hacer mucho caso a su parloteo intrascendente y a las anécdotas triviales que eran su especialidad. El único interesado por su historia parecía ser Jesús que le escuchaba en silencio y demostraba una atención que tenía encantado a Felipe. Cuando acabó de contar la discusión entre el comerciante y el tipo que le había estropeado el negocio, Jesús intervino con una decisión sorprendente: —Felipe, vámonos ahora mismo al mercado, quizá podamos encontrar aún al hombre ese de Samaria que socorrió al herido. —iPero, Maestro, protestamos, es ya muy tarde, aún no has comido y hace un calor espantoso...! Y además a esta hora ya apenas quedará gente en el mercado... —Pues a pesar de todo voy a intentarlo, ¿quién se viene conmigo?, insistió él.

Felipe aceptó en seguida y yo me fui también con ellos, aunque a regañadientes. Al llegar al mercado anduvimos preguntando y, por fin, alguien nos dijo que el samaritano acababa de marcharse pero, como llevaba muy cargada su cabalgadura porque se volvía a Jericó con toda la mercancía, no podía haber llegado muy lejos. Jesús echó a andar con rapidez y nosotros detrás de él más despacio porque el asunto empezaba a cansarnos. Íbamos sin prisa, buscando la sombra y comentando que cuando el Maestro cogía el paso rápido no había quién le siguiera. Casi en la puerta de la muralla lo divisamos por fin, caminando junto al samaritano que llevaba del ronzal a una mula vieja con las alforjas llenas. Venían a nuestro encuentro y nos detuvimos a esperarles. Al llegar, Jesús dijo que el samaritano se venía a comer con nosotros, que nos adelantáramos a preparar las cosas. La condición del invitado nos hizo poca gracia, pero ya estábamos habituados a las extrañas amistades del Maestro y a cómo exigía que fueran recibidos.

Cuando nos sentamos a comer, el forastero se mostró algo tímido y retraído, desconcertado ante la novedad de que un

grupo de galileos y judios le recibiera con tantas muestras de hospitalidad. Pero el buen vino de Cana que le ofrecimos y la calidez con que se vio tratado le soltaron la confianza y la lengua y, mientras compartia con nosotros sus datiles, que por cierto eran los mejores que habia probado nunca, nos conto los detalles de su encuentro con el herido al que encontro en la cuneta medio muerto. —Si que me di cuenta de que se me complicaba la vida, pero de joven fui pastor y jamas deje de cargar-me a los hombros a una oveja cuando estaba herida. Además, al fin y al cabo, mi condicion de samaritano ya me tiene al margen de la ley, así que me preocupaba poco contraer impureza en caso de que estuviera muerto. Pero ahora tengo que marcharme, quiero llegar a dormir a la posada y pagarle mi deuda al posadero, aunque me parece que voy a tener que hacerlo con el cargamento de datiles porque, lo que es esta vez, no me han ido muy bien los negocios. Y quizá vuelva por allí otro día, pienso que el herido necesitara aun de mi cabalgadura para volverse a Jerico.

Lo vimos alejarse al atardecer y en seguida, sin comentar nada, Jesús se marchó al huerto donde solía retirarse a rezar y no volvió hasta muy adentrada la noche. Supimos lo que pensaba al día siguiente, cuando un escriba le pregunto con un tono que apenas ocultaba su deseo de confundirle, a quien había que considerar como prójimo para cumplir el primer mandamiento de la ley. Jesús le miró de frente y le dijo: —Voy a contarte una historia y al final tu mismo podras contestarte a la pregunta sobre el prójimo. Bajaba un hombre de Jerusalén a Jerico.

Y nos quedamos asombrados al darnos cuenta de que aquel samaritano renegado y excluido, se había convertido en modelo a seguir para los escribas, los sacerdotes, los fariseos y para todos nosotros. Porque al acercarse al hombre de la cuneta, se había comportado como el ser humano según Dios, un Dios para quien la salvación está del lado del corazón, de un corazón que consiente en compadecerse y aproximarse



4. ENTRAR EN LA ORACIÓN DE JESÚS

«Que delicia es tu morada Señor de los Ejercitos! mi alma se consume anhelando los atrios del Señor, mi corazón y mi carne exultan por el Dios vivo»

(Sal 84 1)

Siempre me han gustado los salmos de subida que canta nuestro pueblo en sus peregrinaciones a Jerusalén y los he cantado yo mismo muchas veces, cuando venía desde Nazaret a celebrar allí la Pascua. Pero mis labios han enmudecido al oírse los recitar con aparente piedad a algunos sacerdotes, fariseos y escribas que exigen después a los más pobres el pago del último centimo de los diezmos, admiten como lo más natural los sobornos en los juicios y son capaces de pasar de largo ante un hombre caído en el camino, poniendo como pretexto que pondrían en peligro su pureza y no podrían rendir culto a Dios.

Me pregunto que Dios será ese al que creen encontrar en el templo, porque ciertamente no eres tu, Abba. Porque a ti se te encuentra precisamente al lado de los pequeños y los desvalidos y revelas tu rostro a quien se aproxima a los que yacen en las sombras del abandono, a los caídos en las cunetas de los caminos, para ofrecerles su mano tendida, el agua de su odre y el aceite de su consuelo.

Son esos los que podrían cantar: *«¡Que alegría cuando me dijeron: Vámonos a la casa del Señor! Ya están pisando nuestros pies tus umbrales, Jerusalén.»* (Sal 122,1)

Porque son ellos los que al acercarse a sus hermanos han ido a parar a la sombra de tus alas, son ellos los que, quizá sin saberlo, se han encontrado habitando en tu presencia y acogidos en lo escondido.

dido de tu tienda. Y son ellos los que pueden proclamar con toda justicia:

*«Hasta el gorrión ha encontrado una casa
y la golondrina un nido donde colocar sus polluelos:
us altares, Señor de los Ejércitos,
Rey mío y Dios mío.
Dichosos los que habitan en tu casa
alabándote siempre,
dichosos los que encuentran en ti su fuerza
cuando proyectan su peregrinación» (Sal 84,4-5).*



5. ELEGIR LA VIDA:

13

La mejor
parte



1. LEER EL TEXTO

Por el camino entró Jesús en una aldea y una mujer de nombre Marta lo recibió en su casa. Ésta tenía una hermana llamada María, que se sentó a los pies del Señor para escuchar sus palabras. Marta, en cambio, se distraía con los muchos quehaceres del servicio; hasta que se paró delante, y dijo: —Señor, ¿no te importa que mi hermana me deje sola en la tarea? Dile que me eche una mano. Pero el Señor le contestó: —Marta, Marta, andas inquieta y nerviosa con tantas cosas: sólo una es necesaria. Sí, María ha escogido la parte mejor, y esa no se le quitará (Lc 10, 38-42).



2. RELEER DESDE LA MEMORIA DEL CORAZÓN

2.1. A la luz del contexto bíblico...

En la escena de Betania, Jesús habla de *la parte mejor*, un término frecuente en la teología del AT cuando se refiere a la heredad o lote de tierra que según el libro de

Josué, recibía en suerte cada familia israelítica, excepto los levitas. Éstos eran descendientes de Leví, hijo de Jacob, y fueron puestos aparte para ejercer las funciones sagradas por iniciativa de Dios y tomados por Él en lugar de los primogénitos de Israel: «*El Señor dijo a Moisés: “Yo he elegido a los levitas de entre los israelitas en sustitución de los primogénitos o primeros partos de los israelitas. Los levitas me pertenecen, porque me pertenecen los primogénitos. Me pertenecen. Yo soy el Señor”*» (Num 3,11-12). «*Moisés no asignó heredad a la tribu de Leví, porque el Señor, Dios de Israel, fue su herencia, como él les había dicho*» (Num 13,33).

«*Los sacerdotes levitas, la tribu entera de Leví, no se repartirán la herencia con Israel; comerán de la heredad del Señor, de sus oblaciones; no tendrán parte en la heredad de sus hermanos, el Señor será su heredad, como él ha dicho (...) Tú no recibirás heredad en su tierra. Yo soy tu parte y tu heredad en medio de los israelitas*» (Num 18,1.20).

Esta parte de los levitas es una participación en las ofrendas del culto: «*Yo doy como heredad a los levitas todos los diezmos*» (Num 18,1); «*Comerán de la heredad del Señor, de sus oblaciones*» (Dt 18,1). Para el levita los bienes son Dios mismo, la saciedad está en su compañía. El Señor protege inmediatamente a quien se ha entregado a él:

«*¿A quién tengo yo en el cielo?
Contigo, ¿qué me importa la tierra?
Aunque se consuman mi espíritu y mi carne,
Dios es la roca de mi espíritu,
mi lote perpetuo*» (Sal 73).

Israel, por su parte, se sabe «propiedad» de Dios: «*La porción del Señor fue su pueblo, Jacob fue el lote de su heredad*» (Dt 32, 9). «*Vosotros habéis visto lo que hice a los egipcios y cómo a vosotros os llevé en alas de águila y os traje a mí; por tanto, si queréis obedecerme y guardar mi*

alianza, entre todos los pueblos seréis mi propiedad, porque es mía toda la tierra» (Ex 19,5).

2.2. ... descubrir el texto...

En la escena hay tres personajes: Jesús, llamado *el Señor*, Marta y *su hermana* María. Hay contrastes entre las dos mujeres: María aparece en situación de cierta inferioridad respecto a Marta (es «su hermana») y también respecto a Jesús, ya que está sentada a sus pies. Marta es la dueña de la casa y la que ofrece hospitalidad al Señor, una posición de reciprocidad.

María escucha la palabra de Jesús, lo que indica una actividad también recíproca entre la palabra y la escucha. En cuanto a sus acciones, Marta está distraída y absorbida por las múltiples necesidades del servicio, mientras que María, en postura de reposo, está atenta a la única palabra del Señor.

Marta protesta y vuelve a afirmar sutilmente su superioridad sobre María («*di a mi hermana...*»), y trata de cambiar su manera de relacionarse con Jesús pretendiendo que sea él quien se ponga de su lado y le dé la razón. En la respuesta del Señor a Marta hay un tono de velado reproche («*Marta, Marta. .*») porque está inquieta y ansiosa (según Lc 8,14 la ansiedad y la preocupación impiden el crecimiento de la semilla). No califica su actitud como *servicio* sino como *muchas cosas* y lo múltiple se opone a lo *único*. La defensa de Jesús devuelve a María su derecho a elegir y a mantener el objeto de su elección, que es calificada como de *la parte mejor*.

El contexto inmediatamente anterior (la parábola del buen samaritano) en el que éste aparece como un modelo por su *hacer*, impide interpretar la escena de Be-

tania como una descalificación de la acción en favor de la contemplación: solamente pone en guardia ante una manera de *hacer* que no nace de la escucha de la Palabra sino del propio activismo compulsivo y señala lo que es siempre la prioridad de todo seguidor de Jesús: escuchar su Palabra.

María no solamente está sentada a los pies de Jesús en la posición de la perfecta discípula, sino que el contexto subraya también su condición de hija de Israel. Escucha a Jesús lo mismo que había escuchado el pueblo la palabra de Yahvé. Ella «*ha elegido la mejor parte*» y puede repetir con el orante del Salmo:

*«A quién tengo yo en el cielo?
Contigo, ¿qué me importa la tierra?
Aunque se consuman mi espíritu y mi carne,
Dios es la roca de mi espíritu,
mi lote perpetuo.
Para mí lo bueno es estar junto a Dios,
hacer del Señor mi refugio
y contar todas tus acciones» (Sal 73, 25-28).*

2.3. ... como Palabra para hoy

Si se leen seguidas la parábola del samaritano (Lc 10,25-37) y la escena de Betania (Lc 10,38-42), se observa que los dos personajes centrales (el samaritano y María), aparecen como polarizados por una pasión única que les hace desear y elegir solamente aquello que coincide con «los gustos de Dios» y acertar con su voluntad. Jesús toma partido por ellos y los propone como modelo: «*Vé y haz tú lo mismo*»..., «*María ha elegido la mejor parte*»...

Su actitud es muy diferente de la de los otros personajes que los acompañan: el escriba escéptico que pregunta «*¿Qué tengo que hacer?*», pero sin implicar su vida;

el sacerdote y el levita, tan preocupados por acudir al culto que no les queda tiempo ni atención para el hombre herido de la cuneta; Marta, tan agitada y solícita... Los cuatro aparecen distraídos y dispersos en sus propios proyectos, planes, ocupaciones o reflexiones. Aparecen tan llenos de «deseos parásitos» (llegar al templo, ser puros, preparar una buena comida...), que no les permiten vivir centrados en lo esencial que, en aquel momento, era atender al hombre de la cuneta o escuchar a Jesús.

Pablo, consciente de la importancia de esa atención no dividida, habla a los Corintios de «ahorrarse preocupaciones», de «preocuparse de los asuntos del Señor, buscando complacerle», de «dedicarse a él en cuerpo y alma» y de una «adhesión al Señor ininterrumpida» (1 Cor 7,29-35).

La escena de Betania nos está diciendo: todos somos a la vez Marta y María. Todos nos sentimos con frecuencia ansiosos, agobiados, dispersos y tentados de hacer de la eficacia nuestra principal preocupación. Pero hemos hecho también la experiencia del sosiego y la unificación que nos da el ordenar nuestras prioridades y vivir centrados en lo esencial. Y una vez más se nos invita a saborear la Palabra que, en lo más hondo de nosotros mismos, se convierte en una fuente de asombro y de gozo y nos reenvía a un servicio más generoso y más libre.



3. DEJAR RESONAR LA PALABRA

Habla un discípulo

—No puedo estar de acuerdo contigo, Pedro, te estás atribuyendo unos méritos que no son tuyos. Cuando Jesús nos envió a predicar, el que recorrió más aldeas y se acercó a más gente fui yo.

—¡Pero quien se atrevió a tomar la palabra en la sinagoga de Cafarnaún, fui yo!

—Claro, pero mientras vosotros hablabais, yo me estuve dedicando a imponer las manos a los enfermos del pueblo que eran los más parecidos al hombre tirado en la cuneta al que el samaritano socorrió. Y ya escuchasteis a Jesús: eso es precisamente lo que tenemos que hacer...

La discusión se iba haciendo cada vez más acalorada y cada uno mostraba sus acciones, méritos y empresas, como si fueran las hazañas militares de un puñado de héroes. Me extrañó que Jesús permaneciera callado, acostumbrados como estábamos a oírle intervenir en nuestras disputas acerca del primer puesto en lo que fuera. Por eso deduje internamente que aprobaba nuestros esfuerzos, quehaceres y trabajos por anunciar el Reino. Al fin y al cabo, su manera de concluir la historia del samaritano había sido esta: «Vete y haz tú lo mismo».

Habíamos llegado a Betania y entramos en casa de Lázaro y sus hermanas. Nuestra llegada fue acogida con alborozo mezclado con algunos indicios de nerviosismo porque, como no nos esperaban tan pronto, Lázaro no había regresado aún del campo y las cosas no estaban preparadas. Marta, una mujer decidida y práctica, tomó las riendas de la situación y, después de un saludo apresurado, se puso a dar órdenes a los criados y a ir y venir de la cocina a la sala donde iba a celebrarse la cena, dando muestras de impaciencia y agitación.

Entretanto María, la tercera de la familia, siempre más propensa a escuchar que a hablar y a acoger más que a intervenir, era la única que no parecía contagiada de la ansiedad generalizada y se había sentado tranquilamente junto a Jesús, preguntándole y escuchándole. La verdad es que su actitud me pareció inadecuada e inoportuna: sentarse a los pies de alguien es la postura que adoptan los discípulos con su maestro y en nuestra tradición, un *rabbi* nunca aceptaría como discípula a una mujer. Es cierto que Jesús suele hacer caso omiso de esas costumbres (y bastantes problemas tenemos ya con su conducta), pero para todos era evidente que Marta era la que se esta-

ba comportando correctamente al ocuparse del servicio, y que la actitud de Maria suponía un atrevimiento difícilmente tolerable. Por eso no nos extraña la intervención irritada de Marta en una de sus idas y venidas y encontramos justificado su reproche al Maestro y a Maria.

Pero cuando ya estábamos esperando que el recomendará a Maria ponerse a ayudar a su hermana, el siempre sorprendente Jesús desvió el reproche hacia Marta, le echo en cara con cierto humor sus prisas y agobios y tomo partido descarado por su hermana. Dijo algo en torno a lo que importa de verdad y lo que es accesorio, y sentencio con aplomo que la que tenía razón era Maria y que era ella la que había acertado con lo que él venía buscando a casa de sus amigos: no un gran banquete, sino encontrar a alguien a quien poder contarle sus preocupaciones y sus deseos.

Luego, en la sobremesa, salió a relucir nuestra discusión de antes en torno a quien había trabajado más por el Reino. «No es eso lo que importa», se puso a decirnos, «de lo que se trata es de vivir lo que el Padre quiere en cada momento y eso solo se consigue escuchándole. Y si vivís agobiados y ansiosos, es porque vuestras acciones no nacen del deseo de hacer su voluntad, sino de vuestra propia necesidad de acumular méritos, o de creer que tenéis que ganaros su aprecio a fuerza de hacer cosas por Él. Y, ¿cuántas veces os he dicho que no necesitáis conquistar nada, sino que el amor del Padre es como un tesoro que se encuentra inesperadamente, sin depender del comportamiento del que lo encuentro? O como la lluvia y el sol, que no se fijan en si la tierra que los recibe es buena o mala, sino que caen sobre ella gratuitamente, y es eso lo que la hace buena y fecunda. Marta, la próxima vez que vuelva, bastará con que prepares pan, dátiles y aceitunas, y te sentaras junto a mí como Maria, porque la mejor parte está a disposición de todos. Y juntos hablaremos del Padre y de como realizar juntos lo que Él desea.»

Nunca olvidare aquella sobremesa en que las palabras de Jesús sanaban nuestra secreta ambición de llenar nuestra vida de «obras» y nos convertía a todos, hombres y mujeres, en

oyentes de su Palabra y poseedores de esa «mejor parte» que es la suerte de quienes la escuchan.



4. ENTRAR EN LA ORACIÓN DE JESÚS

En la cena de esta noche en Betania me has hecho entender mejor que es lo que deseas de tus hijos, Abba. Veía a Marta agitada y nerviosa por servirme y quejándose después porque estaba haciendo tanto por mí, mientras que Maria solamente me escuchaba, y me daba cuenta de lo que se esconde detrás de cada una de esas actitudes.

Muchos andan buscando, como Marta, reunir méritos y hacer muchas cosas por ti con la intención, quizá ignorada por ellos mismos, de presentarse ante ti cansados y satisfechos, sabiéndose eficaces e importantes. Te presentan las obras de sus manos como gavillas de trigo de un campo que ellos mismos han arado, sembrado y cosechado. De noche y de día han vigilado el crecimiento de las semillas y, si alguna vez descubrieron que había nacido también cizana, la arrancaron en seguida y con su precipitación, no se dieron cuenta de que estaban dañando también al trigo. Pero como se han fatigado mucho y piensan que es eso lo que te agrada, se acercan a ti esperando secretamente que agradezcas y recompenses sus preocupaciones, agobios y desvelos.

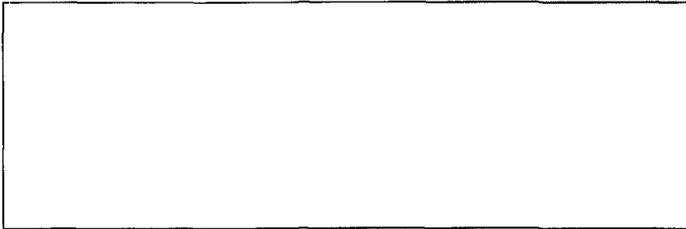
Otros, lo mismo que Maria, exponen ante ti su existencia como una tierra vacía y pobre y esperan silenciosamente que seas tu quien siembres en ella las semillas, no se desentendrán de ellas y también las cuidan, pero conocen la fuerza oculta de lo que crece por su propio impulso y se fían más de lo

que pueden hacer tu sol y tu lluvia que de su propio esfuerzo. Duermen tranquilos abandonando en ti sus preocupaciones y cuando llega la hora de la cosecha vienen a ti contentos, desbordando confianza y agradecimiento porque reconocen lo que hay en sus manos como don tuyo. He visto en mi madre todo eso, Abba, y quiero darte las gracias por ella.

Y como no deseo otra cosa sino dar a conocer tu verdadero rostro, he afirmado esta tarde que María ha elegido la mejor parte. Esa que tú das en herencia a los que eligen, por encima de todo, escuchar tu Palabra y abandonarse a tu amor.



5. ELEGIR LA VIDA:





1. LEER EL TEXTO

Publicanos y pecadores solían acercarse en masa para escucharlo. Los fariseos y los letrados lo criticaban diciendo: «Ese acoge a los pecadores y come con ellos». Entonces les propuso Jesús esta parábola:

—Un hombre tenía dos hijos; el menor le dijo a su padre: «Padre, dame la parte de la fortuna que me toca». El padre les repartió los bienes. No mucho después el hijo menor, juntando todo lo suyo, emigró a un país lejano y allí derrochó su fortuna viviendo como un perdido. Cuando se lo había gastado todo vino un hambre terrible en aquella tierra y empezó él a pasar necesidad. Fue entonces y se puso al servicio de uno de los naturales de aquel país, que lo mandó a sus campos a guardar cerdos. Le entraban ganas de llenarse el estómago de las algarrobas que comían los cerdos, pero nadie le daba de comer. Recapacitando entonces, se dijo: «Cuántos jornaleros de mi padre tienen pan en abundancia, mientras yo estoy aquí muriéndome de hambre. Voy a volver a casa de mi padre y le voy a decir: “Padre, he

ofendido a Dios y te he ofendido a ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo: trátame como a uno de tus jornaleros”».

Entonces se puso en camino hacia la casa de su padre. Su padre lo vio de lejos y se conmovió, salió corriendo, se le echó al cuello y lo cubrió de besos. El hijo empezó: «Padre, he ofendido a Dios y te he ofendido a ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo». Pero el padre mandó a los criados: «¡Aprisa! Sacad en seguida el mejor traje y vestido; ponéle un anillo en el dedo y sandalias en los pies; traed el ternero cebado y matadlo; celebremos un banquete, porque este hijo mío se había muerto y ha vuelto a vivir; se había perdido y se le ha encontrado». Y empezaron el banquete.

El hijo mayor estaba en el campo. A la vuelta, cerca ya de la casa, oyó la música y el baile; llamó a uno de los mozos y le preguntó qué pasaba. Éste le contestó: «Ha vuelto tu hermano, y tu padre ha mandado matar el ternero cebado, porque ha recobrado a su hijo sano y salvo». Él se indignó y se negó a entrar; pero el padre salió e intentó persuadirlo. El hijo replicó: «Mira: a mí, en tantos años como te sirvo sin desobedecer nunca una orden tuya, jamás me has dado un cabrito para comérmelo con mis amigos; y cuando ha venido ese hijo tuyo que se ha comido tus bienes con malas mujeres, matas para él el ternero cebado». El padre le respondió: «Hijo mío, ¡si tú estás siempre conmigo y todo lo mío es tuyo! Además, había que hacer fiesta y alegrarse,

porque este hermano tuyo se había muerto y ha vuelto a vivir, se había perdido y se le ha encontrado» (Lc 15, 1-3. 12-32).



2. RELEER DESDE LA MEMORIA DEL CORAZÓN

2.1. A la luz del contexto bíblico...

«*Se le conmovieron las entrañas...*» Si seguimos el rastro a este verbo en el AT constatamos que aparece casi siempre en contextos familiares: «*A José se le conmovieron las entrañas por su hermano y le entraron ganas de llorar...*» (Gen 43,30); «*A la madre del niño vivo se le conmovieron las entrañas por su hijo...*» (1 Re 3,26).

Pero es, sobre todo, un texto de Oseas el que puede servir mejor de telón de fondo a la parábola del padre misericordioso. También bajo la metáfora paterno-materna, vemos a un Dios que ha dejado en libertad a su hijo, ha corrido el riesgo de su infidelidad y aunque sabe que merecería un castigo, se reconoce incapaz de ello porque sus entrañas están conmovidas ante él:

*«Cuando Israel era niño, lo amé,
y de Egipto llamé a mi hijo.
Cuanto más los llamaba, más se alejaban de mí:
ofrecían sacrificios a los Baales e incienso a los ídolos.
Yo enseñé a caminar a Efraín tomándole por los brazos,
pero ellos no sabían que yo los cuidaba.
Con cuerdas humanas los atraía, con lazos de amor;
yo era para ellos como los que alzan a un niño contra su mejilla,
me inclinaba hacia él y le daba de comer. (...)
¿Cómo podré dejarte, Efraín, entregarte a ti, Israel?»*

*¿Cómo dejarte como a Admá y entregarte como a Seboín?
Me da un vuelco el corazón, se me conmueven las entrañas...»*

(Os 11,1-10)

La pregunta «*¿Cómo podré dejarte, Efraín, entregarte a ti, Israel?»*», comunica algo del misterio de la angustia divina que se debate entre la justicia y la misericordia. Dios «ha bajado» a la arena de la relación afectiva, de un amor que puede ser acogido o rechazado. Expresa su expectativa de respuesta por parte de su pueblo y revela algo sobrecogedor: su «impotencia» de abandonarle a causa de sus vínculos con él que hacen dar un vuelco a sus entrañas.

«*Mi corazón se conmueve dentro de mí...*», sugiere el combate interior de quien está buscando una unificación interior y constata dolorosamente que hay un camino que el pueblo ha decidido seguir, de espaldas a la mirada impotente del amigo, el amante, el padre o su Dios. Pero Yahvé es Dios y no hombre, y su santidad consiste precisamente en su amor.

2.2. ... descubrir el texto...

Una primera posibilidad de lectura es observar las tres partes del texto y los términos con que se describe la situación: en la primera, «**el alejamiento**», aparecen las expresiones: *país lejano, derrochó, perdido, gastado, hambre terrible, necesidad, servicio, guardar cerdos, ganas, algarrobas, cerdos, nadie le daba de comer...*

En la segunda, «**el retorno**», lo único que se dice del hijo es su gesto inicial de desplazamiento: *se puso en camino*, y sus primeras palabras dirigidas al padre. Pero es éste el que asume todas las acciones: *vio, se conmovió, salió corriendo, se le echó al cuello y lo cubrió de besos, mandó, sacad, vestid, poned, traed, matad, celebremos...* La

desproporción del recibimiento aparece ya desde la diferencia en la manera de ir el uno al encuentro del otro: el hijo *iba*, el padre *corrió*. A la palabra del padre no responde una palabra individual del hijo, sino una aceptación colectiva de su palabra: toda la casa se convierte en lugar de manifestación de la alegría del padre y se llena de *música y danzas*. A partir de ese momento, el espacio queda dividido en dos: el de *fuera* corresponde al hijo mayor y representa el trabajo del campo y sus preocupaciones utilitarias.

La tercera parte, «**la protesta**», comienza por datos en torno al *saber* del hijo mayor: *oyó, preguntó*, seguidos de otros sobre su *sentir*: *se indignó, se negó*. Su visión sobre sí mismo es: *te sirvo, sin desobedecer, orden, jamás me has dado...* La respuesta del padre hace otra lectura de la situación: *hijo mío, siempre estás conmigo, todo lo mío es tuyo, hermano tuyo*¹¹.

Una segunda manera de aproximarse al texto es a través de sus personajes, escuchándolo como contado sucesivamente por el padre, el hijo pequeño y el mayor. Si es el padre quien lo narra: «*Yo tenía dos hijos. El más pequeño me dijo... y yo le repartí los bienes...(...) Cuando lo vi de lejos, me conmoví...*».

Si es el hijo pequeño: «*Mi padre salió corriendo hacia mí, se me echó al cuello y me cubrió de besos...*».

Si es el hijo mayor: «*Cuando me acercaba a casa, oí música y danzas...*», etc.

Observar después lo que se dice de cada personaje:

— **El hijo menor** no se pierde de manera «inocente», como la oveja o la moneda de las otras parábolas. Apare-

ce como exigente, duro, derrochador, libertino, degradado al cuidar cerdos, calculador a la hora de su retorno. Su exigencia convierte al padre en repartidor de riqueza. Llega hasta el fin de sus iniciativas, pero descubre que no le eran suficientes y que se ha destruido a sí mismo. Al ponerse al servicio de un patrón se transforma de hijo en porquero y de sucesor del padre en la posesión de los bienes, en compañero de los cerdos (animales impuros para el judaísmo). Su deseo está orientado hacia el alimento, no a encontrarse con su padre, pero su hambre juega un papel determinante: por un lado es negativa, pero por otro se convierte en el «punto de inflexión» que hace nacer en él el deseo de volver a su casa. Es encontrado en el momento en que la iniciativa del padre le acoge y le rehabilita ofreciéndole vestido, sandalias, anillo, banquete. No tiene un papel activo, no son sus propias actitudes las que le transforman, sino solamente la acogida de su padre. Aparecía marcado por la muerte, inexistente y perdido, pero es encontrado y entra finalmente en la vida.

— **El hijo mayor** trabaja para producir, es obediente, servil y se considera esclavo; en su vida no hay lugar más que para lo útil y lleva una existencia apagada. Se siente obedeciendo órdenes, trabajador infatigable y poco recompensado. Lo que le indigna no es la dureza de su suerte, sino la *conducta de su padre hacia su hermano indigno* al que no reconoce como tal: «*Ese hijo tuyo...*», mientras que el padre le responde: «*Ese hermano tuyo...*». Tiene una imagen negativa de sí mismo: es alguien que sirve, obedece órdenes y a quien su padre ha negado el hacer fiesta con sus amigos; de su hermano pequeño piensa que es alguien aprovechado y degradado, e indica indirectamente a su padre cómo habría debido recompensar su fidelidad ejemplar y lo que no debería haber hecho con el menor. Empieza a vivir su vida en el momento en que su padre, ol-

¹¹ Cf. Grupo de Entrevernes, *Signos y parábolas. Semiótica y texto evangélico*, Madrid, 1979, 103-152.

vidándole un poco, se descubre padre del menor. Hay en él una nostalgia de la fiesta y echa de menos haberla celebrado con sus amigos: ¿se ha cansado de la sumisión y busca la comunión? El padre trata de persuadirle para que entre en la fiesta donde encontrará, inseparables, su puesto de hermano y su puesto de hijo.

En realidad, los **dos hijos** se mueven dentro de la ley, las normas, el pecado y el ser siervos; en ningún momento coinciden. Ambos calculan y tienen los mismos criterios de justicia distributiva.

— **El padre** se manifiesta en todo momento como gratuidad, perdón y misericordia; sus bienes están en cada momento repartidos. A nivel externo, aparece siempre fuera de la casa para salir al encuentro de cada uno de los hijos; a nivel interno, sus sentimientos son de compasión y de alegría. Muestra el extremo de una espera amorosa que reacciona desde el gozo: al echarse al cuello del hijo y cubrirlo de besos, le ofrece una comunicación por contacto muy diferente al trato de jornalero que el hijo deseaba recibir. Su palabra de autoridad saca al hijo del mundo de la servidumbre y lo reviste de las insignias que lo reincorporan a la filiación: vestido, anillo, sandalias y fiesta como símbolo de alegría y comunión. Su prisa por celebrar el retorno a la vida de su hijo hace que subordine a ella todo lo demás sin tolerar el menor retraso (esperar al mayor). No rechaza los argumentos de éste, pero se sitúa en otro nivel, donde otra necesidad mucho más fuerte a su juicio, implicaba la alegría: «*Era preciso...*». Su visión de cada uno de sus hijos es muy diferente de la que ellos mismos tienen: al mayor lo considera identificado con él y compartiendo sus bienes, y al menor lo considera perdido y encontrado, muerto y vuelto a la vida.

¿Y la madre? Se la echa de menos en la parábola, pero, en todo caso, el papel materno aparece representado

por la compasión, la efusividad de las expresiones de ternura y por el tema del alimento (la función nutricia se asigna siempre a la mujer).

2.3. ... como Palabra para hoy

El cuadro *El retorno del hijo pródigo*, de Rembrandt, es el mejor icono para convertir en oración la parábola y sentir que esta historia es nuestra historia: el hijo, con su cabeza rapada, su ropa raída, sus talones heridos y sus sandalias desatadas, no parece que al principio se atrevió a mirar a su padre porque quizá esperaba encontrar un juez. Pero después de hacerlo se ha sentido como un naufrago que se refugia en un puerto y, apoyado sobre su seno, parece un recién nacido que acaba de salir del vientre materno. La voz muda de las entrañas de aquel de quien se había alejado está murmurando algo en su oído: no palabras de reproche, sino su nombre familiar tantos años perdido.

Los ojos casi ciegos del padre parecen gastados de acechar de sol a sol el camino del improbable retorno; sus manos (¿una masculina y otra femenina?) en las que estaba tatuado para siempre el nombre de su hijo, abrigan como un manto protector los hombros escuálidos del muchacho; sus labios no necesitan pronunciar declaraciones de perdón porque ya lo está diciendo con todo su ser.

Podemos imaginar «el día de después» de este hijo, una vez pasada la «resaca» de la fiesta e imaginarle ma drugando y presentándose ante su padre, dispuesto a todo, disponible para todo, deseando demostrarle su amor y su agradecimiento, haciendo suyas las palabras dirigidas a su hermano mayor: «*Hijo, todo lo mío es tuyo...*».

Cada uno de nosotros somos ese hijo, su historia es la nuestra. Ya hemos experimentado el dolor de la ausencia, el sinsentido de vivir alejados de Dios. Pero si estamos inquietos por encontrarle, Jesús nos ha descubierto como mucho más cierto que el corazón de Dios está infinitamente más inquieto por encontrarnos a nosotros.



3. DEJAR RESONAR LA PALABRA

Habla un discípulo

La discusión había surgido a partir de una comida de Jesús y de todos nosotros en casa de Leví. Se habían sentado a la mesa algunos de sus amigos recaudadores, un soldado romano simpatizante de la causa judía, una pareja de comerciantes cananeos y una amiga de María de Magdala de dudosa reputación. Como entre las costumbres de Jesús estaba la de no excluir a nadie, había invitado también a dos fariseos interesados por la novedad de sus planteamientos y que dialogaban y discutían con él con frecuencia. Pero, en aquella ocasión, lo que encontraron debió superarles porque al ver a los demás comensales, se negaron a compartir mesa con ellos y se marcharon indignados.

Pronto circuló un rumor de críticas que fue creando un cerco en torno a nosotros. La acusación se centraba en Jesús: «quebranta nuestras tradiciones más sagradas», «se sienta a la mesa con la peor gentuza», «se atreve a hacerlo en nombre del mismo Dios».

Algunos de nosotros coincidíamos secretamente con ellos, al menos en algunos aspectos, y sólo Jesús permanecía aparentemente tranquilo en medio del ir y venir de acusaciones y rumores. Sin embargo, los que le conocíamos intuíamos que aquello le estaba alterando profundamente. Por la noche se quedaba orando hasta muy tarde y estaba más silencioso que de costumbre.

Fue después de una de aquellas largas vigiliadas de oración cuando pareció haberse quedado libre de un gran peso y nos reunió con la solemnidad de quien quiere decir algo importante. Lo hizo como solía, contando una historia: «*Un hombre tenía dos hijos y el menor de ellos...*». Según avanzaba el relato sentíamos que muchas de nuestras ideas sobre Dios se cuarteaban como viejos odres al contacto con un vino joven. Eran falsas nuestras imágenes de un Dios autoritario, aplastante, legalista: Jesús nos invitaba a contemplarlo en aquel padre que acechaba a lo lejos el camino, a mirarlo corriendo al encuentro del hijo que volvía, y a sentir también nosotros su abrazo que estrechaba todos nuestros errores, acariciaba todas nuestras cicatrices, borraba todas nuestras equivocaciones. Consiguió que nos sintiéramos reflejados en aquel muchacho perdido y murmurando con él: «*No merezco ser llamado hijo tuyo...*» y, lo mismo que él, gratuitamente envueltos en una mirada amorosa que lo perdonaba y lo olvidaba todo. Escuchamos nuestro nombre repetido con infinita ternura y nos encontramos de pronto revestidos del más esplendoroso traje de fiesta e introducidos en la sala de un banquete preparado por el Padre para nosotros, en torno a una mesa en la que había sitio para todos.

Le vimos después saliendo otra vez al encuentro del hijo mayor que se negaba a entrar en la fiesta (¿eran sólo los fariseos o éramos también nosotros, con el corazón asfixiado por la medida y el cálculo de merecimientos?). Nos quedamos de nuevo deslumbrados ante el amor de aquel padre en estado puro, un padre que sólo vivía de la paternidad, es decir, del don de sí y de la capacidad de generar vida, haciendo del pecador un príncipe y del que estaba muerto un recién nacido.

Cuando terminó de hablar, nos dimos cuenta de que ninguno de nosotros éramos los mismos de antes: al escuchar aquella historia en apariencia trivial, nos habíamos asomado a los secretos más hondos del corazón de Dios y habíamos comenzado a conocerle como un amor que nunca se retira, como un Dios que desea apasionadamente el retorno de cada uno de sus hijos, un Dios tenaz que espera, sale al encuentro, se apresura, se conmueve, perdona, reúne, se llena de alegría y celebra fiesta.

Y aprendimos de una vez por todas que la extraña conducta de Jesús de acoger a todos los alejados y perdidos, era un reflejo de lo que el veía hacer al Padre. Y pretendía convencernos de hasta que punto nos ama Dios y de que el amor es una pasión. Una pasión que hace siempre cometer locuras.



4. ENTRAR EN LA ORACIÓN DE JESÚS

La lectura de esta parábola deja un fondo de tristeza al constatar que ninguno de los dos hijos se comporta como se merecería su padre. Y nos invita a desear la existencia de un «tercer hijo» que viviera en estrecha relación con su padre y vive junto a él no con el talante servil de los criados, sino con la complicidad entusiasmada de los hijos.

Podemos unirnos a los sentimientos de Jesús recitando el Salmo 119, sabiendo que para él era el deseo de su Padre y no la Ley de su pueblo lo que le movía y llenaba internamente de alegría.

Dichosos los que guardan tus preceptos y te buscan de todo corazón

En el camino de tus preceptos disfruto más que con cualquier fortuna

*Tus ordenes son mi delicia,
no me olvido de tu palabra*

*Me adhiero a tus preceptos, Padre,
correré por el camino de tus mandatos*

porque me ensanchas el corazón

*Enseñame a cumplir tu voluntad
y a guardarla de todo corazón*

*Mira como ansio tus decretos,
con tu justicia dame vida*

*Seguiré por un camino ancho
porque busco tus preceptos*

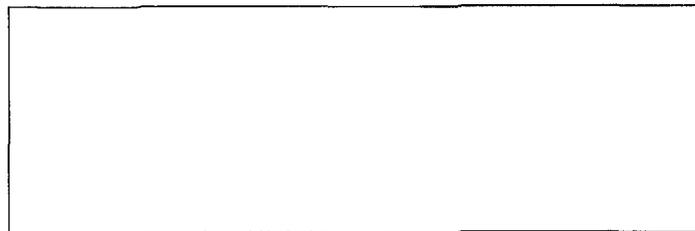
43

43

*Y serán mi delicia tus mandatos que tanto amo
Este es mi consuelo en la aflicción,
que tu promesa me da vida
Tus normas son mi música en casa extranjera
y esta ha sido mi tarea guardar tus decretos
Enseñame a discernir y entender
porque me fío de tus mandatos
Cuanto amo tu voluntad,
todo el día la estoy meditando
Que dulce es tu promesa al paladar,
más que miel a la boca
Tus preceptos son mi herencia perpetua,
el gozo de mi corazón
Yo me alegro de tu promesa
como el que encuentra un rico botín
Ansio tu voluntad, Padre,
tu voluntad es mi delicia
(Del Salmo 119)*



5. ELEGIR LA VIDA:



15

**Una luz
en el monte**



1. LEER EL TEXTO

Seis días después cogió Jesús a Pedro, a Santiago y a su hermano Juan y subió con ellos a una montaña alta y apartada. Allí se transfiguró delante de ellos: su rostro brillaba como el sol y sus vestidos se volvieron esplendentes como la luz. De pronto se le aparecieron Moisés y Elías conversando con él. Entonces intervino Pedro y le dijo a Jesús: —Señor, qué bien se está aquí..., si quieres, hago aquí tres tiendas, una para ti, otra para Moisés y otra para Elías.

Todavía estaba hablando, cuando una nube luminosa los cubrió, y dijo una voz desde la nube: «Este es mi Hijo amado, mi predilecto. Escuchadlo». Al oírla cayeron los discípulos de bruces espantados. Jesús se acercó y los tocó diciéndoles: —Levantaos, no tenéis miedo. Alzaron los ojos y no vieron más que a Jesús solo.

Mientras bajaban de la montaña, Jesús les mandó: —No contéis a nadie la visión. Esperad a que este Hombre resucite de la muerte. Los discípulos le preguntaron: —Y ¿por qué dicen los letrados que primero tie-

ne que venir Elías? Él les contestó: —Elías tiene que venir a restaurarlo todo. Pero os aseguro que Elías vino ya y, en vez de reconocerlo, lo trataron a su antojo. Y también este Hombre va a padecer a manos de ellos. Los discípulos comprendieron entonces que se refería a Juan Bautista (Mt 17, 1-13).



2. RELEER DESDE LA MEMORIA DEL CORAZÓN

2.1. A la luz del contexto bíblico...

Una vez más, un evangelista utiliza imágenes y relatos del Antiguo Testamento para «contar a Jesús» en la oración y la liturgia. El relato de la transfiguración hace alusión a la de Moisés en la montaña (Ex 33,12-34), cuando se encuentra con el Señor «en el agujero de la roca» y el contacto con su gloria lo convierte en alguien resplandeciente: «Cuando Moisés bajó del monte Sinaí llevaba las dos losas de la alianza en la mano; no sabía que tenía radiante la cara de haber hablado con el Señor. Pero Aarón y todos los israelitas vieron a Moisés con la cara radiante, y no se atrevieron a acercarse a él. Cuando Moisés los llamó, se acercaron Aarón y los jefes de la comunidad, y Moisés les habló. Después se acercaron todos los israelitas, y Moisés les comunicó las órdenes que el Señor le había dado en el monte Sinaí. Y cuando terminó de hablar con ellos, se echó un velo por la cara. Cuando Moisés acudía al Señor para hablar con él, se quitaba el velo hasta la salida. Cuando salía comunicaba a los israelitas lo que le habían mandado. Los israelitas veían la cara radiante, y Moisés se volvía a echar el velo por la cara, hasta que volvía a hablar con Dios» (Ex 34,29-35).

«La majestad divina apareció como un fuego devorador en la cumbre del monte a los ojos de los hijos de Israel» (Ex 24,17).

También Elías tuvo un encuentro con Dios en lo alto del monte y se refugió en otra gruta de la roca (1Re 19). Por eso son precisamente Moisés y Elías los testigos de que la gloria de Dios resplandece en el rostro de Jesús. Su presencia en la escena hace del relato de la transfiguración una confesión de la divinidad de Jesús, atestiguada por la ley y los profetas, a la vez que nos comunica algo de la experiencia pascual de los discípulos.

La blancura de los vestidos de Jesús evoca la venida del Hijo del hombre: «Su vestido era blanco como nieve, su cabellera como lana limpiísima; su trono, llamas de fuego; sus ruedas, llamaradas. Un río impetuoso de fuego brotaba delante de él...» (Dan 7,9-10). Ese será también el aspecto del joven sentado en la tumba de Jesús (Mt 28,3).

Como contraste, aparece el simbolismo de la **nube**, siempre vinculada en la Biblia a la proximidad de Dios: en el momento del paso del mar, una nube se interpuso entre Israel y el enemigo para proteger al pueblo y aterrorizar al perseguidor (Ex 14,19) y el libro de la Sabiduría lo recuerda así:

«Se vio a la nube dar sombra en el campamento y de lo que antes era agua, emerger la tierra seca. El Mar Rojo se convirtió en un camino transitado y el oleaje impetuoso en una llanura verdeante por donde pasó tu pueblo entero, protegido por tu mano, contemplando prodigios admirables» (Sab 19, 6-8).

En boca de Isaías, la nube se convierte en un signo de los tiempos escatológicos:

«Vendrá sobre el monte Sión y su asamblea una nube de humo por el día

y un resplandor de fuego llameante de noche. La gloria del Señor lo cubrirá todo, como tienda que da sombra contra el calor del día, abrigo y refugio contra la lluvia y la borrasca» (Is 4, 5-69).

En el Sinaí, la nube oscura posada sobre la cima hacía visible, escondiéndola al mismo tiempo, la presencia de Yahvé y durante la travesía del desierto, Él caminaba delante de su pueblo en una columna de nube (Ex 13,21), signo que, a la vez, velaba y revelaba su presencia: «Entonces la nube cubrió la tienda del encuentro y la gloria del Señor llenó la morada. Moisés no podía entrar en la tienda del encuentro, porque la nube estaba encima de ella y la gloria del Señor llenaba la morada. Durante el tiempo que duró su caminar, los israelitas se ponían en marcha cuando la nube se levantaba de la morada. Si la nube no se levantaba, no partían hasta el día en que se levantaba, porque la nube del Señor se posaba de día sobre la morada y de noche brillaba como fuego a la vista de todo Israel, durante las etapas de su camino» (Ex 40,34-38).

Estamos ante un símbolo que expresa la imposibilidad de dominar el ámbito divino: dentro de ella, o rodeados de una densa niebla, no es posible *ver* pero sí *escuchar*, y eso sitúa a Israel en el ámbito correcto de su relación con Dios. La nube no es obstáculo para hacer la experiencia de la proximidad de lo invisible, sólo impide al creyente ejercer su deseo de dominio y control sobre Dios, proponiéndole a cambio otro modo de acceso a Él, desde la receptividad que implica sentirse privado de saber.

Cuando Moisés expresa su deseo de ver a Dios, escuchará de Él en el Sinaí: «Mi rostro no podrás verlo, porque nadie puede verme y quedar con vida. Mira, aquí tienes un sitio junto a mí, sobre la roca. Cuando pase mi gloria, te meteré en una hendidura de la roca y te cubriré con la palma de mi mano hasta que yo haya pasado, y cuando retire

mi mano, me verás de espaldas, porque de frente no se me puede ver» (Ex 33,20-23).

Dios permite a Moisés situarse en un lugar «junto a Él», no frente a Él (Ex 33,21). Un sabio judío decía que la gloria humana no consiste en levantar los ojos esperando contemplar a Dios, sino en ser elevado por Él para contemplar el mundo desde su punto de vista.

2.2. ... descubrir el texto...

La alusión «seis días después» con que comienza el relato evoca la definitiva Creación, y nos hace contemplar la transfiguración de Jesús como el Sábado definitivo. La escena ocurre en tres tiempos: en el **primero** predomina lo *visual* y los discípulos contemplan a un Jesús envuelto en luz y siendo punto de encuentro de dos personajes emblemáticos de la historia de Israel. Los acontecimientos son contados desde el punto de vista de los discípulos y su relación con los otros tres personajes es de distancia y no participación: la escena se desarrolla en pleno cielo y ellos aparecen fuera de ese ámbito y sin palabra. Si Pedro pide hacer una tienda para Jesús, Moisés y Elías, es porque la situación no es «habitable» para ellos que se encuentran fuera de ella.

En un **segundo** momento la situación se invierte: desaparece todo lo visual a favor de lo *auditivo* y ya no hay más punto de referencia que la voz del Padre que revela su relación con su Hijo en términos de complacencia y amor. La escena ya no acontece *ante* ellos, ahora la nube luminosa los envuelve y cubre como una tienda. Los discípulos están ya dentro de la escena, inmersos en el claroscuro de la nube. Los que al inicio eran sólo espectadores de la luz de la gloria divina, ya no *ven* sino que *oyen*,

la voz se dirige a ellos y les invade un temor que les hace caer rostro en tierra. El imperativo que reciben no es *ver* una imagen fija o medible, sino escuchar una voz que no se sabe de antemano lo que va a decir. Tendrán que fiarse en obediencia, día a día, sin saber dónde les llevará ni cómo la encontrarán.

En un **tercer** momento, sus cuerpos postrados son tocados por Jesús que les invita a levantarse (el mismo verbo de la resurrección) y a no tener miedo. Es como si ya hubieran participado de la muerte. El efecto final es que salen de su postración y se ponen en pie gracias a Jesús, dispuestos a reemprender el camino.

2.3. ... como Palabra para hoy

El pasaje inmediatamente anterior a la transfiguración, el del anuncio de la pasión y la resistencia de Pedro, nos recuerdan la imposibilidad de separar los aspectos luminosos de la existencia de los momentos oscuros, el dolor del gozo, la muerte de la resurrección. La contigüidad de las dos escenas parece comunicarnos la paradoja pascual: el inundado de luz es precisamente aquel que atravesó la noche de la muerte y el que accedió a la ganancia por el extraño camino de la pérdida. La narración de la transfiguración nos pone delante dos maneras de ser discípulos: una, empeñándose en acaparar los momentos de luminosidad que proporciona Jesús, haciendo de él un objeto de posesión; la otra, más dura, invita a renunciar al saber que proporciona la visión, remite a la escucha de su Palabra y reenvía al camino.

Lo mismo que los discípulos, también nosotros necesitamos hacer la experiencia de la proximidad del Dios consolador. Si nunca vivimos ese tipo de experiencias, podemos llegar a dudar de la existencia de la belleza y

ver sólo los aspectos opacos de la realidad: la mediocridad que progresa, los cálculos egoístas que sustituyen a la generosidad, la rutina repetitiva y vacía que ocupa el espacio de la alegría y la fidelidad.

El relato de la transfiguración nos invita a evocar momentos de gracia en los que hemos vivido una experiencia de luz y nuestra vida apareció como transfigurada: el amor se convirtió en certidumbre, la fraternidad se hizo palpable y toda la realidad nos habló un lenguaje nuevo de esperanza y de sentido. Son fogonazos momentáneos que nos revelan el sentido del camino de fe emprendido. Evocarlos y reconocerlos como una fuerza recibida para seguir caminando, nos ayuda a continuar la búsqueda paciente de Dios y de su Reino en medio de la oscuridad y la incertidumbre.

Existe mucha gente para quien la realidad está muda, gélida y muerta, y el cristiano está llamado a hacer posible que esas realidades puedan revelar y transfigurar la huella del Dios que las habita.



3. DEJAR RESONAR LA PALABRA

Habla un miembro de la comunidad de Jerusalén

Estábamos pasando por momentos duros en la comunidad de Jerusalén que presidía Mateo. Ya desde los comienzos habíamos sido un grupo mirado con sospecha y críticas por parte de los dirigentes del pueblo judío que no había aceptado a Jesús, pero las tensiones habían ido aumentando y pocos días atrás habíamos sabido que los «seguidores del Nazareno» como nos llamaban, habíamos sido oficialmente excomulgados en la asamblea de Yamnia.

Mateo estaba ausente y entre nosotros habían surgido ciertos problemas de liderazgo, pero era sobre todo la sombra de la calumnia y la persecución la que se cernía como una sombra sobre nosotros. En la fracción del Pan de aquel primer día de la semana faltaron muchos, seguramente por miedo a ser identificados como partidarios de Jesús, y los pocos que habíamos acudido nos sentíamos una insignificante presencia de excluidos en medio de un pueblo al que pertenecíamos, pero que ya no nos aceptaba como suyos.

Natanías propuso que leyéramos el relato de la transfiguración de Jesús, tal como Mateo nos lo había dejado en su evangelio, y asentimos sin demasiado entusiasmo. Ya conocíamos la tradición según la cual Jesús había subido a una montaña alta, el Tabor seguramente, llevándose con él a Pedro, Santiago y Juan (Mc 9,2-13). Eran los mismos que le habían acompañado cuando entró en casa de Jairo y devolvió la vida a su hija, y los que más tarde eligió para estar con él en aquella noche terrible de su oración en Getsemaní.

Todos nosotros, judíos de pura cepa, conocíamos bien las Escrituras y no nos era difícil reconocer todas las alusiones a la historia de nuestro pueblo que Mateo había empleado en su relato: —Si Moisés y Elías estuvieron con el Maestro, quiere decir que Jesús es Aquel de quien hablaron la Ley y los Profetas. ¡Ahora el centro lo ocupa él!

—Dicen nuestros sabios que Elías no murió, sino que fue arrebatado en un carro de fuego (2Re 2,11; Mal 3,23) y que volverá al final de los tiempos. Pienso que Mateo ha querido decirnos que será Jesús quien vuelva envuelto en majestad para juzgar el mundo.

—¿No recordáis cómo también irradiaba luz el rostro de Moisés cuando hablaba con Yahvé en el Sinaí? (Ex 34,29). El Señor hacía sentir la intensidad de su presencia en medio de una nube (Ex 24, 12-18)...

—Seguramente Mateo quiere aludir también al éxodo y al desierto, por eso pone en boca de Pedro lo de «hacer tres tiendas», lo mismo que la Tienda de la Reunión albergaba el arca de la alianza...

—La «montaña alta» y la voz de Dios hablando de su Hijo primogénito, ¿no será para tener presente a nuestro padre Abraham que en el monte Moria estuvo dispuesto a ofrecer a Dios a Isaac, su primogénito? (Gen 22).

—Yo pienso que detrás de Jesús está más bien la figura misteriosa del Siervo de Yahvé del que hablaba Isaías: «*Mirad a mi Siervo a quien sostengo, mi elegido a quien prefiero*» (Is 42,1). Y fueron esas mismas palabras las que se oyeron cuando Juan le estaba bautizando (Mt 3,17).

—Pero también el hijo del hombre que aparece en las profecías de Daniel resplandecía como el sol... (Dan 10,5-6).

De pronto intervino Lisias que no era judío, sino un griego afincado en Jerusalén que había abrazado el Camino y se había bautizado. En su voz notamos una mezcla de apasionamiento e indignación: —¡Vuestros comentarios me hacen pensar que estoy entre un grupo de fariseos que comentan un pasaje de la Torah! ¿Por qué no dejáis de dar vueltas al pasado y os enfrentáis con lo que el relato de la transfiguración nos dice sobre el misterio de Jesús? ¿Cómo es que ninguno de vosotros ha recordado que al bajar de la montaña él ordenó a sus discípulos: «*No contéis a nadie lo que habéis visto hasta que este Hombre resucite de la muerte...?*». Y luego les habló de lo que él mismo tendría que sufrir. ¿No os hace pensar eso que es el Calvario el monte en el que está pensando Mateo? Por un lado responde a la pregunta que se hacían todos los que conocieron a Jesús acerca de quién era él y contesta: «Es el Hijo único del Padre». Pero está sobre todo enfrentándose al escándalo que a todos nos ronda al recordar que seguimos a Alguien que fue crucificado en medio del peor de los fracasos y en un suplicio que sólo merecen los esclavos.

En la cruz Jesús estaba desfigurado, lo mismo que el Siervo de Yahvé de quien leemos que todos apartaban la mirada (Is 53,3). Pero encontramos fuerza para contemplarle ahí gracias a que la gloria futura del Hijo se manifestó por un momento en el Tabor, inundado de luz y participando de la gloria de su Padre. Allí se manifestó algo del esplendor de su divinidad y esa visión es como una luz que nos ayuda a «transfigurar la cruz» que tanto nos escandaliza y nos cuesta aceptar. ¿No creéis que

también le dio fuerza a él? Porque no plantó su tienda en la montaña como quería Pedro, sino que bajó de nuevo al camino que iba a conducirlo a Jerusalén...

Las palabras de Lisias fueron para mí un fogonazo de luz que me hizo sentir como Moisés ante la zarza ardiente, pero ahora no era un hombre solo quien escuchaba la Voz, sino que sus destinatarios éramos todos. Ya no era sólo la zarza la que ardía, sino que todo el monte estaba en llamas. Y las palabras que oíamos venían de Aquel a quien Jesús nos había enseñado a llamar «Padre» y que decía: «*Este es mi Hijo amado. ¡Escuchadle!*».

Me di cuenta de que esa escucha nos daba la llave para descifrar el sentido de lo que estábamos viviendo y conseguía que nuestras tinieblas quedaran invadidas de luz. Los momentos de persecución que atravesábamos se transfiguraban y aparecían como una realidad que tenía en su raíz el leño de la cruz, cargado de un fruto de Vida.

Tomé la palabra para decir: —Hermanos, vamos a orar según la costumbre de nuestro pueblo pronunciando nuestra bendición: ¡Bendito seas Señor, Dios del universo, porque en el rostro transfigurado de tu Hijo nos has permitido descubrir el resplandor de tu rostro tres veces santo!

¡Bendito seas porque nos llamas a acompañar a tu Hijo por el camino de las contradicciones y de la persecución! Y bendito seas por revelarnos la luz que se esconde detrás de la muerte cuando ésta es abrazada con amor.



4. ENTRAR EN LA ORACIÓN DE JESÚS

Padre, ayer en mi oración de la noche, acosado por el dolor que me produce el abatimiento de tantos como voy encontrando en mi camino, repetía en su nombre palabras de los salmos de mi pueblo *Tu, Señor, eres nuestra luz y nuestra salvación, ¿a quien temeremos? Tu eres la defensa de nuestra vida, ¿quien nos hara temblar?* (Sal 27,1-2) *Envíanos tu luz y tu verdad, que ellas nos guen y nos conduzcan hasta tu monte santo, hasta tu morada* (Sal 43,3) *Tu, Señor, enciendes nuestra lámpara, Dios mío, tu alumbras nuestras tinieblas* (Sal 18,28)

Hoy, después de escuchar de nuevo en la montaña tu voz que repetía, como en el momento de mi bautismo *«Este es mi Hijo amado, escuchadle»*, he comprendido una vez más de donde nace esa luz que andaba buscando saberme tu hijo amado es lo que hace irradiar desde lo más hondo de mí mismo una luz que transfigura todo mi ser. Me venían a la memoria, como escritas para mí, las palabras de Isaías *«Aquel día, el vástago del Señor será joya y gloria, fruto del país, honor y ornamento para los supervivientes de Israel. Creará el Señor en el templo del Monte Sion y en su asamblea, una nube de día, un humo brillante, un fuego llameante de noche. Baldaquino y tabernáculo cubrirán su gloria. sea sombra en la canícula, reparo en el aguacero, cobijo en el chubasco»* (Is 4,1-6)

Siento que es eso lo que querría ser para mis hermanos y se que la gloria con que hoy me has revestido no es solo mía, sino suya también. Por eso querría anunciarles *«¡Contemplad a vuestro Dios y quedareis radiantes!»* (Sal 34,6). Atreveos a creer

que vuestro Padre pronuncia sobre vosotros las mismas palabras que sobre mí, acercaos a mí para escucharlas, como los pollitos que se refugian bajo las alas protectoras de su madre

Y a la luz de ese amor tuyo que nos inunda con su claridad, querría decirles las palabras de ánimo del Profeta Baruc *«Despojaos de vuestro vestido de luto y aflicción y revestíos las galas perpetuas de la gloria que Dios os da. Sentíos envueltos en el manto de la justicia de Dios, ceñíos en la cabeza la diadema de la gloria del Eterno, porque Dios quiere mostrar vuestro esplendor a cuantos viven bajo el cielo. Dios os dará un nombre para siempre. «Paz en la Justicia, Gloria en la Piedad» Poneos en pie, hijos, subid a la altura, porque marchasteis a pie, conducidos por el enemigo, pero Dios os hace volver con gloria como llevados en carroza real. Y vuestro Dios os guarde a Israel con alegría a la luz de su gloria, con su justicia y su misericordia»* (Bar 5, 1-8)



5. ELEGIR LA VIDA:

16

**Preferir
a los pequeños**



1. LEER EL TEXTO

Llegaron a Cafarnaún y una vez en casa les preguntó: —¿De qué discutáis por el camino? Ellos callaban, pues por el camino habían discutido quién era el más grande. Jesús se sentó, llamó a los Doce y les dijo: —Quien quiera ser el primero, que sea el último de todos y servidor de todos. Y cogiendo a un niño, lo puso en medio, lo abrazó y dijo: —El que acoge a un chiquillo de estos por causa mía, me acoge a mí; y el que me acoge a mí, no es a mí a quien acoge, sino al que me ha enviado (Mc 9,33-37).



2. RELEER DESDE LA MEMORIA DEL CORAZÓN

2.1. A la luz del contexto bíblico...

Toda la Biblia está atravesada por la preferencia de Dios por los pequeños y los últimos: Abel era menor que Caín, pero era su sacrificio el que complacía al Señor (Gen 4,4); Jacob no era el hijo mayor de Isaac, pero fue a él a quien Yahvé bendijo y a quien prometió: «Yo

estoy contigo; te guardaré adondequiera que vayas, no te abandonaré hasta que haya cumplido lo que te he dicho» (Gen 28,15). Los dos hijos menores de Jacob fueron sus preferidos y ante José se inclinaron todos sus hermanos (Gen 37,7). Moisés era torpe de lengua y Jeremías sólo un muchacho, pero fueron ellos los escogidos por el Señor para ser uno jefe y otro profeta de su pueblo (Ex 4,10; Jer 1,6). David era el más pequeño de su casa y el Señor lo eligió cuando era sólo un adolescente que andaba detrás del ganado (1Sam 16,1-13) y si venció a Goliat no fue con el poderío de su lanza, sino con su honda de pastor (1Sam 17,12-58).

Es significativa la narración de la victoria de Gedeón a Madián:

«Yahvé dijo a Gedeón: —Es demasiado numeroso el pueblo que te acompaña para que ponga yo a Madián en sus manos; no se vaya a enorgullecer Israel de ello a mi costa diciendo: ¡Mi propia mano me ha salvado! Ahora pues, pregona esto a oídos del pueblo: “El que tenga miedo y tiemble, que se vuelva y mire desde el monte Gelboé”. 22.000 hombres de la tropa se volvieron y quedaron 10.000. Yahvé dijo a Gedeón: —Hay todavía demasiada gente; hazles bajar al agua y allí te los pondré a prueba. Aquel de quien te diga: “Que vaya contigo, ese irá contigo”. Y aquel de quien te diga: “Que no vaya contigo”, no ha de ir. (...) Entonces Yahvé dijo a Gedeón: —Con esos trescientos hombres os salvaré, y entregaré a Madián en tus manos» (Jue 7,1-8).

Miqueas sitúa a la pequeña Belén por encima de la soberbia Jerusalén

*«Pero eres tú, Belén Efratá,
la menor entre las familias de Judá,
de donde me ha de salir
aquel que ha de dominar en Israel» (Miq 5,1).*

Las mujeres representan también esa misma condición de pequeñez que permite la manifestación de la fuerza del Señor: Él edificó la casa de Israel a partir de mujeres estériles (Sara, Rebeca, Raquel, Ana...); fue una humilde viuda pagana la que sostuvo la vida de Elías (1Re 17) y cuando los israelitas temblaban bajo la amenaza de enemigos invencibles, despertaron Débora, Yael y Judit, y la altivez de Sísara y Holofernes fue derribada por su mano (Jue 5; Jdy 9-16). Por eso el Salmo proclama:

*«Si el Señor no construye la casa,
en vano se cansan los albañiles;
si el Señor no guarda la ciudad,
en vano vigilan los centinelas» (Sal 127).*

La Biblia conserva la memoria los nombres de muchos hombres y mujeres de los que no ensalza su poder ni su fuerza, sino su capacidad para dejar al Señor actuar en ellos y proclama que la casa de Israel está edificada sobre ellos.

Esta convicción se prolonga en el NT, como contraste con una sociedad donde el *estatus* de los niños era de insignificancia y hasta de cierto desprecio y minusvaloración. Como contraste, *«un niño»* se convierte para Jesús en la manera de designar a los sencillos, humildes y pobres que, conscientes de sus carencias y al no tener otra posibilidad que la de recibir, simbolizaban las actitudes de disponibilidad, receptividad y confianza.

2.2. ... descubrir el texto...

Este pasaje del Evangelio se comprende mejor leyendo el contexto inmediatamente anterior y también lo que sigue. Marcos lo sitúa inmediatamente después del segundo anuncio de la Pasión (Mc 9,30-32), antes de dejar

Galilea para subir a Jerusalén. Ante la pregunta que se hacían los discípulos en torno a quién era el mayor en el reino de los cielos, Jesús responde con un gesto cargado de sentido que ilustra lo que acaba de decir en torno a su final.

«*Se sentó*», dice Marcos: es un detalle que evoca la enseñanza desde una cátedra o lugar de magisterio y, desde ese lugar de autoridad, convoca a los Doce y a los que querían construir el Reino siendo «mayores» y «primeros» para enseñarles que lo que él busca son «últimos» y «servidores». La disposición fundamental en AT era practicar la Ley, «hacer» algo para recibir la justificación. La novedad de la condición revelada por Jesús para entrar en el reino es la de «dejarse hacer», acoger y recibir ese don de Dios como los niños. De ahí la necesidad de «volver a nacer» a este nuevo modo de vivir ante Dios. Hacerse como un niño equivale a lo que en el AT es «convertirse».

«*Llamó a un niño y lo colocó de pie en medio de ellos*». Los discípulos iban buscando ser el centro, pero para Jesús el centro está ya ocupado precisamente por alguien humilde y sin pretensiones, alguien que se sabe dependiente de los mayores y se reconoce necesitado de estar siempre aprendiendo. Un niño no tiene que hacer nada, solamente confiar y dejarse cuidar y querer y por eso rompe la dinámica de la suficiencia y de las pretensiones de dominio y poder.

En el capítulo siguiente Marcos intercala otra escena en la que los niños son los protagonistas y pone en boca de Jesús esta afirmación tajante: «*El reino de Dios pertenece a los que son como ellos*» (Mc 10, 14).

2.3. ... como Palabra para hoy

En el texto paralelo de Mateo a este de Marcos (Mt 18,1-7) hay un cambio significativo de expresión: en vez de decir «niños» dice «pequeños» y este término, más amplio, permite designar a toda persona adulta que ha guardado una actitud de niño en su manera de relacionarse y es capaz de entregar su confianza a otro y de exponerse sin defensas

Vivimos en una sociedad que graba a fuego en nuestra conciencia sus consignas de dominar y triunfar, en la que sólo se pronuncia el nombre de los que suben, de los que son sanos y fuertes, y sentimos la tentación de correr tras ellos, de cimentar nuestra vida sobre lo que sabemos, poseemos o creemos valer, negando en nosotros mismos y en los demás todo lo que suene a debilidad, carencia o límite.

Quizá sin darnos cuenta, hacemos entrar a Dios en ese juego y lo convertimos en un ídolo que se complace en las obras de nuestras manos, en el sudor de nuestra frente cuando trabajamos para Él, en la conducta impecable con que buscamos agradarle. Es un dios que ama si le amamos, que nos premia por nuestros méritos y nos sonríe cuando cumplimos sus leyes.

Las palabras de Jesús nos llaman a una actitud muy diferente: dejar atrás nuestro «personaje», las máscaras tras las que nos escondemos, las defensas con las que intentamos protegernos o los méritos que intentamos acumular. Nos invitan a reconocer nuestra fragilidad y a aceptar nuestro desvalimiento, a abrirnos al asombro del amor de un Dios que nos acoge sin condiciones, como un padre o una madre a su hijo, no porque lo merezcamos, sino porque no puede remediar querernos, porque se negaría a sí mismo si no fuera pura gratuidad.

Acoger su llamada nos permite sentirnos unidos a tantos hombres, mujeres y pueblos enteros olvidados por las crónicas internacionales, pero que son la niña de los ojos de Dios. Y repetir deslumbrados como Jacob: «*Señor: soy yo demasiado pequeño para tanta la misericordia y la fidelidad como has tenido conmigo*» (Gen 32,11).

A partir de ahí podemos preguntarnos si nuestra idea de la vida cristiana va entrando en esta lógica del Reino, que se caracteriza, ante todo, por la *gratuidad de relaciones*, si seguimos viviendo en clave de «puños», «méritos» y «adquisiciones», o vamos aceptando con alegría y agradecimiento que en la relación con Dios todo es don gratuito que no se merece sino que se acoge.

Y examinar también cómo acogemos nosotros a los que nos parecen «pequeños»: ¿con superioridad?, ¿con respeto?, ¿desde la convicción de que ellos son los primeros en el Reino? Porque podemos sentirnos, como los discípulos, deseando lo que Santa Teresa llamaba las «mayorías»: ser el mayor, ser importante, ser el primero... Podemos acercarnos a Jesús, confesarle esos deseos tan diferentes de los suyos y pedirle que nos enseñe, no a imitar a los niños ni a recuperar una inocencia perdida, sino a «nacer de nuevo», a despreocuparnos por nuestras carencias y a ser receptivos y confiados.



3. DEJAR RESONAR LA PALABRA

Habla uno de los discípulos

Hablábamos en voz baja, pero la agitación que demostrábamos y la expresión de nuestros rostros hacían inútil nuestro intento de disimular ante Jesús que estábamos manteniendo una vio-

lenta discusión. Habíamos caminado mucho y nos sentamos a descansar un poco antes de llegar a Cafarnaún. Como casi siempre, un grupo de chiquillos que jugaban por allí, vinieron a curiosar quiénes eran los forasteros y cuando descubrieron que era Jesús, ya no hubo manera de que se fueran. Como había ocurrido en otras ocasiones, nosotros intentamos echarles pero, lo mismo que otras veces, Jesús se opuso y los llamó a sentarse con él a la sombra de otro árbol distinto, para hablar y jugar con ellos sin que les molestáramos. Ninguno de nosotros podía comprender cómo perdía el tiempo con ellos, ni tampoco el extraño magnetismo con que atraía a aquella legión de mocosos impertinentes que no le dejaban en paz, sin que a él parecieran estorbarle lo más mínimo. Desde donde estábamos, les oíamos reírse por algo que Jesús les contaba y que no llegábamos a escuchar. Y por otra parte, nosotros estábamos tan enfrascados en nuestra discusión, que tampoco nos importaba demasiado. Allá él si se empeñaba en gastar su tiempo en semejante compañía.

El tema de nuestra polémica venía de lejos, casi desde el comienzo de nuestro grupo. No fue cosa de los primeros momentos, cuando aún vivíamos bajo el impacto de una llamada que nos había arrancado de nuestra vida ordinaria para convocarnos al seguimiento del Maestro. Surgió en cuanto nos conocimos mejor, cuando nos dimos cuenta de los fallos de cada uno y cuando, a fuerza de escuchar a Jesús hablar del Reino, empezamos a imaginarnos cómo sería y a planear cómo situarnos en él de manera ventajosa.

Al principio no nos atrevíamos a hablar de ello, aunque nos sorprendíamos en actitudes tan recelosas unos de otros que cualquiera podía darse cuenta de las ambiciones, celos y pretensiones que iban anidando en el corazón de cada uno. Más tarde comenzamos a expresarlas en alta voz y, lo mismo que aquella tarde en Cafarnaún, nos enzarzábamos en conversaciones interminables sobre cómo iba a establecerse la autoridad en esa nueva situación que Jesús llamaba «reino» y que todos deseábamos aconteciera pronto. De manera más o menos disimulada, cada cual hacía valer sus propias cualidades y poderes: el

que tenía facilidad de palabra, la usaba para tratar de convencer con sus ideas; el que se consideraba más preparado por haber asistido de joven a una escuela rabínica, ejercía su saber como arma para hacer callar a los más ignorantes; los acostumbrados a trabajar más duramente, despreciaban todo lo que no fuera eficacia y pragmatismo; los de carácter violento («hijos del trueno» los llamaba Jesús), trataban de dominarnos con sus gritos y presumían de ser los más cercanos al Maestro a causa de su parentesco con él. Jesús solía terciar en nuestra discusión con ideas extrañas que ninguno de nosotros entendía, pero en las palabras y los gestos de aquella tarde fue más lejos que nunca.

Habíamos emprendido de nuevo el camino después del descanso, pero aún seguíamos acalorados con una discusión sobre quién de nosotros era el más capacitado para puestos de relevancia en el reino. Jesús se nos había juntado por detrás, rodeado aún de la tropa de niños, y cuando menos lo esperábamos, nos lanzó la pregunta: «¿De qué vais hablando?».

Ninguno de nosotros se atrevió a contestarle, porque era evidente que él ya se había dado cuenta y, como en ese momento estábamos llegando a la casa de Pedro donde nos alojábamos, intentamos desviar la conversación. Pero nos quedamos asombrados cuando vimos que invitaba a entrar también a uno de los niños que le acompañaban y, cuando nos llamó para que nos sentáramos en torno a él, dijo: —Si uno aspira a ser el primero, que se haga el último el servidor de todos. Os lo aseguro: quien no reciba el reino como un niño, no entrará en él... Se quedó un rato pensativo, luego acarició al niño y le despidió para que volviera con los demás.

Nosotros estábamos desconcertados y confusos, como si ahora fuéramos nosotros mismos niños sorprendidos en falta, tan ignorantes y torpes como cuando comenzábamos a aprender a leer. Nadie se atrevió a decir nada en ese momento y la cena transcurrió en silencio, pero aquella noche, tumbados en nuestras esterillas, todos dábamos vueltas sin conciliar el sueño por culpa de aquella lección extraña que habíamos recibido: ¿Qué clase de reino era aquel que nuestro Maestro pretendía

instaurar? ¿En qué cabeza podía haber que en él los más importantes fueran precisamente los últimos? ¿Que futuro cabía esperar de un grupo desprovisto del más elemental realismo, en el que se valoraba lo que a ojos vistas era despreciable e insignificante?

Solo comenzamos a entenderlo después, cuando vimos a Jesús en su pasión abajado, humillado y despreciado, convertido en el último de los hombres. Y cuando en su Resurrección lo sentimos en pie, primer nacido de entre los muertos. Viviente en medio de nosotros, experimentamos lo que era acoger, como los niños, el don que nos hacía el Padre de la Vida en su Hijo resucitado.

Y supimos también que su reino está para siempre unido a la suerte de los últimos y de los pequeños.



4. ENTRAR EN LA ORACIÓN DE JESÚS

Una escena del evangelio de Lucas nos pone en contacto con la experiencia de Jesús de coincidir con el Padre en su preferencia por los pequeños. «En aquel momento, con la alegría del Espíritu Santo, exclamo —¡Bendito seas, Padre, Señor de cielo y tierra, porque, si has ocultado estas cosas a los sabios y entendidos, se las has revelado a la gente sencilla! Sí, Padre, bendito seas, por haberte parecido eso bien. Mi Padre me lo ha enseñado todo, quien es el Hijo lo sabe solo el Padre, quien es el Padre lo sabe solo el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar» (Lc 10 21 22). A partir de esas palabras tuyas, podemos imaginar su oración a partir de diferentes pasajes de la tradición de su pueblo. Hoy he escuchado en la sinagoga estas palabras del Deuteronomio que revelan a todos algo que yo se hace mucho tiempo, desde que comence

a pronunciar tu Nombre que las preferencias de tu corazón están de parte de los pequeños y sencillos, de los que no se apoyan en sus propios saberes o méritos, sino que se confían a tu amor. «*Si el Señor se enamora de vosotros y os elige no fue por ser vosotros más numerosos que los demás, porque sois el pueblo más pequeño sino que por puro amor vuestro, por mantener el juramento que había hecho a vuestros padres, os saco el Señor de Egipto con mano fuerte y os rescato de la esclavitud, del dominio del Faraón, rey de Egipto*» (Dt 7 7)

Junto a ti aprendo día a día, Padre, a reconocerte en los que a los ojos de todos no son poderosos ni importantes y a los que descubro sin embargo a la sombra de tus alas y queridos como la niña de tus ojos. En palabras de Isaías tu profeta, tu eres esa ciudad fuerte con las puertas abiertas de par en par que ofrece abrigo a los desvalidos y por eso ellos pueden confiar siempre en que entrarán en ella con sus pies descalzos y sus pisadas de débiles (Is 26 1 6).

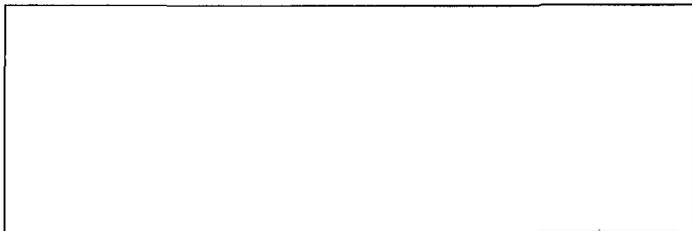
Cuando oro por mi pueblo, no te recuerdo la alianza que has hecho con ellos, ni pronuncio los nombres de sus mejores antepasados. Abraham, Moisés o David. Sino que te digo con las palabras de Amos: «*Ten compasión Señor, ¿cómo va a subsistir Jacob que es tan pequeño?*» (Am 7 2), por eso rezo en su nombre con el Salmo que expresa la fuerza que tiene ante ti la debilidad.

*«Señor, mi corazón no es ambicioso
ni mis ojos altaneros
no pretendo grandezas que superan mi capacidad,
sino que acallo y modero mis deseos
como un niño en brazos de su madre,
como un niño está en mis brazos mi deseo
¡Espere Israel en el Señor ahora y por siempre!»*

(Sal 131)



5. ELEGIR LA VIDA:



17

**Cómo heredar
vida eterna**



1. LEER EL TEXTO

Estaba él saliendo al camino cuando se le acercó uno corriendo, se arrodilló ante él y le preguntó: —Maestro bueno, ¿qué tengo que hacer para heredar vida eterna? Jesús le contestó: —¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno más que uno, Dios. Ya sabes los mandamientos: No matarás, no cometerás adulterio, no robarás, no darás falso testimonio, no defraudarás, honrarás a tu padre, y a tu madre. Él replicó: —Maestro, todo eso lo he cumplido desde joven. Jesús se le quedó mirando con cariño y le dijo: —Una cosa te falta: anda, vende cuanto tienes y dáselo a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo. Después vente conmigo.

A estas palabras, el otro frunció el ceño y se marchó entristecido, pues era muy rico. Jesús, mirando alrededor, dijo a sus discípulos: —¡Qué difícil es que los ricos entren en el reino de Dios! Los discípulos no salían de su asombro ante estas palabras. Jesús insistió: —Hijos, ¡qué difícil es entrar en el reino de Dios! Más fácil es que pase un camello por el ojo de una aguja que no que

entre un rico en el reino de Dios. Ellos quedaron espantados y se decían:

—Entonces, ¿quién puede salvarse? Jesús se les quedó mirando y dijo: —Para los hombres es imposible; pero no para Dios, porque todo es posible para Dios.

Pedro se puso a decirle: —Mira, nosotros ya lo hemos dejado todo y te hemos seguido. Jesús declaró: —Os lo aseguro: No hay ninguno que haya dejado casa, o hermanos o hermanas, o madre o padre, o hijos o tierras, por mí y por la buena noticia, que no reciba en este tiempo cien veces más en casas y hermanos y hermanas y madres e hijos y tierras, con persecuciones y en la edad futura vida eterna. Pero todos, aunque sean primeros, serán últimos, y esos últimos serán primeros (Mc 10,17-31).



2. RELEER DESDE LA MEMORIA DEL CORAZÓN

2.1. A la luz del contexto bíblico...

La pregunta del hombre que se acercó a Jesús (los otros evangelistas añaden que se trataba de un joven) gira en torno a la *vida eterna* y en un primer momento la respuesta lo remite al cumplimiento de los 613 mandamientos de la Torah. Él, a pesar de que reconoce haberlos cumplido, siente que no ha alcanzado *vida eterna* y Jesús ve en él una carencia. Se trata de un planteamiento presente de alguna manera en el Salmo 15 que, además de los 613 mandamientos, parece añadir 11 más.

«Yahvé, ¿quién se hospedará en tu tienda?
 ¿Quién habitará en tu monte santo?
 El de conducta íntegra
 que actúa con rectitud,
 que es sincero cuando piensa
 y no calumnia con su lengua,
 que no daña a conocidos
 ni agravia a su vecino,
 que mira con desprecio al réprobo
 y honra a los que temen a Yahvé,
 que jura en su perjuicio y no retracta,
 que no presta a usura su dinero
 ni acepta soborno contra el inocente
 Quien obra así jamás vacilará.»

No propone un resumen de los mandamientos, sino algo más que se define como «hospedarse en la Tienda del Señor, habitar en su monte santo». Es la tienda del encuentro en la que el Señor hablaba con Moisés como un amigo habla con su amigo (Ex 33,11) y, cuando se trata de existir en su Presencia, los mandamientos se quedan atrás y lo que hay que recorrer es un camino de vida.

El Talmud expresará algo parecido:

Seiscientos trece mandamientos fueron enunciados por Moisés en el monte Sinaí: 365 negativos, correspondientes a los días del año solar y 248 positivos, tantos como el número de órganos del cuerpo humano. Luego vino David y los redujo a 11 (los del Salmo 15). «El de conducta íntegra» es el que como Abraham, obedece la Palabra del Señor: «Camina en mi presencia y sé íntegro» (Gen 17,1). Más tarde vino Isaías que redujo el número de los mandamientos a seis: «¿Quién de nosotros podrá habitar con el fuego consumidor?, ¿quién de nosotros podrá habitar con las llamas eternas? El que anda en justicia y habla con rectitud; el que rehúsa ganancias fraudulentas, el que se sacude la palma de la mano para no aceptar soborno, el

que se tapa las orejas para no oír hablar de sangre, y cierra sus ojos para no ver el mal. Ese morará en las alturas, subirá a refugiarse en la fortaleza de las peñas, se le dará su pan y tendrá el agua segura» (Is 33,14-16). El Profeta Miqueas los redujo a tres: «Se te ha declarado, hombre, lo que es bueno, lo que el Señor reclama de ti: tan sólo que practiques la justicia, que ames de verdad y con ternura y que camines humilde con tu Dios» (Miq 6,8).

De nuevo Isaías los redujo a dos: «Guardad el derecho, practicad la justicia» (Is 56,1). Amós, por su parte, resumió estos dos mandamientos en uno: «Buscadme y viviréis» (Am 5,4). Y finalmente Habacuc los resumió también en uno: «El justo, por fiarse, vivirá» (Hab 2,4).

Para expresar esta relación de intimidad con Dios, la Escritura emplea los términos *heredar* y *herencia*:

«Entonces el Señor sera tu delicia
 Llevaré tu carro a las alturas de la tierra,
 te haré gozar de la heredad de Jacob, tu padre» (Is 58,14)
 «Son mi herencia para siempre tus palabras» (Sal 119,111).

En su respuesta al joven que desea *heredar vida eterna*, Jesús lo invita a seguirle y ese es en el NT el equivalente al deseo del orante del Salmo 73:

«Yo siempre estaré contigo,
 tú agarras mi mano derecha,
 me guías según tus planes,
 me llevas a un destino glorioso (...).
 Dios es la roca de mi espíritu,
 mi lote perpetuo» (Sal 73,26).

Para el NT *heredar vida eterna* es una afirmación clara de que Dios es preferible a todo el mundo y que la suprema felicidad es vivir con Él: «La gracia de Dios es la vida

eterna en Nuestro Señor Jesucristo» (Rom 6, 23). «*Esta es la vida eterna: conocerte a ti, único Dios verdadero, y a tu enviado Jesucristo»* (Jn 17,3).

2.2. ... descubrir el texto...

«*Cuando se puso en camino llegó uno corriendo...*» El encuentro se da en el camino de Jesús hacia Jerusalén y el hombre que viene en su busca (Marcos no da ningún otro dato sobre él al comienzo, va a guardar el «efecto sorpresa» para el final), se acerca corriendo como acuciado por una urgencia inaplazable y se arrodilla ante Jesús con respeto, como si viera en él su último recurso para encontrar respuesta a la pregunta que le urge resolver. No viene a Jesús como otros personajes oprimidos por la enfermedad, sino a partir de una inquietud interior: ¿qué tiene que hacer para heredar vida eterna? No parece preocuparle la vida terrena, tiene resuelta su subsistencia, él pregunta por una vida definitiva, propia del mundo futuro: ¿cómo evitar que la muerte sea el fin de todo, qué hacer para conseguirlo?

Llama a Jesús «*Maestro bueno*», no tanto como reconocimiento de su bondad, sino otorgándole la «excelencia» a la hora de orientarle en el modo de conseguir esa vida que busca. Jesús lo remite a los mandamientos y, cuando él le contesta que los ha cumplido desde su juventud, Jesús fija en él su mirada con cariño, acentuando la comunicación personal y manifestando su afecto por alguien que anda buscando a Dios.

Lo que le responde es algo muy diferente de lo que ha dicho a otros a la hora de invitarlos a su seguimiento: a los discípulos de la primera hora no les pidió que dejaran nada, fueron ellos los que espontáneamente dejaron sus redes o a su padre en la barca (Mc 1,18-20) para emprender una nueva vida; y tampoco a Leví le puso condi-

ción alguna (Mc 2,14). A éste no le dice «*si quieres*», sino que emplea cuatro imperativos: *ve, vende, da, sígueme...*

El joven plantea su inquietud por la vida eterna en términos de *posesión (heredar)* y lo que dice de los mandamientos es que los ha *guardado*. En su respuesta, Jesús emplea sus mismos códigos de lenguaje, pero en otra dirección: no en la del *acrecentamiento, posesión o herencia*, sino en la de la *desapropiación, desprendimiento, vaciamiento y entrega...* Eso es «*lo que le falta*».

La inquietud del joven estaba centrada en *la vida eterna* y Jesús le contesta señalándole *la vida terrena* en la que es posible *vender y dar a los pobres*. Frente a su preocupación por el «más allá», Jesús le señala el «más acá». El camino para conseguir la otra vida (*un tesoro en el cielo*), pasa necesariamente por una manera de usar sus bienes que se concrete en dejarlos en manos de los pobres y seguir a Jesús. «*Una cosa le faltaba*», no para heredar la vida definitiva, sino para realizar en sí mismo el proyecto de Dios, para encontrar la felicidad que no poseía y la plenitud a la que estaba llamado. Todo acceso a un «*tesoro en el cielo*» pasa por un modo concreto de «*gestionar*» el tesoro que se posee aquí «al modo» de Dios. Participar en la vida de Dios, que es en lo que consiste la vida eterna, es participar en su derroche y en su generosidad.

2.3. ... como Palabra para hoy

La pregunta fundamental de nuestra vida es cómo llegar a vivir una vida «*eterna*», es decir, más allá de las limitaciones del tiempo, la fragilidad y la caducidad de las relaciones humanas, una vida plena, honda, desbordante... Los que siguieron a Jesús hicieron la experiencia de estar junto a alguien que vivía así a pesar de haberlo dejado todo. Su único tesoro era la confianza en su Padre y su pro-

puesta era enseñarles a vivir desde la libertad y la alegría que da el desprendimiento y la despreocupación por poseer y acumular. Lo extraño de su sabiduría consistió en afirmar que la vida que buscaban estaba en relación con el *dejar* y no con el *retener*.

Sus palabras desenmascaran todo el poder alienante que se encierra en las riquezas que despiertan en nosotros la necesidad insaciable de tener siempre más. Jesús ha visto en profundidad que el rico corre el riesgo de ahogar los deseos de libertad, justicia y fraternidad presentes en lo más hondo del ser humano. La riqueza endurece e insensibiliza a las necesidades de los demás y, aunque se viva una vida piadosa e intachable, algo esencial le falta al rico para entrar en el reino de Dios. Y algo falla en nuestra vida cristiana cuando somos capaces de vivir disfrutando y poseyendo más de lo necesario, sin sentirnos interpelados por el mensaje de Jesús y las necesidades de los pobres. Los medios de comunicación nos inculcan el mensaje de que a más cosas poseídas, mayor felicidad. En este evangelio, por el contrario, encontramos la constatación opuesta: aquel hombre se quedó con todo lo que tenía pero se marchó entristecido. Podemos preguntarnos cuál de los dos mensajes nos ofrece más garantías de credibilidad.



3. DEJAR RESONAR LA PALABRA

Habla el joven rico

Varias, mi administrador, acaba de comunicarme con satisfacción que la última cosecha de vino ha sido espléndida y que tenemos ya comerciantes de Antioquía dispuestos a comprarla a un precio más alto de lo que esperábamos. Por otra parte, el negocio de pieles que heredé de mi padre es cada día más floreciente

y todos me dan la enhorabuena por ello y me recuerdan, con un tono obsequioso en el que adivino cierta adulación, las palabras de la Escritura que he oído tantas veces de nuestros sabios: «*La fortuna del rico es su plaza fuerte, como muralla inexpugnable es su opinión*» (Prov 18,11) «*La bendición de Yahvé es la que enriquece y nada le añade el trabajo a que obhga*» (Prov 10,22).

Soy consciente de que mi posición económica provoca cierta envidia y también extrañeza ante mis frecuentes crisis de melancolía. «Todos te admiran por tu conducta intachable y además posees todos los bienes que un hombre puede desear», me dicen a veces mis amigos, «y, sin embargo, tu talante es casi siempre sombrío y ausente » Y es que ellos ignoran la causa de la pesadumbre secreta que se alberga en mi corazón y que nunca he confesado a nadie.

Hubo un momento en mi juventud en que viví inquieto y en búsqueda: como hijo de fariseo, estaba habituado desde niño a la observancia escrupulosa de nuestra Ley y nunca quebrante a sabiendas ni una sola de sus prescripciones. Pero dentro de mí bullían la insatisfacción y las preguntas. había oído hablar tanto de la bondad de nuestro Dios, que me parecía imposible que lo único que pidiera de nosotros era un aburrido cumplimiento de normas y leyes. Soñaba con una vida plena y libre pero, cuando preguntaba a algún *rabbi*, sus consejos me exhortaban siempre a *hacer* algo más por Dios y a esmerarme en cumplir hasta el menor de sus mandatos, como agradecimiento a las abundantes riquezas con que había bendecido a nuestra familia.

Como la fama del *rabbi* Jesús se había extendido por toda Judea, decidí acudir a él buscando, una vez más, consejo y orientación. Me dijeron que estaba saliendo de la ciudad, parece ser que en dirección a Jerusalén, y eché a correr hasta alcanzar al grupo con el que caminaba. Cuando me vio llegar se detuvo: yo me puse de rodillas ante él como señal de respeto y para hacerle ver mi deseo sincero de encontrar una salida a mi incertidumbre. —¿Qué tengo que hacer para conseguir la vida eterna?, le pregunté mirándole a los ojos. Y aunque sentí en el acto que de él a mí comenzaba a fluir una corriente de afecto, su res-

puesta me decepciono porque era la misma que habia escuchado ya de muchos otros —Ya sabes los mandamientos Sin embargo, algo me hizo intuir que no era eso solo lo que queria decirme y, ante mi insistencia, me hizo una extrana propuesta —Una cosa te falta anda, vende cuanto tienes y daselo a los pobres, y tendras un tesoro en el cielo Despues vente conmigo

Se apodero de mi el estupor y me senti como un corredor que, de pronto, se encuentra al borde de un abismo O, mejor, ante una encrucijada en la que se le invita a dejar atras todos los caminos ya frecuentados para adentrarse en uno absolutamente nuevo y lleno de incognitas ¿Cambiar el *hacer* que todos me recomendaban por el *des-hacerme* de mis bienes? ¿Dejar atras la seguridad de mis posesiones para emprender la aventura incierta de irme con alguien del que se decia que no tenia ni domicilio fijo? ¿Atreverme a creer una palabra que afirmaba que la vida plena, feliz y desbordante que iba buscando estaba mas en el *dejar* que en el *poseer*? ¿Admitir como verdadera la afirmacion de aquel hombre de que «me faltaba algo», precisamente a mi que habia recitado tantas veces lleno de fe *«El Señor es mi pastor, nada me falta»*?

Me estaba pidiendo que renunciara no solo a mis posesiones materiales, sino tambien a todo aquello que hasta ese momento constituia mi seguridad y mi riqueza y senti vertigo Mire al grupo de sus discipulos era gente ruda y sencilla, con vestiduras descuidadas y sandalias polvorientas, y recorde la solidez de mi hogar, las tierras que sabia me corresponderian en la herencia y la reverencia y el respeto que mi fortuna me otorgaria en el futuro

Tome la decision Me puse en pie lentamente, evitando mirarle, temeroso de que el afecto que habia sentido en su mirada fuera demasiado convincente, y me aleje despacio, consciente de que sus ojos continuaban fijos en mi y de que quiza esperaba que me decidiera a regresar

No lo hice y desde aquel momento no ha habido hora, ni dia, ni ano, en que no me haya arrepentido de ello Vivo sin caer de nada, pero me falta la alegria Soy alguien a quien se

considera y se consulta, pero daria mi vida por haberme hecho discipulo de aquel Maestro que me hablo desde otra sabiduria El dinero, el saber y el poder se han convertido en ataduras tan fuertes que han ahogado mis sueños y me han encerrado dentro de unas vallas que me impiden caminar libre de trabas

Y ya nunca me abandonarán la nostalgia y la añoranza por no haber confiado en la promesa de vida que me ofrecio aquel galileo itinerante que un dia se cruzo en mi camino



4. ENTRAR EN LA ORACIÓN DE JESÚS

«Si prospera vuestra fortuna, no le deis el corazon»
(Sal 62 11-12)

Las palabras de este Salmo vienen a mi corazon esta noche y acompanan mi tristeza despues de haber estado junto a alguien que tenia el corazon entregado a esa fortuna y a quien no he conseguido hacer libre de ella Ha acudido a mi con tanta urgencia y tanto deseo de vivir en plenitud que desde el primer momento me he sentido atraido por su confianza y su receptividad Me ha emocionado escucharle decir que ha guardado todos tus mandamientos desde su juventud y me ha parecido que habia llegado el momento de invitarle a ir mas alla, de proponerle una vida en mi compania, liberado ya de todas sus ataduras, para correr el riesgo maravilloso de compartir con los pobres sus bienes y poner su confianza solamente en Ti

Pero cuando creia que mi propuesta coincidia con lo mejor de su deseo, he visto que su mirada se volvía opaca y temerosa y se ha dado la vuelta alejandose de mi lentamente, casi diria que a pesar suyo, como si unas redes invisibles le tuvieran atrapado y una mano mas fuerte tirara de el en direc-

Un hombre polémico

cion opuesta a mi camino Y una vez mas he comprendido hoy con tristeza, Abba, que la posesion de riquezas es tu verdadero rival, el idolo al que muchos prefieren prestar adoracion, en vez de descubrirte a ti y a tu Reino como su verdadera herencia y su mayor bien Y hacer asi la experiencia del orante que decia *«Has infundido en mi corazon mas alegria que cuando abundan ellos en grano y en mosto»* (Sal 4 9)

Hoy pongo la vida prisionera de ese muchacho en tus manos, Abba, con la esperanza de que algun dia se decida a romper sus ataduras y llegue a proclamar, lo mismo que mis discipulos que lo han dejado todo tan insensatamente y han aceptado recorrer a mi lado este camino de despojamiento y de libertad que es el mio

«Bendito el Senor, que no nos entrego como presa de sus dientes

Salvamos la vida como un pajarito de la red del cazador la trampa se rompio y nosotros escapamos

Nuestro auxilio es el nombre del Senor que hizo cielo y tierra» (Sal 124, 6 8)



5. ELEGIR LA VIDA:



1. LEER EL TEXTO

Llegan a Jerusalén y entrando en el templo, comenzó a echar fuera a los que vendían y a los que compraban en el templo; volcó las mesas de los cambistas y los puestos de los vendedores de palomas y no permitía que nadie transportase cosas por el templo. Y les enseñaba, diciéndoles: —¿No está escrito: «Mi casa será llamada casa de oración para todas las gentes»? ¡Pero vosotros la tenéis hecha una cueva de bandidos! Se enteraron de esto los sumos sacerdotes y los escribas y buscaban cómo podrían matarle; porque le tenían miedo, pues toda la gente estaba asombrada de su doctrina. Y al atardecer, salió fuera de la ciudad (Mc 11,15-19).



2. RELEER DESDE LA MEMORIA DEL CORAZÓN

2.1. A la luz del contexto bíblico...

El gesto de la expulsión de los mercaderes del templo evoca las acciones simbólicas de los profetas, aquellos

hombres polémicos que se atrevieron a abrir brecha en las tradiciones que en Israel parecían intocables y cuestionaron en su tiempo normas, comportamientos, ideas e instituciones inamovibles: criticaron la conducta de los reyes (Am 7,11; Os 8,4; Jer 22,15), compararon a Israel con una ramera y una adúltera (Is 1,21; Os 2; Ez 16), con una paloma atolondrada (Os 6,11), o una borrica salvaje en celo (Jer 2,23), y predijeron para él un terrible futuro de destrucción y destierro (Am 6,7; Is 6,12; Os 5,6-7...); de Sión, la inviolable, dijeron que era una ciudad corrompida (Is 1,21) y anunciaron que el templo, centro vital del pueblo, se convertiría en un montón de ruinas (Miq 3,12; Jer 7,4); se mofaron del culto de los santuarios (Am 5,21-22; Is 1,10-15); minaron desde sus bases los privilegios y el prestigio de gobernantes, sacerdotes, jueces y sabios, dándoles el título insultante de «*príncipes de Sodoma, pueblo de Gomorra*» (Is 1,10).

Por eso fueron rechazados, calumniados, expulsados y perseguidos: a Elías le tildaron de enemigo de su pueblo (1Re 21,20); a Oseas de loco (Os 9,7); a Ezequiel de colplero de amoríos (Ez 33,32). A Isaías no le hicieron caso (Is 7,12), a Amós lo expulsaron de su tierra (Am 7,12) y a Jeremías lo consideraron un embaucador y un traidor (Jer 37,13), se burlaron de él (Jer 20,9) y llegaron a condenarle a muerte (Jer 38,4).

Gran parte de la predicación de Jesús se inserta en esta tradición profética de confrontación con los poderes que oprimían y asfixiaban a los débiles.

2.2. ... descubrir el texto...

El gesto de Jesús se inscribe dentro del talante polémico de muchas de sus palabras y actuaciones: llamó asesinos a los que detentaban la autoridad de su pueblo (Mc 12,1-12)

y les dijo que Dios les ha quitado el reino (Mc 21, 33-46); comparó a sus dirigentes con unos chiquillos insensatos e inconscientes (Mt 11,16-19; Lc 7,31-35); les dijo que eran «una camada de víboras» y malas personas (Mt 12,34); los llamó «gente perversa e idólatra» (Mt 12,39); les echó en cara constantemente su hipocresía (Mt 6, 1-6.16-18; 15,7; 23...), los calificó de «ciegos y guías de ciegos» (Mt 15, 14; 23; 16,19.24), «sepulcros blanqueados» (Mt 23,27), «tumbas sin señal» (Lc 11,44), idólatras (Jn 8,41), insensatos llenos de robos y maldades (Lc 11,39-41), incorregibles (Mt 19,8), aficionados a un culto inútil (Mt 15, 8-9); aseguró que los publicanos y las prostitutas eran mejores que los dirigentes (Mt 21, 31-32) que pasaban por alto la injusticia y el amor a Dios (Lc 11,42); a los escribas les echó en cara que abrumaban a la gente con cargas insoportables, mientras que ellos ni las rozaban con un dedo (Lc 11,46) y denunció que guardaran la llave del saber engañando al pueblo (Lc 11,52); les echó en cara que sólo buscaran honores y no llevaran dentro el amor de Dios (Jn 5, 41-44); les dijo que no conocían a Dios (Jn 8,54-55) y los calificó de ladrones y bandidos (Jn 10,8). Puso en ridículo a los fariseos y su piedad (Lc 18,9-14), lo mismo que ridiculizó a los sacerdotes y levitas que quedaron por debajo de un hereje samaritano (Lc 10,30-47); desacreditó a los letrados ante el pueblo echándoles en cara que «se comen los bienes de las viudas con pretextos de largos rezos» (Lc 20,45-47); y tampoco se libraron los saduceos a los que acusó de no entender las Escrituras (Mc 12, 24). A Herodes lo llamó en público «zorra» y amenazó también a los ricos, a los satisfechos y a los que reían (Lc 6,24-26).

Por todo ello lo consideraron un blasfemo (Mc 2,1-12), un loco (Mc 3,21) que tenía dentro al demonio (Mt 10, 25) y practicaba la magia (Mt 12,24); lo consideraron un comilón, borracho, amigo de la gentuza (Mt 11,19), impostor

(Mt 27,63), subversivo (Lc 23,2), hereje (Jn 8, 48) y falso profeta (Mt 27, 62).

Y finalmente, como era de esperar, su reacción fue la de buscar cómo podrían matarle.¹²

2.3. ... como Palabra para hoy

El texto del enfrentamiento de Jesús con los que convertían la casa de su Padre en una guarida de bandidos, cuestiona nuestros silencios y complicidades ante los atropellos de ese «templo de Dios» que es cada ser humano. Convertidos en espectadores pasivos, no nos atrevemos a cuestionar ni a ofrecer resistencia ante tantos atentados contra la persona (su dignidad, sus derechos, su fama...) que nos presentan como irremediables. Jesús no fue sólo el Pastor que cuidó de su rebaño, también lo defendió de la amenaza del lobo a riesgo de su vida. El cristianismo posee un componente de libertad y de valentía para la denuncia (*parresía* le llamaban en la primera comunidad) que nos empuja fuera de cualquier indiferencia o cobardía: «dar la cara» por alguien significa siempre ponerse del lado de Jesús. Estamos llamados a actuar así en lo de cerca pero con la mirada en lo de lejos, conscientes de dónde nos situamos ante el fenómeno de la globalización...

¹² Cf. J. M. CASTILLO, «Jesús, Profeta de Israel», en *La Iglesia y los Profetas*, Córdoba, 1989, 89-92.



3. DEJAR RESONAR LA PALABRA

Habla Bernabé, un vecino de Nazaret

Cuando subí desde Nazaret a Jerusalén por la fiesta de Pascua, la ciudad era un hervidero de comentarios y en Betania, en casa de los parientes donde me estaba alojando, me enteré de muchas cosas increíbles acerca de Jesús, el hijo del carpintero de mi pueblo:

—Los fariseos se la tienen jurada hace tiempo, me contaron, desde el día en que un sábado, al atravesar unos sembrados, sus discípulos se pusieron a arrancar espigas y a comérselas y qué diréis que contestó Jesús cuando se lo reprocharon: —¿No habéis leído en la ley que, en el templo y en sábado, los sacerdotes quebrantan el reposo sin incurrir en culpa? Pues os aseguro que aquí hay alguien mayor que el templo (Mt, 12,1-8). Y a continuación citó las palabras del profeta Oseas: «*Misericordia quiero, y no sacrificios*» (Os 6,6).

—Pero ha realizado gestos aún más atrevidos, decían otros: hace unos días llegó al atrio del templo que estaba, como siempre, lleno de vendedores de bueyes, corderos y palomas para los sacrificios, formó un látigo con cuerdas y se puso a derribar los puestos y a volcar las mesas de los cambistas. «¡Quitad esto de aquí!», decía, «la casa de mi Padre es un lugar para orar, y vosotros estáis convirtiéndola en una guarida de ladrones». ¿Qué me decís de este gesto tan escandaloso e insólito?

Yo conté también algo que había pasado en Nazaret hacía ya tiempo, cuando levantó una tremenda polémica en la sinagoga. Yo no estaba en Nazaret ese día y por aquel entonces casi no pude creerme lo que me contaban: me parecía imposible que alguien insignificante como aquel hombre, tan semejante a cualquiera de nosotros, originario de un pueblo perdido de Galilea e hijo de un sencillo artesano conocido de todos, se hubiera metido a predicador itinerante y estuviera haciendo y diciendo cosas tan desconcertantes.

Rumores y controversias. Los comensales continuaban hablando sobre él, como si no fueran capaces de centrar su conversación en algo distinto: —Proclama unas extrañas bendiciones en las que declara dichosos a los pobres, los hambrientos y los perseguidos, mientras que se lamenta por la suerte de los ricos, como si, al poner toda su confianza en sus bienes, éstos fueran a llevarlos irremediablemente a la perdición.

—Llama a Dios con una familiaridad que resulta provocadora. Entre nosotros, sólo los hijos emplean el término *Abba* para llamar a su padre; pero él llama así a Dios y eso significa una pretensión de intimidad que nadie puede atribuirse en la relación con el Señor.

Nicodemo, el fariseo que cenaba también con nosotros, intervino con un tono muy diferente que revelaba una secreta admiración por Jesús: —Con él se tiene la sensación de que los tiempos mesiánicos están llegando y que ya no valen parches ni componendas: los pellejos para acoger el vino nuevo tienen que serlo también, no vale la pena ponerse a remendar un viejo manto porque ahora hay que vestirse de fiesta para las bodas del hijo del Rey. Es ahora cuando Dios va a conceder un corazón nuevo y un espíritu nuevo (Ez 36,26), es ahora cuando se inaugura la nueva alianza (Jer 31,31). Pero, por otra parte, su predicación no oculta que la puerta de acceso al Reino es estrecha y que muchos no aciertan a encontrarla, o llevan consigo demasiadas posesiones como para entrar por ella. Cuando se enfrenta con aquellos que impiden el acceso a los demás, se diría que hay en sus palabras el mismo eco del rugido del león que estremeció a Amós.

Algunos piensan que Jesús es un resentido social y por eso ataca a los ricos y defiende a los pobres; otros creen que se ha dejado influenciar por los zelotas y quiere soliviantar al pueblo para que se levante contra los romanos; y hasta algunos dicen que estuvo con los esenios y de ellos aprendió la actitud despectiva hacia el templo. Y seguramente vosotros estáis pensando que Jesús no hace más que seguir el camino de denuncias que abrieron nuestros profetas. Pero hay algo en él que lo hace diferente de todos ellos: en esas terribles diatribas que pronun-

cia, no podreis nunca encontrar ni el mas minimo resentimiento o rastro de odio o enemistad personal Mas bien os aseguraria que, si cualquiera de sus adversarios reconociera su pecado y diera signos de querer cambiar, nadie estaria tan feliz de ello como el propio Jesus En cambio da la sensacion de que el no solo no retrocede ante ese abismo, sino que vive en el con la naturalidad de un niño en los brazos de su madre La palabra de Dios no es para el solamente un fuego que arde en sus huesos, como le ocurría a Jeremias (20,10), sino agua que le da vida y pan que le alimenta, o como la invitacion que el mayor de los hijos ha recibido de su padre de comunicar a los mas pequeños que los espera en su casa con un banquete de fiesta preparado para ellos

A veces habla de ello como si le quemara la impaciencia por acelerar ese momento y quisiera que la sala de ese banquete estuviera por fin llena hasta rebosar, pero otras muchas deja traslucir una espera paciente, como la de quien ha plantado una semilla y sabe que tiene que esperar hasta que crezca y madure

Conocedor del sufrimiento. Era ya muy entrada la noche cuando se marcharon y yo me quede con talante sombrío y una extraña opresion en el pecho Por la mañana alguien trajo a Betania la noticia de que la vispera habian prendido a Jesus y lo habian llevado a casa del sumo sacerdote Caifas El *Sanedrín* que se habia reunido apresuradamente, lo habian condenado por blasfemia y lo habian llevado al palacio de Pilato donde lo estaban juzgando

Sali apresuradamente hacia Jerusalem junto con mi primo y cuando llegamos a la casa del gobernador, cerca del mediodia, nos topamos con un tropel de gente gritando, empujandose y empinandose por encima de los que estaban mas cerca para ver lo que pasaba Nos asomamos nosotros tambien y, en ese momento, vimos a Jesus no lo hubiera reconocido nunca si no hubiera sabido que era realmente el y, cada que vez que mas adelante he querido recordar o describir su imagen en aquel momento, no he podido hacerlo mas que empleando las palabras de Isaías

*«No tenia figura ni belleza que atrajera nuestras miradas
Despreciado y evitado de la gente,
un hombre hecho a sufrir, acostumbrado al dolor,
al verlo se tapaban la cara, despreciado,
lo tuvimos por nada a el,
que soporto nuestros sufrimientos
y cargo con nuestros dolores,
le tuvimos por un contagiado,
herido de Dios y afligido
El, en cambio, fue traspasado por nuestras rebeliones,
inturado por nuestros crímenes
Maltratado, se humillaba, no abria la boca,
como cordero llevado al matadero,
como oveja muda ante el esquilador,
no abria la boca » (Is 53,1 12)*

Tambien nosotros nos tapamos la cara, incapaces de seguir contemplando aquella escena estremecedora ni de acompañarle hasta el lugar de la crucifixion Nos volvimos a Betania apresuradamente para que el comienzo del sabado no nos cogiera de camino, y llegamos justo a tiempo para sentarnos a la mesa y celebrar en familia la cena pascual Fue una cena de forzada alegría «Este es el pan de afliccion que nuestros antepasados comieron en el pais de Egipto Quien tenga hambre, que venga y coma Todo menesteroso venga y celebre Pascua Este año somos siervos, el año proximo seremos libres () Es cosa nuestra agradecer, loar, alabar, glorificar, ensalzar, bendecir, exaltar y enaltecer a quien realizo todos estos milagros por nuestros padres y por nosotros Nos saco de la esclavitud a la libertad, de la angustia a la alegría, del duelo a la fiesta, de las tinieblas a la gran luz, de la opresion a la redencion Por ello, entonemos ante el un nuevo cantico ¡Alleluya!»

Y aquella noche aun no sospeche que, con el tiempo, el *Alleluya* que pronunciaban mis labios tendria que ver con la resurreccion del hombre al que acababa de ver arrastrado por las calles de Jerusalem con el travesaño de una cruz sobre sus hombros



4. ENTRAR EN LA ORACIÓN DE JESÚS

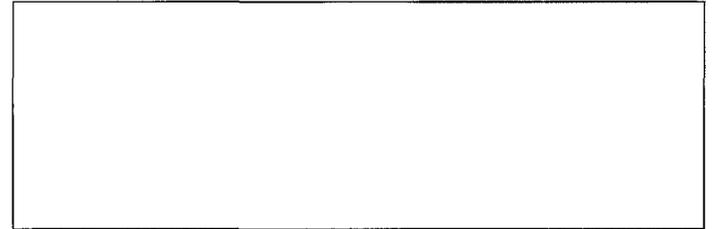
Acércate a Jesús en uno de aquellos momentos en que se retiraba al monte a orar después de alguna de las fuertes polémicas con los fariseos. Quizá en alguno de esos momentos, cuando ya sentía que en torno a él se estrechaba el cerco de la conspiración y de la muerte, acudiría a su corazón y a sus labios este salmo:

*«Escucha, Yahvé, mi causa,
hazme caso cuando grito,
presta oído a mi plegaria,
que no hay doblez en mis labios.
De ti saldrá mi sentencia, pues tus ojos ven lo recto.
Si sondeas mi corazón y de noche me examinas,
si me pruebas al crisol, no hallarás en mí malicia;
mi boca no claudica al modo de los hombres.
Siguiendo tu palabra he respetado
las sendas trazadas, ajustando mis pasos;
por tus veredas no vacilan mis pies.
Te invoco, oh Dios, pues tú me respondes,
inclina a mí tu oído, escucha mis palabras.
Haz gala de tu amor,
tú salvas de los prepotentes
al que se acoge a tu diestra.
Guárdame como a la niña de tus ojos,
protégeme a la sombra de tus alas
de esos malvados que me acosan,
enemigos que me cercan con saña.
Han cerrado sus entrañas,
hablan llenos de arrogancia,
avanzan contra mí, me cercan,
me miran fijo para derribarme.
Son como león ávido de presa,
como cachorro agazapado en su guarida.
Pero yo, por mi inocencia, veré tu rostro,
al despertar me saciaré de tu semblante» (Sal 17).*

Únete a su oración y a la de tantas personas sometidas a la persecución y a la prueba.



5. ELEGIR LA VIDA:



**Ungido
para la vida¹³**

¹³ El título corresponde al libro de Mercedes NAVARRO, *Ungido para la vida*, Estella, 1999, lo mismo que algunas reflexiones de este capítulo.



1. LEER EL TEXTO

Estando Jesús en Betania, invitado en casa de Simón el leproso, llegó una mujer llevando un frasco de perfume de nardo auténtico muy caro; quebró el frasco y se lo derramó en la cabeza. Algunos comentaban indignados: —¿A qué viene ese derroche de perfume? Podía haberse vendido por trescientos denarios para dárselo a los pobres. Y le reprendían. Pero Jesús dijo: —Dejadla, ¿por qué la molestáis? Ha hecho una obra buena conmigo. A los pobres los tenéis siempre con vosotros y podéis socorrerlos cuando queráis; en cambio, a mí no me vais a tener siempre. Ella ha hecho lo que podía: se ha adelantado a ungir mi cuerpo para la sepultura. Os aseguro que en cualquier parte del mundo donde se pregone la buena noticia se recordará también lo que ha hecho ella (Mc 14, 3-9).



2. RELEER DESDE LA MEMORIA DEL CORAZÓN

2.1. A la luz del contexto bíblico...

En el AT la unción consagra y da al ungido la fuerza para vivir un nuevo estado: «Yahvé habló así a Moisés: Toma

aromas escogidos: mirra pura, cinamomo, caña aromática, acacia y aceite de oliva. Prepararás con ello el óleo para la unción sagrada, perfume aromático como lo prepara el perfumista. Este será el óleo para la unción sagrada. Con él ungirás la Tienda del Encuentro y el arca del Testimonio (. .) Ungirás también a Aarón y a sus hijos y los consagrarás para que ejerzan mi sacerdocio. Hablarás a los israelitas, diciendo: Este será para vosotros el óleo de la unción sagrada de generación en generación» (Ex 30,22-31).

La unción describe también la acción vivificadora de Dios: «Tú alzas mi frente como la de un búfalo, derramas sobre mí aceite nuevo» (Sal 92,11). «Me unges la cabeza con perfume, mi copa rebosa» (Sal 23,5).

Del Mesías se dice: «Dios, tu Dios, te ha ungido con perfume de fiesta. A mirra, áloe y acacia huelen tus vestidos...» (Sal 45,8-9), y el perfume derramado es una imagen de la felicidad de la unión fraterna:

*«¡Oh, qué bueno, qué dulce
que los hermanos convivan juntos!
Como unguento fino en la cabeza,
que va bajando por la barba,
que baja por la barba de Aarón,
hasta la orla de sus vestidos» (Sal 133,1-2).*

Así describe Ezequiel la acción de Dios con Israel: «Pasé yo junto a ti y te vi. Era tu tiempo el tiempo de los amores. Extendí sobre ti el borde de mi manto y cubrí tu desnudez; me comprometí con juramento, hice alianza contigo, oráculo del Señor Yahvé, y tú fuiste mía. Te bañé con agua, lavé la sangre que te cubría, te ungué con óleo...» (Ez 16,8-9).

La unción es el signo de consagración de profetas (1Re 19,16) y de reyes: cuando llegó David a la presencia de Samuel, el Señor le dijo: «Levántate y úngelo porque este es. Tomó Samuel el cuerno de aceite y le ungió en medio

de sus hermanos. Y a partir de entonces, vino sobre David el espíritu del Señor» (1 Sam 16,12-13).

Tres mujeres del AT aparecen como destinatarias de una unción de perfume; Noemí aconseja a Rut para su encuentro con Booz : «*Lávate, perfúmame, ponte el manto y baja a la era*» (Rt 3,3); también Ester (2,12) y Judit (16,7) se perfuman a la hora de encontrarse con Asuero y Holofernes respectivamente. En los tres casos en función de una relación prevista en la que juega algo importante para ellas y su familia o para el pueblo judío.

También la novia del Cantar alude al perfume: «*Mientras el rey estaba en su diván, mi nardo despedía su perfume*» (Cant 1,12) y el novio dirá de ella: «*Eres jardín cerrado, hermana y novia mía; eres jardín cerrado, fuente sellada. Tus brotes son jardines de granados, con árboles de incienso, mirra y áloe, con los mejores bálsamos y aromas*» (Cant 4,12-14).

Más adelante, el don del Espíritu no estará ya en relación con la monarquía y será el Siervo quien proclame: «*El Espíritu del Señor está sobre mí por cuanto que ha ungió el Señor y me ha enviado a anunciar la buena noticia a los pobres*» (Is 61,1-2).

Después de la prueba del destierro, la comunidad de Israel que ha recuperado su comunión con el Señor, está marcada por una unción de alegría: «*Tendrán diadema en vez de ceniza, aceite de gozo en vez de vestido de luto, alabanza en vez de espíritu abatido. Y seréis llamados sacerdotes del Señor*» (Is 61,3-6).

Pero será en Jesús donde se cumplirá todo lo que encerraba la promesa de la unción:

«*Dios, a Jesús de Nazaret, le ungió con el Espíritu Santo y con poder...*» (He 10,37).

Los cristianos participamos de esa unción a través del bautismo: «*Es Dios quien nos conforta juntamente con vosotros en Cristo y el que nos ungió y nos marcó con su sello y nos dio en arras el Espíritu en nuestros corazones*» (2 Cor 1,21).

2.2. ... descubrir el texto...

La actuación sanadora de Jesús se inaugura en Marcos con la curación de la suegra de Pedro (1,29-31), y en su última aparición pública antes de la pasión tiene lugar la unción de una mujer en casa de Simón el leproso (Mc 14,3-11).

El personaje de la mujer aparece situado estratégicamente entre dos datos sobre el complot para dar muerte a Jesús: «*Faltaban dos días para la Pascua. Los sumos sacerdotes y letrados buscaban apoderarse de él con una estrategia y darle muerte. Pero decían que no debía ser durante las fiestas para que no se amotinase el pueblo. (...) Judas Iscariote, uno de los Doce, se dirigió a los sumos sacerdotes para entregárselo. Al oírlo se alegraron y se comprometieron a darle dinero. Y él se puso a buscar una oportunidad para entregárselo*» (Mc 14,1-2. 10-11).

Aquellos de quienes más fidelidad podría esperarse (los jefes religiosos y uno de los discípulos de Jesús), están tramando su pérdida, mientras que una mujer anónima va a envolverle en un perfume de fiesta.

En el centro de la trama, junto a un Jesús acosado por los lazos de la muerte, aparece ella claramente situada a su favor. La escena tiene lugar en Betania y no en Jerusalén; el escenario es la casa de Simón el leproso, cuyo nombre se asocia inmediatamente al ámbito de lo impuro y de lo alejado de la santidad. Estamos ante una alternativa al mundo de lo sagrado, lo mismo que ocurría

en el encuentro con la mujer del flujo de sangre (impura por su enfermedad) y la sirofenicia (impura por su condición de pagana).

El anonimato de la mujer permite al lector identificarse con ella y su gesto se inscribe dentro de lo que se espera de un verdadero discípulo:

- En medio de la ceguera de los que rodean a Jesús, ella ha sabido reconocer el momento decisivo que se acerca y ha obedecido su mandato de permanecer vigilante (Mc 13,33).
- No viene a pedir nada, sino a ofrecer gratuitamente, obedeciendo la palabra de Jesús: «*La medida con que midáis la usarán con vosotros*» (Mc 4,24).
- Jesús dirá: «*Id por todo el mundo proclamando la buena noticia a toda la humanidad*» (Mc 16,15). Ella se ha anticipado a ese mandato.
- Jesús había preguntado: «*¿Quién dice la gente que soy yo?*» (Mc 8,27). Ella da su respuesta sin pronunciar una palabra y con su unción lo proclama rey y mesías.
- Su gesto de derroche y vaciamiento la ha puesto en el camino de esa pérdida que, según Jesús, conduce a la ganancia (Mc 8,35).
- Al revés que el joven rico (Mc 10,21), ella parece haber concentrado todo su poseer en el perfume de gran precio y lo ha dado al Pobre por excelencia, a aquel que sólo posee unas pocas horas de vida.
- Como discípula del Hijo del hombre que no ha venido a ser servido sino a servir (Mc 10,45), ella toma el camino del servicio y con su gesto de derramar el perfume se está anticipando al de Jesús en su última cena: «*Esta es mi sangre derrama-*

da por muchos» (Mc 14,24), y cumpliendo el primer mandamiento de amar sobre todas las cosas (Mc 12,29).

- Lo mismo que la viuda pobre que para Jesús ha dado «*todo lo que tenía*» (Mc 12,44), ella hace, según Jesús «*lo que podía*».
- Siguiendo la recomendación de Jesús «*no os preocupéis por vuestra defensa*» (Mc 13,11), deja que sea Jesús mismo quien tome partido por ella ante las críticas de los comensales.

Su gesto y su recuerdo, siguen vivos en la memoria de la comunidad cristiana, junto con todos aquellos hombres y mujeres que tomaron, en un momento de su vida, la decisión del seguimiento¹⁴.

2.3. ... como Palabra para hoy

El relato de la unción plantea una opción: vivir una vida regida por la «lógica del cálculo» (el plano de la eficacia, la medida, la razonabilidad...) o por la «lógica de la gratuidad» (es decir, la esplendidez, el amor generoso...). Y nos descubre también que no existen dos maneras de servir a los demás: a unos (como a Jesús), con perfume; a otros (los pobres), con dinero. Porque Jesús está indisolublemente vinculado a los necesitados de este mundo, él es siempre, como en este texto, «representante de los pobres».

Podemos visualizar nuestra vida como un frasco lleno de perfume que nos ha sido entregado gratuitamente por Dios para que le respondamos con nuestro agradecimiento.

¹⁴ Cf. S. C. BARTON, «Mark as Narrative», *Expository Times* 102, 1991, 231-233.

to y alegría y para que otros muchos puedan participar de ello. Y hacernos conscientes de la tentación que sentimos a veces de retener y guardar todo eso para nosotros mismos, de nuestro temor a perder aquello que consideramos valioso: tiempo, cualidades, recursos..., así como de esa tendencia de medirlo y calcularlo que nos incapacita para entender los gestos de quienes lo entregan todo por amor.

Jesús aparece en todo el Evangelio como «Señor de la desmesura», del derroche, la pérdida y la entrega y seguirle a él supone participar de esa manera de ser suya y entrar en su lógica.



3. DEJAR RESONAR LA PALABRA

Habla Simón el leproso (Mc 14,3-9)

El sonido seco de un frasco golpeado contra el suelo para romper su cuello quebró también el silencio tenso que se había apoderado de los que participaban de mi cena. Hasta el momento en que la mujer entró como una tromba en medio de la sala (aún me pregunto cómo no se lo impidieron mis criados...), reinaba entre nosotros un ambiente, si no festivo, sí al menos cortés y dilatado. En contra del parecer de mis amigos, pertenecientes como yo a círculos fariseos, había decidido invitar a Jesús a mi casa, aunque era consciente de que la polémica que le rodeaba y que había crecido desde su llegada a Jerusalén para la fiesta, más bien desaconsejaba dar pasos de acercamiento a su persona. Pero desde que lo conocí no había podido librarme del extraño influjo, mezcla de atracción y recelo, que ejercía sobre mí.

Aquella noche le noté cansado, más silencioso que de costumbre y con una expresión quizá de decepción en su mirada.

Claro que, teniendo en cuenta el grupo de amigos que lo acompañaba, no me extrañaba demasiado.

Ahora la atención de todos estaba puesta en la mujer que había entrado por sorpresa y estaba derramando un perfume intenso de nardo sobre la cabeza de Jesús. Mi familiaridad con las Escrituras me hizo reconocer en el acto el alcance del gesto: «Lo está ungiendo como a un rey, lo mismo que hacían los Profetas», pensé con asombro. La reacción de los otros comensales, más a ras de tierra, se centró en el aspecto económico, a todas luces escandaloso del despilfarro de perfume, y les oí murmurar con rabia contenida críticas escandalizadas por un derroche que, mejor encauzado, hubiera dado de comer a muchos pobres.

«Lo de menos es el costo del perfume», pensé yo, «lo grave es que una mujer desconocida se atreva a realizar un gesto reservado a los Profetas y que reconozca a Jesús como rey». Aunque, por lo que conocía de él y de su rechazo ante cualquier atribución mesiánica, supuse que iba a reprender a la mujer por su pretensión. Me dediqué a observarle mientras entre sus discípulos y el resto de los invitados continuaba el murmullo de críticas y me di cuenta con sorpresa de que su rostro, antes sombrío y preocupado, estaba ahora iluminado por una profunda emoción que irradiaba de su interior. Se puso en pie situándose ante ella, como si quisiera protegerla del cerco de hostilidad que la rodeaba, y habló con una autoridad y una fuerza que no olvidaré nunca: —¡Dejadla!, ordenó con voz tajante, ha hecho una buena obra conmigo al adelantarse a ungirme para mi sepultura.

¿Sepultura? La palabra me hizo estremecer, a la vez que me revelaba cuál era la interpretación que Jesús estaba haciendo de aquella unción: para él estaba siendo una acción simbólica que le anunciaba su próxima muerte y le avisaba de que su fin estaba cercano. Quizá había visto en aquello una imagen de lo que había sido su vida entera: un derroche, una pérdida, un gastarse gratuitamente, sin cálculo alguno. Y, sin embargo, en la emoción de sus palabras me pareció percibir una confianza inquebrantable en el poder de gestos como el de la mujer, co-

mo los de su propia vida Y una conviccion absoluta de que en ellos se escondia una fuerza secreta capaz de atravesar los siglos y de convertirse, para todos aquellos que quisieran acogerlo, en la buena noticia de ser amados con un amor sin limites

Han pasado muchos años desde entonces y, tras un largo camino de busqueda, esa buena noticia ha llegado hasta mi Ahora soy uno mas en el grupo de los que vamos aprendiendo del Maestro a entregar gratuitamente la vida dia a dia, como el mismo lo hizo Y, segun el prometio, la memoria de lo que hizo aquella mujer continua viva entre nosotros, como si la fragancia del perfume que ella derramo aquella noche siguiera impregnando nuestras vidas



4. ENTRAR EN LA ORACIÓN DE JESÚS

Intentemos adentrarnos en los sentimientos de Jesus en visperas de su pasion a traves de esta oracion que podria ser la suya despues de la uncion de la mujer en casa de Simon el leproso

Mi hora se acerca, Abba, como el momento de un alumbramiento y, como una mujer cuando le llega su hora, me siento angustiado hasta que se cumpla

Pero has sido Tu quien esta noche, en casa de Simon el leproso, me has hecho comprender lo que en este momento quieres de mi vida Estabamos reclinados a la mesa, cuando ha entrado subitamente una mujer llevando un frasco de perfume lo ha roto de un solo golpe seco y ha derramado el perfume sobre mi cabeza El ambiente festivo en que transcurria la cena se ha quebrado lo mismo que el frasco y se ha transformado en tensa indignacion En el ambito cerrado de la sala habia irrumpido una rafaga de libertad, desestabilizando y alarmando a los que pretenden saber siempre

que es lo ortodoxo, lo seguro y lo adecuado Habia que sofocar y reducir aquella amenaza, catalogarla de insensata y echar sobre ella la red de los cazadores, tejida con los hilos envolventes de la utilidad y el dinero «que derroche», «que desperdicio», «cuanto despilfarro», «que afrenta para los pobres»

He sentido, como en tantas otras ocasiones, el viento del Espiritu poniendome en pie y he extendido mi mano para romper la trama con que estaban asfixiando a una hija tuya y sacarla a espacio abierto No tenia mas arma que mis palabras y las he hecho restallar con fuerza, como cuando en el templo volque con un latigo de cuerdas los puestos de los mercaderes He rescatado su gesto, tan excesivo, tan desbordante y carente de medida, tan parecido a tu manera de amar, y le he brindado el juramento solemne de que, alla donde se anuncie la buena noticia, ella sera una profecia viva, una ciudad edificada sobre el monte hacia la que todos miraran para aprender de su gesto, nacido de la gratuidad del amor

Mientras tanto, la fragancia de su perfume habia invadido la casa y lo impregnaba todo Y en ese momento, al mirar el frasco hecho mil pedazos sobre el suelo, he comprendido la parabola silencio sa que Tu me narras esta noche en aquel frasco vacio y roto, esta toda mi existencia, convocada al vaciamiento y a la muerte

Pero junto a el esta tambien tu promesa ese perfume derramado y libre que vas a entregar en mi cuando llegue mi hora, y que va a convertirse, para gloria tuya, en la vida y la alegria del mundo



5. ELEGIR LA VIDA:

20

**Un orante
en la noche**



1. LEER EL TEXTO

Van a una propiedad, cuyo nombre es Getsemaní, y dice a sus discípulos: «Sentaos aquí, mientras yo hago oración». Toma consigo a Pedro, Santiago y Juan, y comenzó a sentir pavor y angustia. Y les dice: «Mi alma está triste hasta el punto de morir; quedaos aquí y velad». Y adelantándose un poco, caía en tierra y suplicaba que a ser posible pasara de él aquella hora. Y decía: «¡Abba, Padre!, todo es posible para ti; aparta de mí esta copa; pero no sea lo que yo quiero, sino lo que quieres tú». Viene entonces y los encuentra dormidos; y dice a Pedro: «Simón, ¿duermes?, ¿ni una hora has podido velar? Velad y orad, para que no caigáis en tentación; que el espíritu está pronto, pero la carne es débil». Y alejándose de nuevo, oró diciendo las mismas palabras. Volvió otra vez y los encontró dormidos, pues sus ojos estaban cargados; ellos no sabían qué contestarle. Viene por tercera vez y les dice: «Ahora ya podéis dormir y descansar. Basta ya. Llegó la hora. Mirad que el Hijo del hombre va a ser entregado en manos de los pecadores. ¡Levantaos! ¡Vámonos! Mirad, el que me va a entregar está cerca» (Mc 14, 32-42).



2. RELEER DESDE LA MEMORIA DEL CORAZÓN

2.1. A la luz del contexto bíblico...

Toda la Biblia, desde Agar y su hijo gritando en el desierto (Gen 21, 16), está plagada de voces que piden auxilio, de llantos de desesperación, de quejas que exigen explicación y consuelo. Algunos protagonistas de estas historias (los menos), encajan silenciosamente la embestida del dolor, pero otros muchos exigen a Dios un cara a cara, una respuesta que dé cuenta de su sufrimiento o su fracaso: el lenguaje de la oración es audaz y se atreve a plantear las preguntas más hondas de la existencia humana. Muchas veces acaba en un puro clamor, o también en un mudo suspiro de la criatura. Ese lenguaje no conoce barreras porque a Dios puede decirse todo: «*¿Hasta cuándo, Señor, pediré auxilio sin que me escuches, te gritaré ¡Violencia! sin que me salves? ¿Por qué me haces ver crímenes, me enseñas injusticias, me pones delante violencias y destrucción?*» (Hab 1,1-2).

«¿Por qué se ha vuelto crónica mi llaga y mi herida incurable? Te me has vuelto arroyo engañoso, de agua inconstante» (Jer 15,18).

«¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado? ¿Por qué no escuchas mis gritos y me salvas?» (Sal 22,2).

«Digo a Dios: roca mía, ¿por qué me has olvidado?» (Sal 42,10).

*«¿Es que el Señor nos rechaza para siempre y deja de brindarnos su favor?
¿Se ha agotado completamente su amor?
¿Se ha acabado su promesa eternamente?»*

*¿Se habrá olvidado Dios de ser compasivo
o habrá cerrado la ira sus entrañas?»* (Sal 77, 8-10).

*«¡Despierta! ¿Por qué duermes, Señor mío?
¿Por qué ocultas tu rostro
y olvidas nuestra miseria y opresión?»* (Sal 44,24).

El desajuste entre el tiempo de Dios y el tiempo humano es una constante en la oración bíblica que se acentúa cuando el orante se encuentra sumergido en el dolor, la persecución o la angustia:

«Señor, te estoy llamando, ¡ven deprisa!» (Sal 141,1).

«¡Apresúrate a socorrerme, Señor mío, mi salvación!»
(Sal 38,37).

*«Yo soy un pobre desvalido, oh Señor, date prisa,
tú eres mi socorro y liberación, Señor, no tardes»* (Sal 70,6).

Otro modo de protesta ante el sufrimiento es «pesarlo y medirlo» y concluir ante Dios que su cuantía es excesiva para ser soportada: *«¡Basta, Señor! Quitame la vida que no soy mejor que mis padres!»* (1 Re 19,4). Una traducción más literal: *«¡Es demasiado, Señor!»*, expresaría la percepción habitual humana ante el sufrimiento, considerado siempre como excesivo y desproporcionado con relación a las propias fuerzas.

Sin embargo, más allá de todo eso, el AT nos ofrece el testimonio de cómo la fe de los creyentes es capaz de atravesar el misterio del sufrimiento: Jeremías, después de sus quejas y desafíos ante Dios, y a partir de la más violenta de sus confesiones (cf. Jer 20,7ss), entra en una etapa mucho más silenciosa en la que su fidelidad a su Dios hasta el final se convertirá en su última palabra. Israel invoca a su Dios con nombres portadores de una profunda convicción: ocurra lo que ocurra, Dios es «de fiar». Es *Emmanuel*, afirma Isaías, un «*Dios-con-nosotros*»

(Is 7,14). Y el último libro del AT lo invoca con un título que expresa la seguridad en que el Dios de Israel, frente a los ídolos de muerte, es un Dios «*Amigo de la vida*» (Sab 11,26). Cuando Jesús en Getsemaní lo invoque como *Abba*, está sostenido por este credo de su pueblo.

2.2. ... descubrir el texto...

Recorrer las distintas secuencias de la narración:

1) Llegada a Getsemaní después de la cena. Los discípulos asociados a su oración son los mismos de la transfiguración y, lo mismo que entonces fueron incapaces de encajar la manifestación de la gloria de Jesús, tampoco ahora sabrán acompañarle en el extremo despojamiento. Están totalmente desorientados y son incapaces de participar en el acontecimiento.

2) El evangelista nos descubre los sentimientos que oprimen a Jesús: «*Triste hasta el punto de morir*». No es que la tristeza pueda llevarle a la muerte, sino que ha perdido toda esperanza humana de escapar y sólo la muerte pondrá fin a su tristeza.

3) Jesús comienza a orar y su oración no es una meditación, ni una entrada en el recogimiento o el silencio: empieza por la invocación *¡Abba!* por la que sale de sí, se dirige a Otro que tiene nombre. No se trata de una visión o un éxtasis, sino del sentimiento de certeza de la presencia y la atención de su Padre.

4) Jesús acude a los discípulos dormidos y se vuelve de nuevo a orar.

5) Al acabar la oración al parecer no ha recibido respuesta, pero lo vemos en pie y yendo al encuentro de los que vienen a detenerle.

2.3. ... como Palabra para hoy

Estamos invitados a entrar en la experiencia de Jesús hecha de agradecimiento, confianza y abandono, y a tomar parte en su seguridad de que todo lo que llega a nuestra vida viene de las manos de un Padre amoroso. La oración en tiempos difíciles será siempre un encuentro entre dos libertades: la de un Dios siempre mayor que nuestras ideas o pensamientos sobre Él y la nuestra, aunque experimentemos dolorosamente nuestra impotencia. Orar como Jesús supone salir de la oración fiándonos sin reservas de la ayuda del Padre, a quien todo es posible y que nos ama.

Aprender de la oración de Jesús supone entrar en una «familia» nueva que se caracteriza por el conocimiento y la práctica de la voluntad de Dios que Jesús revela a los que escuchan su palabra. Supone dejar de organizar la propia vida en función de los propios intereses, para buscar la fuerza en Aquel que, en la situación extrema en la que se jugaba toda su existencia humana, se refirió absoluta y enteramente a Dios y se entregó a Él con una confianza sin reservas.



3. DEJAR RESONAR LA PALABRA

Habla uno de los setenta y dos enviados por Jesús

Desde niño me enseñaron a orar según la tradición de mi pueblo. Muy pronto comencé a acompañar a la sinagoga a mi padre, fariseo convencido, que puso desde siempre todo su empeño en iniciarme en la fe que centraba toda su vida. Creo que casi aprendí a hablar recitando el *Semah*, la oración más sagrada para un judío, y poco después mi padre empezó a enseñarme pacientemente el *Semoné Ezre* o Dieciocho Bendiciones

que pronunciábamos tres veces al día puestos en pie: «*Bendito seas, Señor, Dios del Universo porque...*», y leíamos una serie de motivos de bendición que fijaba nuestra tradición. Yo me daba cuenta de cuánto le gustaba a mi padre escucharme repetir las con mi voz de niño cuando me llevaba el sábado a la sinagoga. A la salida, todos le felicitaban por la esmerada educación religiosa que estaba dando a su único hijo varón. De mayor seguí cumpliendo escrupulosamente con mis deberes de orante, tal como me había sido inculcado y, a la hora de elegir mujer, tuve cuidado de que mi elección recayera sobre una muchacha con la que poder llevar una vida ordenada y religiosa.

Sería largo de contar cómo y por qué nos arrastró a ambos el torbellino levantado por Jesús a su paso por Cafarnaún, la ciudad donde vivíamos, y nunca pudimos explicarnos bien ninguno de los dos por qué nos decidimos a irnos con él. Nos chocaban muchas de las cosas que decía, no conseguíamos encajarlas dentro de las enseñanzas que habíamos aprendido desde siempre, nos extrañaba la familiaridad con que se refería al Altísimo y nos provocaba cierto escándalo su libertad a la hora de orar y su poco respeto por las fórmulas fijadas desde siempre. En cierta ocasión, cuando Andrés le pidió: —Maestro, enséñanos a orar como Juan lo hace con sus discípulos, esperábamos que nos animara a pronunciar con más respeto y atención nuestras oraciones de siempre, pero nos sorprendió una vez más al proponernos:

—Cuando oréis, decid: Padre, santificado sea tu Nombre, venga tu Reino, danos hoy el pan de mañana, perdónanos nuestros pecados como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden...

Nos desconcertó aquella oración tan breve y confiada, tan despojada de complicación y tan diferente de las largas invocaciones que ritmaban nuestra oración de judíos y en el fondo a algunos no nos pareció la más adecuada para expresar nuestra fe. Sin embargo, era tal la atracción que sentíamos por la persona de Jesús que nos quedamos con él y aceptamos la loca aventura de marchar junto con otros a anunciar aquel Reino con el que había logrado seducirnos. —Marchad, nos dijo, yo

os envió como corderos en medio de lobos. No llevéis alforja ni sandalias...

Miré el grupo de los que enviaba: apenas había personas de cierta cultura como nosotros, la mayoría eran hombres y mujeres de dudosa procedencia: campesinos pobres, gente sin domicilio fijo, algún publicano arrepentido... Sin embargo todos nos quedamos asombrados por la inesperada acogida que fuimos encontrando en la gente: teníamos la sensación de que la noticia que les anunciábamos de parte de Jesús era precisamente lo que estaban esperando escuchar y todas las puertas se nos abrieron.

Al cabo de una semana volvimos junto a Jesús y nos pusimos a contarle atropelladamente lo vivido en aquellos días. Nos quitábamos la palabra unos a otros y yo me atreví a decirle: —¡En tu nombre, hasta los demonios se nos sometían! Se echó a reír y siguió preguntándonos y compartiendo nuestro entusiasmo. De pronto, nos dimos cuenta de que su expresión se hacía más grave, como si la alegría le naciera ahora de una fuente más honda, de un lugar secreto de su persona al que los demás no teníamos acceso. — ¡Te bendigo, Padre, le oímos decir, porque has ocultado estas cosas a los sabios y entendidos y se las has revelado a la gente sencilla! Bendito seas por elegir así, Padre...

Hablaba con Dios no como con alguien distante y habitando una lejana esfera celestial, sino con la familiar naturalidad de los hijos que dialogan íntimamente con su madre o su padre. No había desarrollado ningún libro, no había acudido a ninguna oración establecida: sencillamente, había dejado que su alabanza y su alegría brotaran directamente de su corazón y se convirtieran en un manantial de júbilo.

Y fue entonces cuando mi esposa y yo supimos que era así como queríamos aprender a orar, que era esa tranquila confianza con la que deseábamos dirigirnos a Dios, con aquella manera suya de convertir en oración cada encuentro, cada acontecimiento, cada dolor, cada esperanza.

Aquella noche procuramos quedarnos un momento a solas con él y le confiamos el deseo más hondo que nos habitaba:

—Maestro, enséñanos a orar... Nos dimos cuenta de cuánto le alegraba nuestra petición y respondió: —Esta madrugada, veníos conmigo al monte.

Por muchos años que vivamos, jamás podremos contar lo que vivimos aquel amanecer junto a Jesús. Sólo podemos decir que a partir de aquel momento cuando nos ponemos a orar, sabemos que lo único que tenemos que hacer es dejarnos mirar y rodear por la ternura acogedora de Dios y consentir que, de lo más profundo de nuestro ser, brote la invocación que el Maestro nos enseñó a susurrar: ¡Abba, Padre!...



4. ENTRAR EN LA ORACIÓN DE JESÚS

*«Lo que oímos y aprendimos
y nos contaron nuestros padres,
no lo encubriremos a sus hijos,
lo contaremos a la siguiente generación:
las glorias del Señor, y su poder,
y las maravillas que realizó.
Pues él hizo un pacto con Jacob
y dio una instrucción a Israel,
él mandó a nuestros padres
que lo hicieran saber a sus hijos,
de modo que lo conociera
la generación siguiente,
los hijos que habían de nacer,
que ellos sucedieran y se lo contaran a sus hijos,
para que pusieran en Dios su esperanza
y no olvidaran las hazañas de Dios...» (Sal 78,3-6).*

Ha sido de mi madre de quien he aprendido cómo dirigirme a ti, Abba. Desde niño ella me contaba las historias de nuestro pueblo y al presentarme a cada personaje, me hacía ver siempre cómo oraba cada uno de ellos: —¿Te das cuenta de cómo

nuestro padre Abraham vivía siempre en presencia de Dios y le decía en cada momento: «Aquí estoy»? También su siervo Eleazar se puso a orar junto al pozo para pedirle a Dios reconocer a la mujer que Él tenía destinada como esposa para Isaac; y cuando apareció Rebeca, la elegida, se postró adorando al Señor que le había conducido hasta ella... (Gen 24).

Jacob, en Betel, descubrió que el Señor estaba siempre a su lado en cualquier lugar, aunque él no lo supiese (Gen 28,16), y más tarde se atrevió a luchar con Él hasta que consiguió ser bendecido con un nuevo nombre (Gen 32,26-32). Moisés hablaba con el Señor como un amigo habla con su amigo y después de encontrarse con Él, su rostro irradiaba de alegría... (Ex 34,30). A David le debemos nuestros cantos más hermosos y gracias a la intercesión de los profetas el Señor se llenaba de compasión ante los pecados de Israel...

También las mujeres de nuestro pueblo hablaban con el Señor: Sara llena de alegría porque iba a tener un hijo (Gen 21,3) y Rebeca angustiada porque los dos hijos que esperaba se agitaban en su vientre (Gen 25,23); Ana derramando su corazón ante el Señor y pidiéndole que la librara de la vergüenza de la esterilidad (1Sam 1,15) y entonando después un himno de agradecimiento (1Sam 2,1-10); Miryam, la hermana de Moisés, cantando con su tamborcillo a la orilla del mar (Ex 15,21); Débora y Judit proclamando las grandes cosas que el Señor había realizado a través de su pequeñez y debilidad... (Jue 5; Jdt 16).

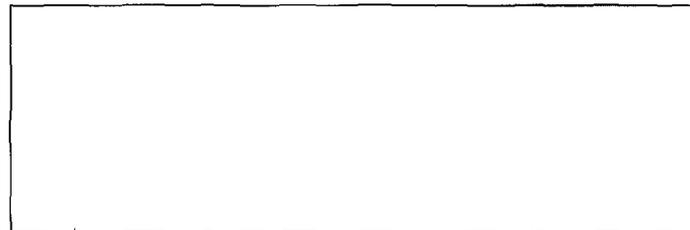
Alguna vez también yo he unido mi cántico al suyo pero otras veces, cuando no comprendo muchas de las cosas que el Señor hace conmigo, ni veo con claridad cómo se realizarán sus promesas, doy

vueltas a los acontecimientos en lo secreto de mi corazón y guardo ahí sus palabras mientras le susurro: —Aquí tienes a tu esclava, que todo suceda como tú quieres...

He tenido una buena maestra, Abba, y quiero darte gracias por ella. Por eso, cuando hace pocos días una mujer exclamó: «*Dichoso el vientre que te llevó y los pechos que te alimentaron!*» (Lc 11,27-28), yo le contesté: —¿Sabes quién es de verdad dichoso? El que, lo mismo que mi madre, acoge la Palabra de Dios y la guarda en su corazón...



5. ELEGIR LA VIDA:



**El juego
de perder-ganar**



1. LEER EL TEXTO

Jesús y sus discípulos salieron para las aldeas de Cesarea de Filipo; por el camino preguntó a sus discípulos: —¿Quién dice la gente que soy yo? Ellos le contestaron: —Unos que Juan Bautista; otros que Elías y otros que uno de los profetas. Él les preguntó a ellos: —Y vosotros, ¿quién decís que soy? Pedro tomó la palabra y le dijo: —Tú eres el Mesías. Él les prohibió terminantemente decirselo a nadie. Y empezó a instruirlos: —Este Hombre tiene que padecer mucho: tiene que ser rechazado por los senadores, sumos sacerdotes y letrados, ser ejecutado y resucitar a los tres días. Y exponía el mensaje abiertamente.

Entonces Pedro lo tomó aparte y empezó a increparlo. Jesús se volvió y, de cara a los discípulos, increpó a Pedro: —¡Ponte detrás de mí, Satanás!, porque no piensas como Dios, sino como los hombres.

Después invitó a la gente a reunirse con sus discípulos, y les dijo: —Si alguien quiere venirse conmigo, que se niegue de sí mismo, cargue con su cruz y me siga, porque si uno

quiere salvar su vida, la perderá, pero el que pierda su vida por mí y por el Evangelio, la salvará. Porque, ¿de qué le sirve a uno ganar el mundo entero si malogra su vida? Y ¿qué podrá dar para recobrarla? Porque si uno se avergüenza de mí y de mis palabras entre la gente esa, idólatra y pecadora, también este Hombre se avergonzará de él cuando venga con la gloria de su Padre entre los santos ángeles (Mc 8,31-38).



2. RELEER DESDE LA MEMORIA DEL CORAZÓN

2.1. A la luz del contexto bíblico...

En el anuncio de Jesús de su pasión, junto con su llamada a tomar la cruz y la sentencia sobre el perder o ganar la vida, resuena el cuarto canto del Siervo de Yahvé (Is 52,13-53,12). Este personaje misterioso había aparecido en tres cantos anteriores del libro de Isaías (Is 42,1-9; 49,1-13; 50,4-9), como alguien que vive una particular calidad de relación con Dios y con el pueblo. Debe llevar a cabo lo que Dios le confía: proclamación alegre de una buena noticia, palabras de aliento al abatido, reunión de los dispersos de Jacob, irradiación de una justicia más vivida en su persona que anunciada. Por eso compromete en ello sus palabras, sus actitudes y sus acciones: esa será su manera de conseguir reagrupar al pueblo del Señor y de llegar a ser luz de las naciones.

En el cuarto canto la situación cambia: si en los otros tres el Siervo es alguien activo que tiene como misión

«dictar la ley a las naciones» (42,1); «hacer justicia lealmente, sin desmayar ni quebrarse hasta implantar en la tierra el derecho» (42,4); «abrir los ojos de los ciegos, sacar del calabozo al preso, y de la cárcel a los que viven en tinieblas» (42,7), ahora el Siervo ya no habla, ni proclama, ni consuela, ni anuncia, ni anima: el encargo que se le había confiado lo realiza «soportando», «aguantando», «cargando con», «traspasado y triturado»... A la palabra del que no quebraba la caña cascada ni apagaba el pábilo vacilante, ha sucedido el silencio total. «Lo que agrada el Señor» se cumple, pero no tanto *por él* cuanto *en él* mismo. Ya no actúa, sólo padece las acciones de otros.

Ahora el texto comienza con palabras de Dios mismo anunciando la exaltación de un personaje desfigurado que va a causar asombro y estupefacción: a partir de 53,1, hasta el V. 6, toma la palabra un «nosotros» coral que va describiendo primero los aspectos más exteriores del Siervo, pasando después a una reflexión más profunda sobre el significado de su sufrimiento: ellos mismos están implicados en el dolor del Siervo. «Despreciado y evitado de la gente, un hombre hecho a sufrir, acostumbrado al dolor (...) pero él soportó nuestros sufrimientos y cargó con nuestros dolores (...) y con sus cicatrices hemos sido curados.»

A partir del V. 7 y hasta el 10, ha desaparecido el «nosotros», y el desconocido que habla ahora no se va a fiar en el beneficio producido, sino en las actitudes del Siervo, en su manera de vivenciar internamente los acontecimientos: «Maltratado, se humillaba, no abría la boca; como cordero llevado al matadero, como oveja muda ante el esquilador, no abría la boca (...) Lo arrancaron de la tierra de los vivos, por los pecados de mi pueblo lo hirieron (...) aunque no había cometido crímenes ni hubo engaño en su boca.»

En los dos últimos versos (11-12), es el Señor quien toma de nuevo la palabra para descifrar el sentido de la

existencia de su Siervo: «Mi siervo inocente justificará a todos (...) porque vació su vida hasta la muerte y fue contado entre los pecadores, cargó con el pecado de todos e intercedió por los pecadores».

En el texto aparecen dos planos o niveles en la relación con el Siervo en cuanto a su condición de «hombre de dolores»: uno de ellos es el de la **apariencia**, que provoca repulsión y rechazo; el de su carencia de belleza y de aspecto humano, que es causa de espanto y distanciamiento. La consecuencia de verle tan hundido por el dolor es juzgarle de un modo severo, que no hace sino seguir la doctrina tradicional: es alguien herido por Dios y por lo tanto castigado. Se le puede despreciar y evitar. Es el prototipo de quien lo ha perdido todo.

Pero, a lo largo del discurso, se produce el descenso al nivel de la **realidad** que se ocultaba debajo de las apariencias: eso que soporta son «nuestros sufrimientos»; eso que aguanta son dolores nuestros; ese castigo que ha caído sobre él lo merecíamos nosotros, son nuestros pecados los que pesan sobre él.

Se ha producido un des-velamiento y la repulsión ha dejado paso a la atracción; la desfiguración se ha convertido en transfiguración. Se confiesa algo insólito y heterodoxo que rompe con la teología imperante: a pesar de su quebrantamiento, Dios estaba de su parte, y eso quiere decir algo tan revolucionario como que la fidelidad y la elección de Dios no se rompen con el sufrimiento y que la bendición no implica necesariamente una vida feliz. El Siervo ha llegado a la ganancia a través del camino de la pérdida.

2.2. ... descubrir el texto...

El texto tiene tres partes: la confesión mesiánica de Pedro (VV 27-30); el primer anuncio de la pasión y resurrección seguidos de la incomprensión y crítica de Pedro (VV. 31-33); la llamada al seguimiento junto con la sentencia sapiencial sobre el *perder/ganar* (VV. 34-38).

En la primera, Pedro responde a la pregunta de Jesús reconociéndole como Mesías, pero en el evangelio de Marcos ese es un título ambiguo al que los adversarios de Jesús dan un significado nacional y político (cf. Mc 15,32.18.26). Jesús responde conminando a sus discípulos al silencio y anuncia la manera concreta en que va a realizarse su mesianismo: los verbos tienen significado pasivo: *paderer, ser rechazado, ser ejecutado* a manos del Sanedrín compuesto por *senadores, sumos sacerdotes y letrados*.

A la reprehensión de Pedro, Jesús reacciona con virulencia: le llama *Satanás*, es decir, tentador, le reprocha su manera «mundana» de pensar y le ordena ponerse detrás (esa sería la mejor traducción del término *opiso*, como un recuerdo a Pedro de que su lugar en la relación con su Maestro no es el de adelantarse a señalarle los caminos que debe recorrer, sino ponerse detrás de él y seguirle).

En la tercera parte el auditorio se amplía: ahora son la *gente* y los discípulos, y la primera frase en condicional: «*Si alguien quiere venirse conmigo...*», pone el seguimiento al alcance de todo el que desee abrazarlo pero con la condición de *negarse a sí mismo*; el verbo, imposible de suavizar, es el mismo que aparece en las negaciones de Pedro (Mc 14,68.70.72).

Imaginemos el asombro de los interlocutores de Jesús, su gesto de rechazo ante semejante exigencia. Por eso, y como si hubiera escuchado esta oleada de protes-

tas, recurre a una máxima sapiencial: «*Porque el que quiera salvar su vida la perderá, pero el que la pierda por mí y por el Evangelio la encontrará...*». El contenido del verbo «*salvar*» según el diccionario es: *conservar sano y salvo, ponerse al abrigo de un peligro, preservarse, escapar, guardar la casa o la fortuna, mantener los propios bienes en buena situación, reservar...*

Y lo sorprendente y escandaloso es que, para Jesús, esa búsqueda de vida a salvo desemboca en todo lo contrario de lo que se pretendía: en «*perder*», es decir: *malo-grar, frustrar, despilfarrar, malgastar, extraviar, sufrir una pérdida, ser arrancado de, morir...* En cambio, el que «*pierda su vida*» (y acepte por tanto ser desposeído de ella), ese «*la salvará*».

Este dicho de Jesús, presente en los tres sinópticos (Mt 16,13-28; Lc 9,22-27), aparece también en el evangelio de Juan después de la sentencia sobre el grano de trigo que, si muere, da mucho fruto: «*El que ama su propia vida, la pierde; en cambio, quien odia su vida en este mundo, la guardará para la vida eterna*» (Jn 12,25). El Apocalipsis nos ofrece una clave para comprender en qué consiste ese *amar/odiar* cuando, hablando de los justos que derrotaron con la sangre del Cordero al que los acusaba día y noche, dice de ellos que «*no amaron tanto su vida que temieran la muerte*» («*odiaron su vida hasta la muerte*», Ap 12,11).

2.3. ... como Palabra para hoy

Si la vida cristiana está configurada por el seguimiento de Jesús, quiere decir que toda ella está afectada por ese dinamismo de *pérdida/ganancia* y todos estamos convocados a entrar en un juego que debería convertirse en una

de las señales de identidad cristiana, algo que la hace diferente de otras opciones de vida. Cristianos serían aquellos hombres y mujeres que, como respuesta a una llamada, **desean pensar y sentir** como Dios mismo y, a causa de Jesús y de su Evangelio y por la **alegría** de haberlo encontrado, están dispuestos a entrar en el juego **perder/ganar**.

No es fácil aceptar que el *negarse a sí mismo* sea una condición inevitable del seguimiento, su condición de verificación, la única a la que se otorga capacidad de autenticar el deseo inicial, y se pide al «candidato a discípulo» de manera tajante y sin rodeos es que se decida a ello. Jesús recurre para «justificarlo» a una especie de sabiduría proverbial, pero se trata de una sabiduría absolutamente novedosa que no ofrece más garantía que un «*por mí y por el Evangelio*», que convierte su persona en la referencia última y definitiva. Recurre al término **ganancia** pero, como en un juego de despropósitos, **pérdida y ganancia** se han intercambiado sus papeles y hay que entenderlas al revés, sin más apoyo ni garantía que la propia palabra de Jesús y su modo peculiar y selectivo de interpretar la vida.



3. DEJAR RESONAR LA PALABRA

Habla un miembro de la comunidad de Roma

La noticia del martirio de Pedro nos había dejado consternados. No hacía mucho que Silvano nos había hecho llegar una copia de la carta que Pedro, desde Roma, había dirigido a los cristianos de la provincia de Asia. Les daba ánimos en los momentos de persecución que les estaba tocando vivir: «*Amigos*

míos, no os extrañéis del fuego que ha prendido ahí para poneros a prueba, como si os ocurriera algo extraño. Al contrario, estad alegres en proporción a los sufrimientos que compartís con el Mesías; así también cuando se revele su gloria, desbordaréis de alegría. Si os escarnecen por ser cristianos, dichosos vosotros; eso indica que el Espíritu de la gloria, que es el de Dios, reposa sobre vosotros» (1Pe 4,12 -15).

Releer de nuevo aquellas palabras, sabiendo que quien las había escrito había seguido a nuestro Maestro hasta dar la vida, nos dejaba sobrecogidos y silenciosos.

Pedimos a Marcos que nos contara cosas de Pedro: él lo conocía bien porque lo había acompañado en su viaje a Roma y había recibido sus confidencias; éramos conscientes de que muchas de las cosas que él nos contaba acerca de Jesús, las había aprendido de labios del propio Pedro. Por eso su evangelio no disimulaba ninguno de sus defectos, fallos o equivocaciones y su figura aparecía llena de contradicciones: por un lado era evidente su apasionamiento por Jesús y la predilección que éste sentía por él, pero eran también evidentes sus intervenciones desacertadas que le hacían merecer con frecuencia fuertes palabras de reconvención por parte del Maestro.

La más severa de todas, a juicio de Marcos, fue la del día en que Jesús había anunciado a sus discípulos el rechazo de que iba a ser objeto: estaba preparándose para que fueran capaces de reconocer su rostro en el dolor y llegaran a comprender que su misterio se revela en la tiniebla del sufrimiento. Aquello fue demasiado para Pedro, algo que echaba por tierra sus sueños de un Mesías poderoso y triunfador y tomó aparte a Jesús para «hacerle razonar». Pero Jesús reaccionó con una particular dureza: —«*¡Ponte detrás de mí, Satanás!, porque no piensas como Dios, sino como los hombres*». A continuación llamó a los otros y comenzó a instruirles acerca de lo que él entendía por «pensar como Dios» o «pensar como los hombres»: «*El que quiera venirse conmigo, que reniegue de sí mismo, cargue con su cruz y me siga...*».

Aquello parecia un juego de despropósitos, *pérdida* y *ganancia* se habian intercambiado sus papeles y había que entenderlas al revés, sin mas apoyo ni garantia que la propia palabra de Jesus y su modo peculiar de interpretar la vida

—Nos estaba proponiendo, recordaba Pedro, un extraño y peligroso juego romper con cualquier busqueda codiciosa y obsesiva de ganar, poseer, conservar y, en lugar de ello, arriesgarlos en un camino inverso de perdida, derroche y entrega Teniamos que estar dispuestos a romper con nuestras ideas y a poner en cuestión casi todo lo que nos daba seguridad Jesus no parecia ignorar el deseo mas hondo que se escondia en nuestro corazon el de vivir, retener y poner a salvo el tesoro de la propia vida Pero parecia ser tambien consciente de lo equivocados que pueden ser los caminos de conseguirlo y por eso se atrevia a proponernos el suyo Era como si nos dijera «Al que se venga conmigo, voy a llevarle a la *ganancia* por el extraño camino de la *perdida* ese es el camino mio y no conozco otro La unica condicion que pongo al que quiera seguirme, es que este dispuesto a fiarse de mi y de mi propia manera de salvar su vida, que sea capaz de confiarmela, como yo la confio a Aquel de quien la recibo La suya sera siempre una vida sin garantia y sin pruebas, en el asombro siempre renovado de la confianza por eso no puedo dar mas motivos que el de “por mi causa”»

No fuimos capaces de entenderlo hasta despues de su muerte y solo a partir de la resurreccion comenzamos a comprender algo de aquel juego de *perder/ganar* Le habiamos visto «jugarlo» a el, dia tras dia, durante todo el tiempo que pasamos a su lado, pero cuando se estrecho el cerco en torno a el, nos dimos cuenta de hasta donde estaba dispuesto a arriesgar Via consciente del peligro que corria y le rondaba la idea de una muerte violenta era lo suficientemente realista como para ser consciente de las consecuencias de lo que hacia y decia y de la hostilidad con que le acechaban

No deseaba la muerte ni la buscaba pero tampoco hizo nada por evitarla y, a pesar de nuestras protestas, nos comunico que habia decidido subir a Jerusalem Despues de su entrada triunfal en ella, las cosas empeoraron y cuando nos reunimos a

cenar la víspera de la Pascua, supimos que aquella comunidad de mesa iba a ser la ultima «*Os lo aseguro no volveré a beber del producto de la vid hasta el dia en que lo beba de nuevo en el Reino de Dios*» (Mc 14,25) Nos estaba anunciando que su final estaba proximo y, junto con ello, su inmovible certeza de que ni siquiera la muerte podria impedir la llegada del reino de Dios Nos ofrecia participar en la copa de su suerte y yo le jure en aquellos momentos que le seguiria hasta dar la vida No sabia que faltaban muy pocas horas para negar que le conocia

Cuando llego la hora todos huimos y el recorrio el camino solo, abandonado de todos No fui capaz de estar a su lado y solo supe llorar amargamente despues de haberle traicionado Fui sabiendo a traves de los rumores que iban y venian por la ciudad como fue perdiendolo todo, como consintio en silencio a que le arrebataran todo, hasta quedarse como el hombre mas despojado y empobrecido de la tierra Al detenerle en el huerto, yo mismo presencie como le privaban de su libertad y desde el patio del palacio de Caifas escuche las risas de los que comentaban en torno al fuego que durante el juicio del Sanedrín habian silenciado a bofetadas lo que el mas amaba proclamar que era el Hijo amado del Padre Aquella noche que paso en el calabozo mientras nosotros estabamos escondidos, fue la mas larga que jamas he vivido al amanecer supimos que le estaban llevando ante Pilato, despojado de todo derecho de defensa Nos dijeron luego que estaba recorriendo las calles de la ciudad vestido con la tunica blanca de los locos y que Herodes se lo habia devuelto a Pilato

El grupo de mujeres que fueron capaces de seguirle cuando volvio a atravesar Jerusalem cargado con el travesaño de la cruz, nos contaron mas tarde que al llegar al montecillo fuera de la muralla ya solo le quedaba el manto y se lo arrancaron antes de crucificarle

Juan, Santiago y yo que le habiamos acompañado aquel dia luminoso del Tabor, preguntamos despues con ansiedad si algo en el rostro del Crucificado, transfigurado ahora como el Siervo sufriente, habia dejado entrever que se sentia, como entonces, envuelto en aquel «sí» de su Padre que lo habia cobijado

durante toda su misión. «Este es mi Hijo amado en quien me complazco» Pero los que fueron testigos de su muerte nos dijeron que hasta la presencia de Dios en aquel momento parecía una ausencia. Y, sin embargo, Jesús, el más desolado de los desolados y oprimidos de la tierra, respondió a aquel silencio doloroso con una irrompible fidelidad desde el seno mismo del infierno. Murió abandonado pero no desesperado y, arriesgando en su juego hasta el final, se atrevió a poner su vida confiadamente en manos de su Padre.

Lo había perdido todo. Todo, menos su incomprensible amor y el inmovible arraigo de su confianza en el Padre. Y esa fue su ganancia.

Cuando Marcos terminó de evocar los recuerdos de Pedro, leyó este fragmento de una carta de Pedro: «*Hermanos, si habéis el bien y además aguantáis el sufrimiento, eso dice mucho ante Dios. De hecho, a eso os llamaron, porque también Cristo sufrió por vosotros, dejándoos un modelo para que sigáis sus huellas. "El no cometió pecado ni encontraron mentira en sus labios", cuando lo insultaban no devolvía el insulto, mientras padecía no profecía amenazas, al contrario, se ponía en manos del que juzga rectamente. El en su persona subió nuestros pecados a la cruz, para que nosotros muramos a los pecados y vivamos para la honradez. "sus llagas os curaron". Andabais descariados como ovejas, pero ahora habéis vuelto al pastor y guardián de vuestra vida» (1Pe 2,20-25)*



4. ENTRAR EN LA ORACIÓN DE JESÚS

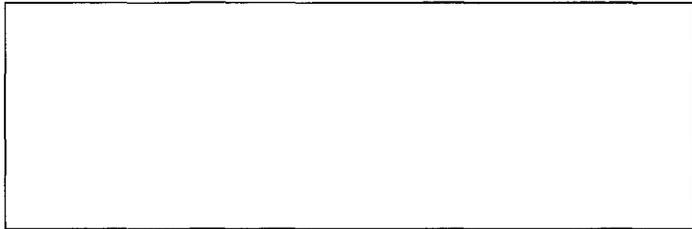
Mateo pone en boca de Jesús en la cruz el comienzo del Salmo 22: *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?*, pero también el 31 puede expresar sus sentimientos a la hora de la prueba. Podemos leerlo traduciendo las situaciones de pérdi-

da que describe y como manifiesta la ganancia y cuál es su fuente. Y unirnos a la súplica de Jesús y a los gemidos de tanta gente sumergida en el sufrimiento.

*«A ti, Señor, me acojo,
no quede yo nunca defraudado,
tu que eres justo, ponme a salvo,
prestame oído, ven aprisa a librarme,
se mi roca de refugio, alcanzar que me salve,
porque tu eres mi peña y mi alcazar,
haz honor a tu nombre, dirgeme y guíame,
sacame de la red que me han tendido,
porque tu eres mi amparo
En tus manos pongo mi vida,
tu, Señor, el Dios fiel, me libraras
Detesto a los que veneran ídolos vacíos,
yo confío en el Señor,
tu lealtad será mi gozo y mi alegría
Te has fijado en mi aflicción,
velas por mi vida en peligro,
no me has entregado al enemigo,
me has dado espacio para moverme
Piedad, Señor, que estoy en peligro
soy la burla de todos mis enemigos,
la urson de mis vecinos,
el espanto de mis conocidos
me ven por la calle y escapan de mí ()
Pero yo confío en ti, Señor,
te digo "tu eres mi Dios"
En tu mano están mis azares,
librame de los enemigos que me persiguen,
muestra a tu siervo tu rostro radiante
y sálvame por tu lealtad»*



5. ELEGIR LA VIDA:



22

**Una tumba
nueva**



1. LEER EL TEXTO

Al caer la tarde llegó un hombre rico de Arimatea, de nombre José, que era también discípulo de Jesús. Fue a ver a Pilato para pedirle el cuerpo y Pilato mandó que se lo entregaran.

José se llevó el cuerpo de Jesús y lo envolvió en una sábana limpia; después lo puso en el sepulcro nuevo excavado para él mismo en la roca, rodó una losa grande a la entrada del sepulcro y se marchó. Estaban allí María Magdalena y la otra María, sentadas frente al sepulcro (Mt 27,57-61).



2. RELEER DESDE LA MEMORIA DEL CORAZÓN

2.1. A la luz del contexto bíblico...

La primera vez que el AT hace alusión a una ceremonia de enterramiento es en la muerte de Sara: *«Murió Sara en Quiryat Arbá (hoy Hebrón), en país cananeo. Abraham fue a hacer duelo y a llorar a su mujer y habló a los hititas:*

—Yo soy un forastero residente entre vosotros. Dadme un sepulcro en propiedad, en terreno vuestro, para enterrar a mi difunta» (Gen 23,2-4). Sigue un detallado relato del regateo entre Abraham y Efrón el hitita hasta ponerse de acuerdo en el precio del terreno y finalmente se cierra el trato de compra: «Abraham aceptó y pagó a Efrón, en presencia de los hititas, el precio establecido: cuatrocientos kilos de plata, pesos comerciales. Y así el campo de Efrón en Macpelá, frente a Mambré, el campo con la cueva y con todos los árboles dentro de sus linderos, pasó a ser propiedad de Abraham, siendo testigos los hititas que asistían al concejo. Después Abraham enterró a Sara, su mujer, en la cueva del campo de la Macpelá frente a Mambré (hoy Hebrón), en país cananeo. El campo con la cueva pasó de los hititas a Abraham como sepulcro en propiedad» (Gen 23,1-20).

La narración tiene una intencionada solemnidad: poseer por fin aquel exiguo espacio de terreno, significaba el comienzo del cumplimiento de lo que el Señor había prometido. De la cueva de Macpelá arranca el arco que irá recorriendo toda la historia patriarcal, el éxodo y la entrada en la tierra, las promesas proféticas, el destierro y el retorno. Una de las instrucciones de Jacob antes de morir será esta: *«Cuando me reúna con los míos, enterradme con mis padres en la cueva del campo de Efrón, el hitita, la cueva del campo de Macpelá, frente a Mambré, en Canaán, la que compró Abrahán a Efrón como sepulcro en propiedad. Allí enterraron a Abrahán y Sara, su mujer; allí enterraron a Isaac y a Rebeca, su mujer; allí enterré yo a Lía» (Gen 49,29-32). El deseo de José en Egipto es recibir sepultura en ese mismo lugar (Gen 50,25).*

La creencia en una vida después de la muerte aparece sólo tardíamente y lo que se piensa es que, cuando alguien muere, el «alma» que hace viva a la persona, vaga como una sombra en el espacio subterráneo del *seol* donde «no

hay ni obra, ni pensamiento, ni saber, ni sabiduría» (Qo 9,10). Es un lugar de silencio, olvido y perdición; lugar de tinieblas sin sufrimiento ni alegría. No hay retribución fuera de esta vida. Este mundo de los muertos es considerado como un lugar alejado de Yahvé: «*En la muerte nadie se acuerda de ti*» (Sal 6,6). El enmudecimiento de la alabanza caracteriza la esfera de la muerte, ya que con ella terminaba la participación del individuo en el culto y los muertos quedaban excluidos de la alabanza. Si el lugar de culto es signo de la presencia de la fuente de la vida, el *seol* representa la esfera de la no vida. La muerte es un poder enemigo con múltiples caras: siempre que se produce una disminución de la vida en forma de debilidad, enfermedad, etc., las garras del *seol* comienzan a apoderarse de la persona y la destrucción de su relación vital con Yahvé se considera el culmen de lo espantoso.

Más tarde aparece la idea de que Yahvé puede arrancar a sus fieles fuera del dominio de la muerte: «*No dejarás a tu fiel conocer la corrupción*» (Sal 16,8); «*Dios rescata mi vida, me arranca de la mano del Abismo*» (Sal 49,16); «*Yo siempre estaré contigo... Para mí lo bueno es estar junto a Dios*» (Sal 73, 24.26), proclaman algunos orantes, intuyendo una victoria de Yahvé más allá de las fronteras de la muerte. Otro salmista confiesa agradecido: «*Tú sacaste mi vida del seol, me llamaste a la vida de entre los caídos en la fosa*» (Sal 30,4). Alguien que se ha sentido alcanzado por las fuerzas de la muerte, agradece la intervención divina que lo ha liberado de lo que amenazaba su existencia.

Job añoraba un encuentro con Dios más allá de los límites de su existencia terrena:

*«¡Ojalá me guardaras en el Abismo
escondido mientras pasa tu cólera
y fijaras un plazo para acordarte de mí!
Cada día de mi servicio esperaba que llegara mi relevo,*

*con nostalgia por la obra de tus manos
tú me llamarías y yo respondería;
entonces contarías mis pasos,
no vigilarías mi pecado,
sellarías en un saco mis delitos
y blanquearías mis culpas»* (Job 14,13-17).

Job desea bajar al *seol* como un paréntesis en su sufrimiento. Su esperanza se funda en el poder salvador del recuerdo divino: el amor creador de Dios tiene su lógica interna y más pronto o más tarde sentirá nostalgia por la obra de sus manos, se retirará su cólera y acordándose del hombre lo hará vivir. Fiel a su creación, se hará redentor y desde ese mismo instante el pecado no le hará retroceder (14,16-17).

Pero será en boca de Ezequiel donde la promesa resonará con mayor fuerza: «*Voy a abrir vuestros sepulcros, os voy a sacar de vuestros sepulcros, pueblo mío, y os voy a llevar a la tierra de Israel. Y sabréis que yo soy el Señor cuando abra vuestros sepulcros, cuando os saque de vuestros sepulcros, pueblo mío. Infundiré mi espíritu en vosotros y viviréis...*» (Ez 37, 12-13).

2.2. ... descubrir el texto...

El protagonista activo de todo el texto es el hombre de Arimatea de quien Mateo informa que era *rico* y se llamaba *José*. Es él quien realiza todas las acciones: *llegó, fue a ver, pidió, se llevó, envolvió, puso, rodó, se marchó*. Cada una de ellas supone un riesgo para él y están sustentadas por su condición de *discípulo de Jesús*. Durante la vida de éste, José no había aparecido en relación con él, pero ahora sale de la sombra convocado por el destino final de Jesús y realiza una obra importante: el último servicio a un ajusticiado, cediéndole su propio sepulcro.

Tiene que apresurarse a cumplir la norma establecida por el Deuteronomio: es víspera de sábado y «*Si un sentenciado a pena capital es ajusticiado y colgado de un madero, su cadáver no quedará en el madero de noche; lo enterrarás aquel mismo día, porque Dios maldice al que cuelga de un madero y no debes contaminar la tierra que el Señor, tu Dios, va a darte como heredad*» (Dt 21,21-23).

José no reaparecerá en los relatos de la resurrección y aquí lo vemos personificando la convicción de que la muerte ha salido una vez más victoriosa: el cadáver de Jesús yace envuelto en una sábana, símbolo de mortalidad, y, al rodar la losa, José está enterrando su propia esperanza y la de los discípulos.

El cuerpo de Jesús, objeto pasivo que recibe todas las acciones, es el centro silencioso de todo el relato y en él se concentra la mirada de quien lo lee o escucha.

Otros dos personajes, *María Magdalena y la otra María sentadas frente al sepulcro*, son los portadores de la memoria del Crucificado. Moisés no había podido contemplar la gloria divina y se puso cerca de Dios, no frente a Él (Ex 33,18). Ahora las mujeres contemplan la gloria divina en el amor entregado hasta la muerte.

2.3. ... como Palabra para hoy

*«Todo tiene su sazón, todas las tareas bajo el sol:
tiempo de nacer, tiempo de morir;
tiempo de plantar, tiempo de arrancar;
tiempo de abrazar, tiempo de desprenderse;
tiempo de hacer duelo, tiempo de bailar»* (Qo 3, 1-4).

Se diría que José de Arimatea y las mujeres sentadas junto a la tumba de Jesús están viviendo esta sentencia de Qohélet: para José es tiempo de hablar, para ellas, de ca-

llar; para José, de realizar los ritos de enterramiento; para ellas, tiempo de permanecer quietas y sentadas como testigos ahora silenciosos del crucificado, muerto y sepultado. Pero llegará también para ellas el tiempo de tomar la palabra para anunciar al Viviente.

Como estos protagonistas de la escena de la sepultura de Jesús, también nos vemos implicados en la realidad de la muerte y ante ella no podemos hacer más que los sencillos gestos de la despedida, las lágrimas, la compañía y el silencio. Pero lo mismo que ellos estamos también *al caer la tarde* de la víspera de la Pascua definitiva y nuestros ojos han contemplado el costado abierto del Crucificado del que mana el agua de la Vida.

Y eso nos hace capaces de permanecer junto a las tumbas de nuestro mundo, sabiendo que la muerte no tiene la última palabra.



3. DEJAR RESONAR LA PALABRA

Habla Rut, la mujer de José de Arimatea

Cuando la víspera del sábado llegó José y me comunicó con satisfacción que aquella misma tarde había cerrado el trato de compra del terreno, no pude disimular mi disgusto. Desde el momento en que me habló del proyecto de adquirir una propiedad fuera de las murallas y me pidió que le acompañara a visitarlo, estuve en desacuerdo. Y no porque no pudiéramos permitirnos el gasto, sino porque encontré que estaba demasiado cerca del promontorio rocoso de una antigua cantera abandonada, precisamente el sitio donde tenían lugar las ejecuciones de los condenados a crucifixión.

He nacido en Jerusalén, procedo de una familia farisea muy estricta y la sola proximidad de un cadáver, aunque sea de lejos, me inspira un enorme temor de caer en impureza.

Mi esposo nació en Arimatea, un pueblo de Judea, y aunque también es fariseo, simpatiza con corrientes rabínicas más abiertas y tolerantes y no parecía importarle mucho el emplazamiento. Por eso intenté convencerme de las ventajas que tenía la adquisición de un terreno tan cercano a la ciudad en el que podríamos excavar espacio para una sepultura.

Aun somos jóvenes y tomar ya precauciones para el enterramiento tampoco me parecía necesario, así que discutimos mucho tiempo hasta que terminamos bromeando sobre cuál de los dos sería el primero en estrenar la sepultura. Que lejos estábamos entonces de saber para quien estaba destinada.

Recuerdo de manera especial aquel sábado después de la compra. José leyó en presencia de nuestros tres hijos el texto sobre la compra por parte de Abraham de un campo en Hebrón para enterrar a Sara (Gen 23). Al terminar, nos hizo caer en la cuenta de cómo aquella minúscula parcela de tierra fue la primera propiedad de Abraham en Canaán y como en ella se encerraba, como en una semilla, el cumplimiento de la promesa que el Eterno, bendito sea, había hecho a nuestros padres.

Reconozco que el recuerdo de Abraham y su preocupación por poseer al fin un terreno propio para enterrar a Sara, disipó casi todos mis celos con respecto a la compra del campo y hasta fui a visitarlo cuando estuvo excavada la tumba para que José pudiera mostrarme con orgullo la enorme piedra que había hecho tallar para cerrar la sepultura.

Un encuentro desconcertante. Unos días después él llegó a casa casi sin aliento. Me dijo algo confuso acerca de un encuentro inesperado con un pariente lejano de Arimatea y durante la cena lo encontré distraído y nervioso, como si su pensamiento estuviera en otra parte. Solo cuando se acostaron nuestros hijos se decidió a contarme lo que en realidad le había ocurrido: había estado escuchando, por casualidad, las palabras que un tal Jesús, un galileo de Nazaret según había sabido después, dirigía a un grupo de campesinos y pescadores sentados a la orilla del lago. Les hablaba sentado tranquilamente en una barca amarrada a la orilla y aunque al principio se había acercado a es-

cuchar movido por la curiosidad, se había quedado impresionado por la atención con que le escuchaba el gentío y el poder de convocatoria que tenía aquel hombre con aspecto de no ser más ilustrado ni más culto que ellos.

Aquella noche no le di mayor importancia, y solo comencé a preocuparme cuando en los días que siguieron José volvió a llegar tarde y a mostrarse pensativo y silencioso. Oí rumores sobre Jesús en el mercado y comencé a intuir que José había entablado relación con él y no me decía nada por temor a preocuparme. De hecho, ya era pública la oposición que Jesús despertaba en medios fariseos y se comentaban las polémicas que desencadenaban sus actuaciones y sus palabras, que yo encontraba de una provocación y un atrevimiento escandalosos. A José no parecía ocurrirle lo mismo y me contó que, como le había defendido delante del Consejo, comenzaba a sentir por parte de este recelo y ocultas censuras.

Un sábado diferente. Al empezar la primavera me trasladé, como de costumbre, a la casa que poseemos Cafarnaún y él se quedó en Jerusalén con el pretexto de algunos negocios. Antes de Pascua llegó inesperadamente a Cafarnaún y, cuando nos quedamos solos, me anunció con una gravedad desacostumbrada que tenía que decirme algo que quizá yo no iba a comprender en un primer momento. —He invitado a la cena del pasado sábado en nuestra casa a Jesús y su grupo, y necesito compartir contigo lo que he vivido en esa noche. Le mire horrorizada porque una de las cosas que había oído de él es que se sienta a la mesa con recaudadores, soldados romanos, comerciantes de todas clases, cambistas, traficantes y hasta mujeres de mala vida. Al darse cuenta de mi sobresalto, cogió mi mano como si intentara darme fuerza para lo que iba a seguir escuchando. —Rut, algo absolutamente nuevo está comenzando y, como quiero que tú participes de ello, voy a intentar explicártelo de una manera que los dos podemos entender. Sentado en aquella mesa, he vivido el sábado más verdadero, el más festivo y alegre de los que he celebrado en mi vida. ¿Recuerdas cuántas veces he leído a nuestros hijos el texto del Éxodo para hacerles comprender que una de las finalidades del sábado no es cumplir

con mil estrechas prescripciones, como enseñan algunos escribas, sino como dice el libro del Exodo «*que descanse tu esclavo* » (Ex 20 8 11)? Hasta ahora yo me habia creido un hombre libre y consideraba esclavos a otros, pero esa noche he caido en la cuenta de que llevaba una carga invisible sobre mis hombros la de mi pretendida dignidad y posicion que me hacia sentirme superior a los otros, la de sentirme portador de unas obligaciones para con Dios que, sin darme cuenta, han ido doblando mi espalda y me han situado ante el como un siervo y no como un hijo Pero hoy, inesperadamente, alguien ha retirado ese peso de mis hombros, lo mismo que el Señor libero de la espuerta cargada de ladrillos a nuestros antepasados en Egipto

Un fariseo deslumbrado. Jose continuaba su descripcion de Jesus —Hay algo en el que hace caer el fardo del «personaje» que cada uno llevamos a cuestas y su manera de tratar a cada uno como un principe, o mejor, como un amigo, consigue que los que le rodean experimenten la libertad asombrosa de no estar atados a ninguna jerarquia social, religiosa ni economica, ni a normas de pureza o de legalidad El no lleva encima ninguno de esos pesos abrumadores que nos han ido imponiendo los que se han apoderado de la Torah y de la conciencia de nuestro pueblo habla de Dios con la misma espontaneidad y confianza con que nos hablan a nosotros nuestros hijos y dice que es asi como su Padre desea que le tratemos

En medio de la cena he sentido que lo que estabamos viendo era precisamente el verdadero signo que Dios busca ver a sus hijos e hijas reunidos en torno a una mesa en la que han desaparecido todas esas divisiones y clasificaciones que nos separan y alejan unos de otros Nada de eso existe para Jesus, y su sola presencia derrite cualquier pretension de superioridad o inferioridad, dejando lugar a una corriente de afecto y de respeto entre iguales

Como tu no estabas para encender las velas, fue Miryam, una mujer de Magdala, quien lo hizo Ahora pertenece al grupo de los seguidores de Jesus a pesar de un pasado oscuro que casi todos conocemos y, a medida que iba prendiendo cada una de ellas y se iba iluminando la sala, pense que era su propia vida la

que habia salido de las tinieblas porque la aceptacion y la acogida de Jesus la han inundado de luz Rut, esa luz que aguardabamos, la de Abraham y Moises, la de David y Salomon y el profeta Elias, ha llegado hasta nosotros

La vision de una ex prostituta encendiendo las velas del sabado en el candelabro de mi propia casa me habia paralizado de tal manera que me sentia incapaz de seguir escuchando a mi esposo Pero el continuaba hablando, ajeno a mi incapacidad para seguirle —Ha aparecido alguien cuya palabra y presencia nos devuelven el verdadero orden sonado por Dios, y nos sienta en una mesa en la que hay lugar para todos y nadie queda excluido Mientras cenabamos la otra noche, recuerde lo que leemos en la historia de Jose «*Un hombre lo encontro cuando estaba perdido por el campo y le pregunto —¿Que buscas? El dijo —Busco a mis hermanos Dime, por favor, donde estan pastoreando sus rebanos*» (Gen 37,15 17)

Si alguien le hiciera esa pregunta a Jesus, contestaria lo mismo que nuestro padre Jose solo va buscando a sus hermanos, como quien tiene una noticia extraordinariamente buena que comunicar y le fuera la vida en que todos lo supieran Hasta ahora yo habia leido y oido explicar a los rabinos que el exilio significa la situacion de los que viven privados de memoria y de voluntad y que, para salir de su destierro, necesitan que alguien les revele su origen y su identidad y les recuerde cual es su verdadera tierra Eso es lo que el hace, Rut, y como un pastor que silba a su rebaño disperso, nos va conduciendo hasta esa fuente tranquila en que cada uno reencuentra su nombre

Y misteriosamente, al hacerlo, no ejerce ningun tipo de dominio o de presion sobre los que le rodean Sus discipulos le llaman «Rabbi» y «Senor», pero ninguno de esos titulos parece añadirle nada, ni otorgarle ningun privilegio, al revés le observa durante la cena y ve que, cuando a alguien de la mesa le faltaba algo, no esperaba a que vinieran los sirvientes, sino que se levantaba el mismo a buscarlo

Y tambien hace notar de muchas maneras cuanto nos necesita, como un rey que no lo seria si no tuviera vasallos, o mejor,

como un pastor que, al nutrir a su rebaño, gana él mismo para comer, sabiendo que cada uno hace vivir al otro, en una reciprocidad que destierra cualquier superioridad

En la sobremesa, después que recitamos el *Shema*, nos comento la frase «*Amarás al Señor tu Dios con todas tus fuerzas*» y dijo —Se nos pide amarle con esa forma de amor que hace estallar todas las categorías del corazón y de la razón. Haz lo que puedas, y después, haz un poco más, aprende a ir más allá de tus límites

En ese momento, interrumpí agriamente el discurso de mi esposo: —¡Yo sí que he llegado más allá de mis límites, José! No puedo escuchar ni una palabra más de esta sarta de disparates que estás diciendo. Tú que no has bebido nunca hoy pareces estar completamente ebrio y es mejor que no sigas hablándome de ese Jesús que te está haciendo perder la sensatez y el buen juicio. Me miró entristecido y decepcionado, se encerró en un profundo mutismo y nos fuimos a dormir, aunque ninguno de los dos pudo conciliar el sueño. Yo lo conseguí de madrugada y, cuando me desperté, un sirviente me comunicó de su parte que se volvía a Jerusalén y me pedía me quedara en Cafarnaúm con nuestros hijos durante la Pascua, porque temía que en esos días sucedieran acontecimientos desagradables.

Una tumba junto a un huerto. Supuse que se refería a Jesús y no me equivocaba. No obedecí su consejo porque lo quiero demasiado como para dejarle solo precisamente en los momentos difíciles que intuía iban a llegar. Dejé a los niños en casa de unos parientes y me uní a un grupo de peregrinos galileos que se dirigían a Jerusalén. Nunca me arrepentí de haberlo hecho: durante tres largos días de camino, tuve tiempo de reflexionar sobre todo lo que José me había contado y en mi corazón en sombras comenzó a aparecer una débil luz. «Cómo no había sido capaz de comprender los sentimientos de José, su deslumbramiento, su fascinación por Jesús? Algo debía haber en el cuando había ejercido una atracción tan poderosa sobre un hombre tan prudente y ecuanime como mi esposo. ¿Por qué no fiarme más de su actitud y aceptar conocerle por mí misma?

Llegue a Jerusalén la víspera de la fiesta, un poco después de la hora nona, con el tiempo justo para hacer los preparativos del

sábado más solemne del año. José no estaba en nuestra casa y los sirvientes me dieron atropelladamente la noticia de que habían prendido, juzgado y crucificado a Jesús, que José había mantenido una discusión violenta con los otros miembros del Sanedrín y que, por su cuenta y riesgo, se había dirigido al palacio de Poncio Pilato para pedir al gobernador el cadáver de Jesús para enterrarlo. Contaba con poder ejercer sobre él la presión suficiente como para que accediera a su demanda, si no desde su condición de judío respetado, al menos desde su posición económica

Supé inmediatamente dónde tenía que dirigirme, segura de que era en nuestra sepultura nueva donde José había pensado enterrar a Jesús. Me dirigí hacia allí a toda prisa y llegué en el momento en que estaban introduciendo dentro el cadáver. José se emocionó al verme más de lo que ya estaba y me abrazó en silencio mientras me conducía al interior. Una mujer que supuse era la madre de Jesús, tenía sobre sus rodillas el cuerpo de su hijo y, con increíble entereza e infinita ternura, le limpiaba del rostro la sangre reseca para cubrirlo después con un sudario. José envolvió entonces el cuerpo en un lienzo de lino que reconocí como tejido por mí, lo depositó con cuidado sobre la losa de mármol y todos salimos lentamente del sepulcro. Fue también José quien hizo rodar la enorme piedra que servía de puerta y todo el grupo se fue separando para dirigirse al interior de la muralla. Acababa de sonar el primer toque del *sofar*, el cuerno que anunciaba la llegada de la fiesta solemne de la Pascua



4. ENTRAR EN LA ORACIÓN DE JESÚS

«Vuélvete, Señor, pon a salvo mi vida, salvame por tu misericordia que en el reino de la muerte nadie te invoca y en el abismo, ¿quien te da las gracias?» (Sal 6,5-6).

Uno de mis discípulos ha recordado las palabras de este salmo cuando nos dirigíamos a Betania,

después de saber que Lázaro había muerto y Nicodemo que nos acompañaba y es muy versado en las Escrituras ha citado a Qohélet: *«Comprendí que una suerte común les toca a todos y me dije: la suerte del necio será mi suerte, ¿para qué fui sabio?, ¿qué saqué en limpio? Y pensé para mí: también esto es vanidad (...) Todos caminan al mismo lugar, todos vienen del polvo y todos vuelven al polvo...»* (Qo 2,15; 3, 20).

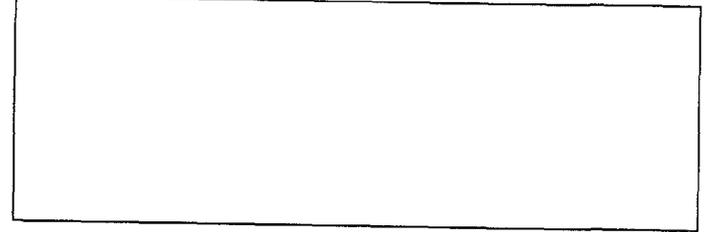
Pero yo estoy convencido, Abba, de que son tus manos y no el polvo el último destino de nuestras vidas y de que también desde el reino de la muerte llegará a ti mi alabanza. Has puesto en mis ojos una luz que me permite contemplar ya en el grano de trigo que se pudre en tierra, la espiga que va a brotar (Jn 12, 24) y cuando una mujer grita de dolor, yo estoy ya escuchando el llanto del niño que nace (Jn 16,21).

Ahora camino entristecido hacia la tumba de mi amigo Lázaro y allí uniré mi llanto al de todos los que también le amaban, y quizá proteste con rebeldía al constatar que la muerte ha puesto sobre él su firma. Pero, por encima de ello, me habita una invencible esperanza en ti, el Amigo de la vida (Sab 11,26). La muerte no es obra tuya ni te gozas en la perdición de los vivos (Sab 1,13). La última palabra la tendrás siempre tú y por eso puedo arriesgar mi apuesta sobre ella que me asegura que en ti están la resurrección y la vida y que todos los lázaros olvidados de la historia están ya convocados a salir fuera de sus tumbas.

Y confío en que tú, que puedes liberar a Lázaro de las ataduras de la muerte, vienes siempre al encuentro de tus hijos para desatarles los sayales de luto y revestirlos de fiesta.



5. ELEGIR LA VIDA:



**Nos precede
en Galilea**



1. LEER EL TEXTO

Cuando pasó el sábado, María Magdalena, María de Santiago y Salomé compraron perfumes para ir a unguir a Jesús. El primer día de la semana, muy temprano, llegan al sepulcro al salir el sol. Se decían: —¿Quién nos correrá la piedra del sepulcro? Alzaron la vista y observaron que estaba corrida la piedra. Era muy grande. Entrando en el sepulcro, vieron a un joven vestido de blanco sentado a la derecha y quedaron espantadas. Les dijo: —No tengáis miedo. Buscáis a Jesús Nazareno, el crucificado. Ha resucitado, no está aquí. Mirad el lugar donde lo habían puesto. Pero id a decir a los discípulos y a Pedro que irá delante de ellos a Galilea. Allí lo verán, como les había dicho. Salieron huyendo del sepulcro, temblando y fuera de sí. Y de puro miedo, no dijeron nada a nadie (Mc 16,1-8).



2. RELEER DESDE LA MEMORIA DEL CORAZÓN

2.1. A la luz del contexto bíblico...

El anuncio de que el Resucitado *precede* a los suyos en Galilea, tiene como trasfondo una de las convicciones más arraigadas de los autores del AT: el Señor camina junto a su pueblo precediéndole. «*Partieron de Sucot y acamparon en Etán, al borde del desierto. El Señor caminaba delante de ellos, de día en una columna de nubes, para guiarlos; de noche, en una columna de fuego, para alumbrarles; así podían caminar día y noche. No se apartaba delante de ellos ni la columna de nube de día ni la columna de fuego de noche*» (Ex 13,21-22).

«*Moisés replicó al Señor: —Se enterarán los egipcios, pues de en medio de ellos sacaste tú a este pueblo con tu fuerza, y se lo dirán a los habitantes de esta tierra. Han oído que tú, Señor, estás en medio de este pueblo; que tú, Señor, te dejas ver cara a cara; que tu nube está sobre ellos, y tú caminas delante en columna de nube de día y en columna de fuego de noche*» (Num 14,14).

«*Cuando saliste, oh Dios, al frente de tu pueblo cuando atravesabas el desierto, la tierra tembló, los cielos llovieron a raudales, en presencia de Dios, el Dios del Sinaí, en presencia de Dios, Dios de Israel*» (Sal 68 8-9).

«*Débora dijo a Barac: —¡Vamos! Que hoy mismo pone el Señor a Sisara en tus manos. ¡El Señor marcha delante de ti!*» (Jue 4,14).

El cántico de Débora (Jue 5), uno de los textos bíblicos más antiguos, nos pone en contacto con la teología

más arcaica de Israel, con su «credo» ancestral. Un elemento esencial de ese credo es que Yahvé el Dios de Israel, sale en ayuda de su pueblo, lo precede, marcha delante de él y lo guía:

«Señor, cuando saliste de Seír,
cuando avanzaste desde los campos de Edom,
tembló la tierra, destilaron los cielos
y las nubes se deshicieron en agua» (Jue 5,4).

«Él hizo portentos a vista de sus padres,
en Egipto, en la campiña de Soán,
hendió el mar para abrirles paso,
sujetando las aguas como muros;
los guiaba de día con una nube;
de noche, con el resplandor de fuego» (Sal 78,13-14).

«La Sabiduría les abrió paso a través del Mar Rojo,
los guió entre aguas abundantes» (Sab 10,18).

«Señor, tú sales a salvar a tu pueblo,
a salvar a tu ungido» (Hab 3,13).

En los evangelios es Jesús quien precede a sus discípulos: «Subían camino de Jerusalén y Jesús iba por delante de sus discípulos que lo seguían admirados y asustados. Todos los que lo seguían tenían miedo» (Mc 10,32).

«El pastor de las ovejas llama a las suyas por su nombre y las saca fuera del redil. Cuando han salido todas las suyas, se pone delante de ellas y las ovejas le siguen porque conocen su voz» (Jn 10,3-4).

2.2. ... descubrir el texto...

El comienzo del relato nos sitúa en el quicio entre un mundo que termina «pasó el sábado», y un comienzo absoluto: «el primer día de la semana» en el que, vencidas las tinieblas, sale el sol de la nueva luz del Resucitado.

«Ver a Jesús» es el hilo conductor de todo el relato: las mujeres *ven* que el obstáculo físico de acceso a su cuerpo ha sido removido; *ven* al joven vestido de blanco; éste les invita a que *vean* el lugar donde le pusieron; el mensaje del cielo remite a Galilea para *ver* al Jesús que no *han visto* en el sepulcro. Todo gira en torno al tema *ausencia/presencia* y se contraponen dos lugares y dos modos de *verle*: *el sepulcro* y *Galilea*. Querer verlo y buscarlo en el sepulcro desemboca en *ausencia*, mientras que *ir a Galilea* desemboca en *seguimiento*.

Para las mujeres Jesús es un muerto y a un muerto se le encuentra en un sepulcro, lugar que encierra su memoria y sello que clausura su existencia, su práctica y su presencia en la historia. Lo único que se puede hacer por él es *ungirlo*, es decir, terminar los ritos funerarios que cierran el ciclo de la existencia humana. Pero las mujeres deben cambiar su proyecto de *ver/ungir* a Jesús. No hay nada que hacer porque no hay nadie a quien ungir. El sepulcro está abierto y no sirve como lugar de encuentro; no ha tenido poder para clausurar la presencia de Jesús en la historia, porque nada de él ha quedado allí. Para encontrarlo hay que salir. Porque el ausente *aquí* está presente *en Galilea*. El verbo *ir delante, preceder*, es el único que tiene a Jesús como sujeto.

Resulta significativo comparar los títulos que da Marcos a Jesús al comienzo y al final de su evangelio: «Comienzo de la buena noticia de Jesús, el Mesías, Hijo de Dios» (1,1); «Buscáis a Jesús Nazareno, el Crucificado» (16,6). Sólo al final se nos descubre en qué consiste ser «el Mesías, el Hijo de Dios». En el momento de la muerte de Jesús, un centurión romano reconoce: *Verdaderamente, este hombre era el Hijo de Dios* (Mc 15,39). La condición humana del nazareno Jesús y su vida entregada hasta la

muerte nos revelan en qué consiste ser Hijo de Dios y Liberador en la historia.¹⁵

¿Cómo entender la reacción de miedo y silencio de las mujeres? Si como es probable Marcos cerró su evangelio con este episodio, el hecho es que no creyó conveniente hablar de la fe de los discípulos. Pero aunque acaba con el silencio de mujeres aterradas por el misterio, anuncia nuevos encuentros y un nuevo comienzo: el que los precede y cita en Galilea, provocará el seguimiento. Allí precederá siempre a quien le confiese vivo y marche tras sus huellas.

2.3. ... como Palabra para hoy

Las palabras del ángel nos están dirigidas también a nosotros para recordarnos que Jesús no está donde correspondería a un muerto: toda muerte ha sido vencida en la suya. Dios Padre «ha dado la razón» a su modo de vida, devolviéndole la vida de forma nueva. Lo mismo que las mujeres, lo mismo que los cristianos perseguidos de Roma a quienes Marcos dedica su Evangelio, vivimos en un mundo en el que la historia pertenece a los vencedores y por eso puede resonarnos muy adentro este relato sobre un judío vencido.

Buscar a Jesús Nazareno, el crucificado, ahí se resume toda la actitud del verdadero discípulo y ahí se nos aclara lo que significa ser Hijo: vivir de cara a Dios y a su reino, preferir absolutamente al Padre y a los hombres, por encima de la propia vida, renunciar a ejercer cualquier tipo de poder sobre los que lo maltrataban. Jesús es el Hijo y el Mesías

¹⁵ Cf. BRAVO, *Jesús, hombre en conflicto. El relato de Marcos en América Latina*, Santander, 1986, 238-241.

porque se ha entregado sin retener nada para sí mismo y esa es su manera de revelar en plenitud quién es Dios: Aquel que se despoja sin cesar para darse en el amor.

Si queremos seguirle, tenemos que buscarle en Galilea, es decir, en medio de la vida cotidiana: en los lugares en que nos movemos, en nuestros trayectos, encuentros, relaciones, ocupaciones... Todo eso es la Galilea en la que Jesús nos precede como Señor resucitado. Y todo cambia cuando se contempla como espacio y ocasión de encuentro con él. La mirada contemplativa es capaz de reconocerle precediéndonos y esperándonos en cada uno de esos lugares y momentos y podemos agradecerle todas las «galileas» de nuestra vida en las que ya se nos ha hecho el encontradizo.

De ese encuentro brota necesariamente un estilo de vida nuevo, una llamada a continuar su misión, a adoptar su estilo de vida, sus preferencias y sus opciones: en eso consiste *verle y seguirle*.



3. DEJAR RESONAR LA PALABRA

Habla un miembro de la comunidad de Marcos

«Ellas salieron huyendo del sepulcro, temblando y fuera de sí. Y de puro miedo, no dijeron nada a nadie» (Mc 16,1-8).

El final abrupto de la narración del manuscrito que circulaba por las comunidades nos dejó sorprendidos y desconcertados y alguien se atrevió a preguntar al lector:

—¿Estás seguro de que la escena acaba así? A mí, y pienso que a todos, este final interrumpido me causa malestar y además me parece imposible que el anuncio de la resurrección de Jesús sólo provocara en las mujeres miedo y confusión.

Tomo la palabra Rufo, que habia escuchado muchas veces a Marcos y conocia bien su pensamiento —Pienso que lo que Marcos quiere decirnos es que la buena noticia se continua en la vida de cada uno de nosotros cuando *volvemos a Galilea* a repetir la vida de Jesus, no a la Galilea de Palestina, sino a la vida cotidiana en la que el Resucitado se nos hace presente Y en la reaccion de las mujeres vemos nuestras propias dificultades a la hora de comprender la novedad absoluta del anuncio de que Jesus vive

—Pero de esas mujeres se dice algo extraordinario, añadio Livia que iban buscando a Jesus Nazareno, el Crucificado, y precisamente porque le buscaron asi, lo encontraron Resucitado Y es que ellas fueron las unicas discipulas que permanecieron con Jesus hasta el final

Entre los varones de la comunidad surgio un murmullo de protesta y Marcio tomo la palabra con un tono de cierta superioridad —Creo que estas equivocada, Livia ¿No recuerdas como presenta Marcos a los discipulos en su evangelio? No solo dice de ellos que eran torpes e incapaces de comprender a Jesus, sino tambien que huyeron todos a la hora de su pasion

—Claro que lo recuerdo, contesto Livia sin inmutarse Pero me temo que eres tu quien ha olvidado lo que tambien dice Marcos sobre las mujeres en la escena de la crucifixion de Jesus, ¿podriamos volver a leerla?

El lector busco entre los pergaminos que guardabamos como un tesoro y leyo «*Estaban alli algunas mujeres que miraban desde lejos, entre ellas Maria la Magdalena Maria la madre de Santiago el Menor y de Jose y Salome que cuando estaba en Galilea, le seguian y le servian, y otras muchas que habian subido con el a Jerusalem*» (Mc 15,40-41)

—¿No os llama la atencion, continuo Livia, que los verbos que utiliza Marcos seguir, servir y subir a Jerusalem son precisamente los que describen la vida del verdadero discipulo, marcada siempre por el seguimiento, el servicio y la fidelidad de acompañar a Jesus tambien en los momentos dificiles? Lo que Marcos quiere decirnos es que aunque en el Calvario no

habia discipulos, si habia discipulas y son precisamente a ellas a quienes escoge Jesus como primeras destinatarias de su resurreccion

Cuando Livia termino de hablar, se hizo un silencio denso A los hombres de la comunidad no nos resultaba facil aceptar algo que, por una parte, resultaba evidente, pero, por otra, contradecia nuestra vieja costumbre de considerar a las mujeres como seres inferiores Por eso, cuando aquel anochecer partimos el Pan, todos oramos pidiendo al Padre comun que nos enseñara a acoger la novedad que traia a nuestros criterios y relaciones el Evangelio de su Hijo Jesus



4. ENTRAR EN LA ORACIÓN DE JESÚS

El tema del pastor resonaria en la memoria religiosa de Jesus y podemos imaginarle dirigiendose al Padre en la ultima cena a partir de las imagenes del Salmo 23

Abba, tu has sido siempre mi Pastor,
nunca me ha faltado nada

En prados de fresca hierba me has hecho recostar,
me has conducido hacia fuentes tranquilas
y has reparado siempre mis fuerzas

Me has guiado por el camino que tu querias para mi
y, estando a mi lado, has hecho honor
a tu nombre de Abba

Se que ha llegado la hora de atravesar
un valle de tinieblas,

pero no tengo miedo porque tu vas conmigo,
y confio en que tu vara y tu cayado seguiran
sosteniendome

Ahora quiero poner en tus manos
a este pequeno rebanco que me has confiado
y, aunque se dispersen en medio de la niebla,

dales la seguridad de que yo me pondre de nuevo
delante de ellos
e ire delante de ellos a Galilea,
la Galilea en que comenzo todo para nosotros
Tu has querido que yo sea para ellos
el pan y el vino que tu preparas
para saciar su hambre y su sed,
y si me voy junto a ti, Padre,
es para preparar la mesa,
para disponer los perfumes con que ungir su cabeza
y la copa rebosante del banquete de tu Reino
Y en ese camino hacia tu casa,
seguire siendo para ellos pastor,
como tu lo has sido para mi,
para que tu bondad y tu gracia los acompanen
todos los dias de su peregrinacion,
hasta que lleguen a habitar en tu casa
por anos sin termino



5. ELEGIR LA VIDA:

24

**Lo que María
guardaba
en su corazón**



1. LEER EL TEXTO

Al marcharse los ángeles al cielo, los pastores se decían unos a otros: —Vamos derechos a Belén a ver eso que ha pasado y que nos ha anunciado el Señor. Fueron corriendo y encontraron a María, a José y al niño acostado en el pesebre. Al verlo, les contaron lo que les habían dicho del niño. Todos los que lo oyeron se admiraban de lo que les decían los pastores. María, por su parte, conservaba todas estas cosas meditándolas en su corazón. Los pastores se volvieron glorificando y alabando a Dios por lo que habían visto y oído; todo como se lo habían dicho. (...)

A los tres días lo encontraron, por fin, en el templo, sentado en medio de los maestros, escuchándolos y haciéndoles preguntas: todos los que lo oían quedaban desconcertados de su talento y de las respuestas que daba. Al verlo se quedaron extrañados, y le dijo su madre:

—Hijo, ¿por qué te has portado así con nosotros? ¡Mira con qué angustia te buscábamos tu padre y yo! Él les contestó: —¿Por

qué me buscabais? ¿No sabíais que yo tenía que estar en las casas de mi Padre? Ellos no comprendieron lo que quería decir. Jesús bajó con ellos a Nazaret y siguió bajo su autoridad. Su madre lo guardaba todo en su corazón. Jesús iba creciendo en saber, en estatura y en el favor de Dios y de los hombres (Lc 2, 14-20; 46-52).



2. RELEER DESDE LA MEMORIA DEL CORAZÓN

2.1. A la luz del contexto bíblico...

Para la Biblia el corazón designa la interioridad humana, su intimidad, su lugar oculto, su profundidad y su libertad. No es sólo la sede de los sentimientos, sino de la totalidad de la personalidad consciente, inteligente y libre, de los pensamientos, decisiones y opciones decisivas: «*En el corazón inteligente mora la sabiduría*» (Prov 14,33); «*El consejo en el corazón del hombre es agua profunda, el hombre inteligente sabrá sacarla*» (Prov 20,5).

Sólo Dios conoce lo más secreto y «*escruta lo íntimo del hombre, el corazón profundo*» (Sal 64,6-7); por eso el salmista afirma: «*Tú amas la verdad en lo íntimo del ser*» (Sal 51,8). El justo «*tiene la ley de Dios en su corazón, sus pasos no vacilan*» (Sal 37,31) y por eso proclama: «*Amo tu voluntad, Señor, llevo tu ley en mi corazón*» (Sal 40,9), «*dentro del corazón guardo tu promesa*» (Sal 119,12); «*El corazón del rey es una acequia en manos de Dios: él la dirige a donde quiere*» (Prov 21,1).

Existe una relación estrecha entre el corazón y la escucha de la Palabra: «Hijo de hombre», escucha Ezequiel, «acoge en tu interior y escucha en tu corazón todas las palabras que yo te diga» (Ez 3,10) y Oseas indica el lugar de comunicación preferente de Dios: «Mira, la voy a llevar al desierto y le hablaré al corazón» (Os 2,16).

Por eso Salomón pide a Dios: «Concede a tu siervo un corazón que escuche» (1Re 3,9) y los sabios aconsejan: «Hijo mío, por encima de todo, cuida tu corazón porque en él están las fuentes de la vida» (Prov 4,23); «Atiende el consejo de tu corazón, ¿quién te será más fiel que él? El corazón avisa de la oportunidad más que siete centinelas en las almenas» (Eclo 37, 13-14); «Reconcíliate con Dios y ponte en paz con él, pon sus palabras en tu corazón» (Job 22,22).

La verdadera condición del israelita es hacer espacio en sí mismo a la Palabra: «Grabad en vuestro corazón y en vuestra alma estas palabras, atadlas como signo en vuestras muñecas, ponedlas como señal en vuestra frente» (Dt 11,18). Porque «la palabra está muy cerca de ti, en tu boca y en tu corazón para que la cumplas» (Dt 30,14).

Pero esa Palabra no es siempre fácil de comprender y los acontecimientos que vive Israel se presentan con frecuencia envueltos en misterio y oscuridad; de ahí la necesidad de un esfuerzo por penetrar en el contenido de la Palabra para tratar de asimilarla. Daniel confiesa: «Quedé turbado con estos pensamientos y se me cambió el semblante. Pero todo lo guardé en el corazón» (Dan 7,28). Una característica de la sabiduría israelita es ejercitar una memoria dinámica y actualizante, reteniendo en el corazón el modo como Dios actuó en la historia de ayer para sacar aplicaciones para el hoy: «Hijo mío, no olvides mi enseñanza, guarda mis preceptos en tu corazón» (Prov 3,1). Es sabio «el que se entrega de lleno a meditar la Ley del Altísimo, indaga la sabiduría de sus predecesores y estudia las

profecías, examina las explicaciones de autores famosos y penetra por parábolas intrincadas, indaga el misterio de proverbios y da vueltas a enigmas» (Eclo 39,1-3).

Es en esa tradición donde se inserta María, la hija de Sión, y Lucas la presenta heredando ese estilo de sabiduría contemplativa al acoger los aspectos oscuros y no inmediatamente inteligibles de su Hijo. María no es sólo su madre, sino su primera y mejor discípula, en estrecha relación con el futuro de Jesús y unida a su destino.

Lucas insiste varias veces en que ella «no comprendió» (2,50), «se quedó desconcertada» (2,48), «no comprendió sus palabras» (2,50), y precisamente por eso su actitud es la de meditar en su corazón el sentido de los acontecimientos (2,51). El evangelista utiliza el participio *symballousa* que expresa la acción de «reunir lo disperso», y viene de la misma raíz de la palabra *símbolo*. Insinúa una actividad cordial de ida y venida de dentro a fuera y de fuera a dentro, una confrontación entre interioridad y acontecimiento, una labor callada de reunir lo disperso, de tejer juntas la Palabra y la vida. Dice algo sobre el trabajo de la fe que María, la creyente, realiza en el «laboratorio» de su corazón para unificar lo que conoce por la Palabra y la realidad que va aconteciendo ante sus ojos.

2.2. ... descubrir el texto...

María es uno de los personajes centrales de los dos primeros capítulos de Lucas, un precioso prólogo a todo su evangelio. Si imaginamos a su autor como un *escriba*, en el comienzo de su obra nos da las claves secretas de desciframiento de su lenguaje para que sus lectores, a partir de esos códigos, nos ejercitemos en la tarea de descubrir los secretos que vamos a encontrar en todo el Evangelio.

Y María, como nueva Arca de la Alianza, guarda en su interior la memoria viva de su Hijo.

Si lo imaginamos como un *tejedor*, los comienzos de su evangelio son el cabo de la madeja en que se «ovilla» toda su teología. Si tiramos de ese cabo, nos será más fácil «desenredar» la madeja y reconocer el dibujo del tapiz que viene después. Y María será la experta tejedora que nos ayude en esa tarea.

Si lo imaginamos como *compositor musical*, son la obertura de su poema sinfónico en el que hace resonar los motivos musicales de su composición para irnos familiarizando con ella. Y en las palabras y actitudes de María presenta ya todos los temas que vamos a encontrar después en su evangelio.

2.3. ... como Palabra para hoy

Para comprender lo que significa la actitud de María de «*meditar en el corazón*», necesitamos remontarnos a la escena de la Anunciación: en las palabras del ángel todo parece coincidir con las antiguas ideas sobre Dios: el que va a nacer de ella será *grande, santo, Altísimo, poseerá el trono de David...* Pero en su nacimiento irrumpe una novedad que revela como caducos todos los viejos saberes sobre Dios y su grandeza, santidad y realeza emergen bajo la forma desconcertante de un niño «*envuelto en pañales y reclinado en un pesebre*».

Por eso María necesitó «*guardar y meditar*» ese misterio en su corazón, enseñándonos a realizar ese trabajo de la fe y a vivir en alerta permanente, como gente «amenazada de novedad»: lo más probable es que Dios se presente de incógnito y nunca sabremos de antemano cómo aparecerá en nuestras vidas. Alguien ha dicho que

le aguardaban como un rey («*mirra y áloe exhalan tus vestidos...*», Sal 45,9), pero él se presentó oliendo a establo. A partir de ese momento, la experiencia de lo Santo ha quedado trasladada a lugares, tiempos y personas inesperadas.

«*El que pueda entender, que entienda*» (y el que pueda «oler», que «huela»...).



3. DEJAR RESONAR LA PALABRA

Habla un miembro de la comunidad de Lucas

«*Bajó con ellos a Nazaret y les estaba sujeto Y Jesús crecía en saber, en estatura y en el favor de Dios y de los hombres*» (Lc 2,52)

Cuando acabamos de escuchar lo que Lucas había escrito acerca de la infancia de Jesús, nos quedamos en un silencio extasiado que nadie deseaba romper. Más que oír, habíamos estado contemplado un precioso mosaico en el que habíamos reconocido el resplandor del Señor resucitado, tal como nos lo había presentado el resto del evangelio de Lucas.

Los que procedían del judaísmo adivinaban además en cada tesela del mosaico, escenas, personajes y palabras de las antiguas tradiciones de Israel con las que estaban familiarizados, y en ellas releían su historia a la luz de Jesús de Nazaret: todo había sido un largo proceso para llegar hasta él. Y los que procedíamos de la gentilidad y que constituíamos la mayoría de la comunidad, nos asombrábamos también ante la novedad de un Dios que nunca dejaba de sorprendernos. Cada uno comentaba aquello que había descubierto bajo los personajes y sucesos de la infancia de Jesús.

—La escena de María visitando a su prima me ha recordado a David transportando el arca de la alianza. También él daba brincos de alegría, como Juan en el seno de su madre, y también

él dijo: «¿De dónde a mí que el arca de mi Señor venga a mi casa?». Creo que es la manera que ha tenido Lucas de decirnos a los judíos que María es ahora el arca de la nueva alianza...

—Yo he escuchado como dirigidas a mí las palabras del ángel a Zacarías, a María y a los pastores: «No temáis». La persecución que empezamos a padecer me da miedo y me he dado cuenta de que si Dios está con nosotros en la persona de su Hijo, no tenemos que temer nada. Y no tenemos que extrañarnos de sufrir rechazo o incompreensión: tampoco para Jesús hubo sitio en la posada de Belén.

—Yo estoy un poco desconcertado: entre Zacarías e Isabel, con el peso de su ancianidad, de su categoría sacerdotal y de su fidelidad a la Ley, Dios eligió a María, una muchacha galilea de un pueblo desconocido. Y tampoco escoge como lugar de su presencia el templo o Jerusalén, sino un descampado en las afueras de Belén, un establo, un pesebre... Me doy cuenta de que tengo que desaprender casi todo lo que creo saber sobre Dios.

—Todo lo importante comienza en lo oculto: en el seno de María, en un niño envuelto en pañales, en la fama dudosa de unos pastores, en la humildad de una casa en Nazaret... Es la misma predilección por la pobreza que ya sabíamos tuvo Jesús durante toda su vida. Si queremos seguirle, tenemos que estar dispuestos a aceptar que los signos que Dios ofrece pertenecen a la normalidad de la vida cotidiana, sin nada espectacular. Sus señales vienen ocultas en lo más común y ordinario.

—No puede escandalizarnos que Jesús muriera como murió. Si ya desde su nacimiento careció de poder y Dios no hizo ningún milagro para que dispusiera de un lugar más digno, ¿cómo nos extrañaremos de que tampoco lo bajara de la cruz? Se comprende que Simeón lo llamara «*signo de la contradicción*». Si hasta los pañales con que lo envolvió su madre eran como un presentimiento de los lienzos que envolverían su cuerpo en el sepulcro...

—A mí me llena de asombro la fe de María: ella, lo mismo que nosotros, no comprendía del todo lo que ocurría: el ángel le

había dicho que su hijo iba a ser «*grande*» e «*hijo del Altísimo*», pero lo que veía en sus brazos era un niño pequeño, como uno de tantos, y en lugar de trono, tuvo que reclinarlo en un pesebre. Pero ella se mantuvo firme en la fe, como la mejor hija de nuestro padre Abraham, y por eso Isabel la proclamó dichosa.

—¿No os habéis dado cuenta de que todos los personajes y escenas que hemos leído están envueltas en un rumor de júbilo? Es como si la aparición del Mesías en la tierra fuera un torrente de alegría que va envolviendo cada vez a más gente: a María, a Zacarías e Isabel, a sus amigos y vecinos, a los pastores de Belén, a Simeón y Ana... La buena noticia de que Dios ama sin condiciones a la humanidad y le entrega a su Hijo, pasa de los ángeles a los personajes y éstos se convierten en portadores de bendición para otros... Precisamente lo que nosotros estamos llamados a ser en medio del mundo.

Lucas escuchaba complacido nuestros comentarios y sólo al final se decidió a intervenir.

—Todo lo que decís es cierto, pero no creáis que he sido siempre yo quien he tenido la intención de decir todo lo que vosotros habéis descubierto... Es el Espíritu quien os lo revela y quien lo seguirá haciendo con tal de que mantengáis siempre un corazón sencillo. Yo solamente quiero contaros algo que es para mí la clave de lectura de mi evangelio y también de los que han escrito Marcos y Mateo. ¿Recordáis lo que digo en la escena de la visita de los pastores al establo?

Lucía, una de las más jóvenes de la comunidad, contestó con rapidez: —Dices que «*María lo guardaba todo, dándole vueltas en su corazón*». Fabio, que no soporta que se le adelanten las mujeres, le corrigió: —Lo que dice Lucas es que María «*meditaba*», no sé de dónde sacas eso de «*dar vueltas*»...

Lucas intervino de nuevo: —Lucía ha expresado exactamente lo que yo quiero decir al elegir precisamente el verbo *symbollo*. Si conoces bien el griego, te darás cuenta de que significa «reunir lo disperso», «confrontar», «simbolizar». Y eso es justo lo que hacía María: todo lo que le resultaba extraño y desconcertante de su hijo, lo reunía en su corazón con la Palabra

que habia escuchado, lo rumiaba, le daba vueltas hasta que su fe la hacia capaz de integrarlo y acogerlo. Y esa es precisamente la tarea que tenemos por delante los cristianos. ¿Estais dispuestos a seguir en ello?

Juana, la mujer de Andres el panadero, respondio en nombre de todos. —¡Claro que lo estamos! Yo pienso que lo que hacia Maria se parece a lo que hago yo cuando amaso el pan: mezclo la harina con el agua, la levadura y la sal, y trabajo todo eso hasta que se forma una masa y ya no se pueden separar ninguno de esos elementos. Y eso es lo que ocurre cuando somos capaces de juntar los acontecimientos de la vida con el Evangelio.

Cuando salimos aquella noche de la comunidad, nos sentiamos formando parte de una gran hogaza de pan con la que deseabamos saciar el hambre de nuestros hermanos.



4. ENTRAR EN LA ORACIÓN DE JESÚS

El himno a la Sabiduría de Eclo 24 ha sido aplicado en la tradición eclesial tanto a Jesús como a María. Al convertirlo en oración, podremos ir dejando que sus imágenes nos evoquen el nombre y la presencia del Hijo o de la Madre.

*La sabiduría hace su propio elogio,
se gloria en medio de su pueblo.
En la asamblea del Altísimo abre su boca,
se gloria delante de su poder.
Yo salí de la boca del Altísimo
y como niebla cubrí la tierra.
Yo puse mi tienda en las alturas,
y mi trono era una columna de nubes.
Yo sola recorrí la bóveda del cielo
y me paseé por la profundidad del abismo.
Sobre las olas del mar, sobre toda la tierra,*

*sobre todos los pueblos y naciones se extendía
mi dominio.*

*Por todas partes busque descanso
una heredad donde habitar.
Entonces el creador del universo me dio una orden,
el que me había creado me hizo plantar la tienda,
y me dijo: «Pon tu tienda en Jacob,
sea Israel tu heredad.»*

*Desde el principio, antes de los siglos, me creo,
y por los siglos de los siglos existire.
En la santa morada, en su presencia ofrecí culto
y me establecí en Sion,
en la ciudad amada me hizo descansar,
y en Jerusalén reside mi poder.
He arraigado en un pueblo glorioso,
en la porción del Señor, en su heredad.*

*Crecí como cedro del Líbano
como ciprés de las montañas del Hermon.
Crecí como palmera de Engadí,
como plantel de rosas en Jerico
como gallardo olivo en la llanura,
como plátano junto al agua.
Perfume como cinamomo y espliego
y di aroma como mirra exquisita
como incienso y ámbar y bálsamo,
como perfume de incienso en el santuario,
como nube de incienso en la tienda.*

*Como terebinto extendí mis raíces,
un ramaje bello y frondoso
como vid lozana retone,
mis flores y frutos son hermosos y abundantes.*

*Venid a mí los que me deseáis,
y saciaos de mis frutos,
porque mi recuerdo es más dulce que la miel,
mi heredad más dulce que los panales.
Los que me comen aun tendrán más hambre,*

*los que me beben aún sentirán más sed
Quien me obedece, no pasará vergüenza,
los que cumplen mis obras, no llegarán a pecar. (..)*

*Yo salí como canal de un río,
como canal que deriva de un río,
como acequia que riega un jardín,
dije «Regaré mi jardín
y empaparé mis parterres».*

*Pero el canal se me convirtió en río,
y mi río se ha convertido en un mar
Haré que mi enseñanza brille como la aurora,
y que resplandezca en la lejanía
Derramare mi enseñanza como profecía,
la transmutaré a las generaciones futuras*



5. ELEGIR LA VIDA: